

VOLUMEN

99

José Rafael **Pocaterra**

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Simón Alberto Consalvi



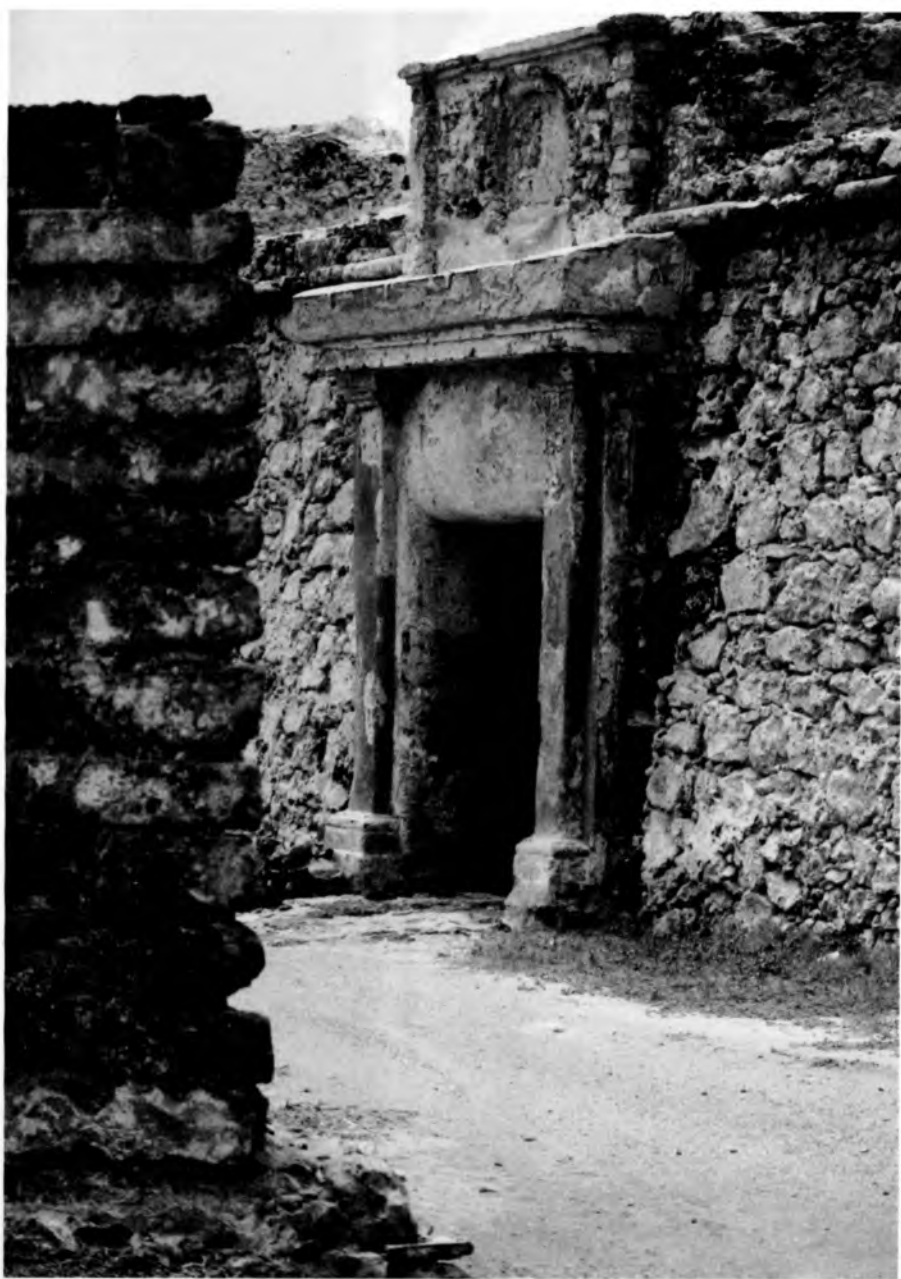
EL NACIONAL

Fundación
BANCARIBE 

Simón Alberto Consalvi

Es Editor Adjunto del diario *El Nacional* y director de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Periodista de la UCV, e internacionalista graduado en la School of International Affairs de la Universidad de Columbia. Fue embajador en Yugoslavia, delegado permanente ante Naciones Unidas, representante ante el Consejo de Seguridad, y embajador ante el gobierno de los Estados Unidos. Durante dos ocasiones, 1977-79 y 1985-88 se desempeñó como Ministro de Relaciones Exteriores, suscribió los tratados de delimitación de áreas marinas y submarinas con el Reino de los Países Bajos, República Dominicana y Estados Unidos de América.

Entre sus obras figuran *Auge y caída de Rómulo Gallegos*, un volumen en el cual analiza un importante conjunto de documentos de los Archivos Nacionales de Washington sobre la crisis política de Venezuela que desembocó en la caída del Presidente. Es autor, además, de la biografía de George Washington, publicada en la colección Historia General de América; *Profecía de la palabra / Vida y obra de Mariano Picón-Salas*, y *Augusto Mijares / El pensador y su tiempo*. También es autor de *La paz nuclear*, *El perfil y la sombra*, *El carrusel de las discordias*, colecciones de ensayos, 1989 / *Diario de Washington y El petróleo en Venezuela*. Escribió las biografías de Juan Vicente Gómez y Rómulo Gallegos para esta misma colección. Desde hace más de una década escribe una columna dominical en *El Nacional*.



Castillo San Carlos (Maracaibo)

Biblioteca Biográfica Venezolana

José Rafael **Pocaterra**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Diego Arroyo Gil

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo (†)

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

Diego Arroyo Gil

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente Unidad de Negocios Libros El Nacional:

Rina Morillo

Asistente de proyecto: Ilianna Severiche

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Archivo *El Nacional*, cortesía arquitecto Ramón Paolini y archivo Cadena Capriles (portada y p. 120)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Bancaribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf54520089203417

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 978-980-395-224-2

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre Bancaribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, Bancaribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo "afirmativo venezolano". Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente de Bancaribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

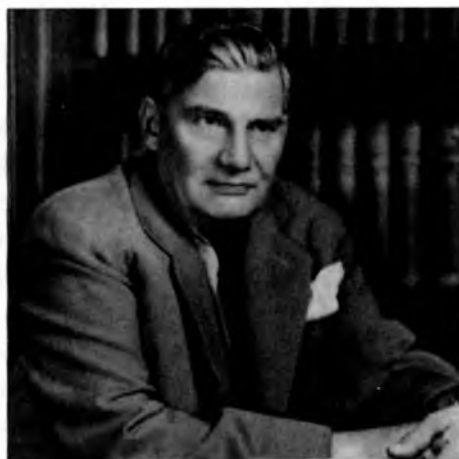
1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

José Rafael **Pocaterra**

(1889-1955)

Simón Alberto Consalvi

¿Con quién vamos?



Novelista, periodista, cuentista, poeta, historiador, profesor universitario y vendedor de seguros en Canadá, traductor de varios idiomas aprendidos en la cárcel, el inglés, el alemán, el francés, el italiano, conspirador contumaz, naturaleza insurgente, preso político de Cipriano Castro, cuando apenas tenía 17 años de edad, y de Juan Vicente Gómez, cuando bordeaba los 30, en los castillos de Puerto Cabello y San Carlos, y en La Rotunda de Caracas, desterrado que no dio tregua a los dictadores y participó en proyectos de invasiones como la del Falke, presidente del estado Carabobo, ministro del Trabajo, senador de la República, embajador en Gran Bretaña, Checoslovaquia, Países Bajos, Noruega, Unión Soviética, Brasil y Estados Unidos, delegado a la IX Conferencia Interamericana de Bogotá en 1948, José Rafael Pocaterra no tiene par en la historia de las letras y de la política en Venezuela.

Temple y talante de hierro, la vida se obstinó en ponerlo a prueba. Entre sus grandes amigos se contaron el general Román Delgado Chalbaud, su compañero de La Rotunda y su hijo Carlos, el teniente coronel que presidió la Junta Militar de Gobierno. Ambos murieron trágicamente, el primero en la invasión temeraria del Falke en 1929, y el segundo en un magnicidio tramado por sus propios compañeros militares del golpe del 24 de noviembre de 1948 contra el presidente Rómulo Gallegos.

Pocos se desvelaron tanto por Venezuela como José Rafael Pocaterra. Pocos recibieron tan poco. Hombre de gran sensibilidad, vivió siempre en vilo. Intentar explorar sus aventuras y tragedias, sus luces y sus sombras, es como una excursión a través del destino venezolano.

Desde 1923 hizo del lejano Montreal su refugio. Allá fue a verlo un día el director de *El Tiempo* y gran Presidente de Colombia, Eduardo Santos. Luego de leer *Memorias de un venezolano de la decadencia*, quedó deslumbrado. Escribió un extraordinario texto sobre las *Memorias*, y en él trazó este brevísimo perfil del desterrado:

Un hombre melancólico, a quien la desgracia ha dado una tristeza varonil y serena, tristeza que no se queja, pero que corre como un río profundo y callado a través de todos sus actos y pone una nota grave en todas sus palabras.

Éste es uno de los grandes textos escritos sobre José Rafael Pocaterra. Otros se deben a Ramón J. Velásquez y a Miguel Otero Silva, sus amigos personales; a Juan Liscano, quien lo visitó en Montreal; a Manuel Caballero, prologuista de *Cartas Hiperbóreas*; a Jesús Sanoja Hernández, que escribió el excelente ensayo introductorio de *Memorias de un venezolano de la decadencia* para la edición de la Biblioteca Ayacucho en 1990; a Mariano Picón Salas y Arturo Uslar Pietri, y a María Josefina Tejera, autora del estudio titulado *José Rafael Pocaterra / Ficción y denuncia*.

Retengamos el retrato dibujado por Otero Silva:

Era un hombre de mediana estatura, ancha espalda y ancha frente, con una pipa que formaba parte de su fisonomía, ojos zamarros de conjurado y un imborrable rictus de malicia en los labios. Conversaba largo y tendido, salpicando los temas con pinceladas puntillistas de humor y picardía, escapándose de la lógica estructura de la plática por atajos de anécdotas o dejando caer en los silencios imprecisas frases esotéricas, citas truncas, gruñidos socarrones, gestos litúrgicos. Una charla desconfiada y astuta, sabrosa y aguda, de llanero viejo.

He leído y releído su obra, sus novelas irreverentes, he recorrido sus innumerables cartas personales y sus *Cartas hiperbóreas*, he conversado extensamente con amigos que lo conocieron y admiraron como el doctor Ramón J. Velásquez. Me fue imposible consultar los archivos

del Ministerio de Relaciones Exteriores para leer sus informes. Visité el antiguo Castillo de San Felipe, mal llamado Libertador, en la bella bahía de Puerto Cabello. Recorrí su amplia explanada y me asomé a la bóveda húmeda donde Pocaterra pagó sus irreverencias contra Castro, enviado luego al Castillo de San Carlos en la barra de Maracaibo.

Escribió *Memorias de un venezolano de la decadencia* y *La casa de los Ábila* en La Rotunda, prisión que fue destruida, como para borrarla de nuestra memoria. En el Castillo de San Felipe, quise, incluso, identificar el sitio por donde un amanecer el joven prisionero abrigó el delirio de escapar. Mientras manoseaba los oxidados aceros que lo aherrojaron, pensé que ninguna fuerza es capaz de vencer el espíritu humano. Ingresé también a la celda que alojó al traicionado Precursor Francisco de Miranda, como una manera de ver y de entender (o de no entender) la historia de Venezuela.

En la Introducción a la edición francesa de fragmentos de las *Memorias*, (*La Tyrannie au Vénézuéla. Gómez, la honte de l'Amérique / Fragments des "Mémoires d'un Vénézuélien de la décadence"*, (París, 1928), José Rafael Pocaterra escribió:

Si esta obra –que he dedicado y consagro a la renovación social de la América hispana– con toda su perspectiva de horror, tiene eco en las nuevas generaciones, mi cometido se habrá cumplido. Podré morir en paz. El caso venezolano quizás da aliento a algún proyecto de sombría dictadura. Lo señalo sin acusar. No he querido trabajar limitado por el estrecho egoísmo de una cualquiera oposición. No pertenezco a ese género de apóstoles que ejercen su ministerio de manera unilateral, externa o indirecta. Odío a los déspotas de Lima tanto como a aquellos de Caracas, y a aquellos de Bolivia tanto como a los de América Central. Ignoro las alianzas tácitas con el enemigo común porque se encuentre más allá de otra frontera geográfica. Mi lucha no es contra los Gómez de Venezuela sino contra los Gómez de toda la América Indo-española.



Castillo San Carlos (Maracaibo)

El niño y la guerra

Quizás no haya peor manera de precipitarse en las contingencias de la aventura humana que la de ver morir a un soldado gravemente herido, sucio de tierra y sangre, implorando auxilio, consciente de que agoniza, de que apenas le quedan unos minutos, suplica un trago de agua que no alcanza a tomarse porque tiembla de miedo y comprende que se le acaba el tiempo en este mundo.

Si quien lo observa es un niño de nueve años, también en ese niño se muere algo, el fin brutal de la infancia, el despertar al mundo de la violencia y del horror. Ya no más sueños, ya no más juguetes, no más fantasías. ¡También el niño ha visto morir su edad dorada! El niño amanece a las pesadillas de la realidad, porque ha perdido su mejor tesoro.

A partir de ese momento se mirará en los espejos de la muerte, de las pasiones, de la guerra. Querrá cambiar el mundo, cuéstele lo que le cueste. Será quijote y quebrará sus lanzas contra molinos de viento y contra molinos de acero. Le tocará un tiempo adverso y se medirá con la tempestad. Caerá muchas veces, y muchas veces se levantará. No tendrá tregua. No habrá misericordia, ni para él ni para sus adversarios. Su pluma será una espada, su corazón la coraza.

José Rafael Pocatererra tiene nueve años de edad. Es él quien ha perdido la infancia este último año del siglo XIX al ver morir a un soldado.

Nació en Valencia del Rey el 18 de diciembre de 1889. Valencia era una ciudad pequeña, pero cargada de historia. Capital de Venezuela en tres ocasiones: en 1812, en la Patria Boba; en 1830, cuando Venezuela se separó de la Gran Colombia; y en 1858, cuando se encendían los fuegos de la Guerra Federal. En Valencia se aprobaron dos constituciones, la de 1830 y la de 1858, al estallar la Revolución de Marzo que puso fin a la dinastía de los Monagas. Allí tuvieron lugar grandes debates, y notables personajes fueron sus huéspedes.

Quienes habitan la ciudad se consideran, si no protagonistas de estas historias, al menos observadores muy cercanos, y esto les confiere ese aire de espontaneidad con que juzgan los arduos asuntos de la política y de la guerra. Los anales, en suma, del país que echó a andar solo desde 1830, justamente cuando se dio en Valencia el grito de ruptura contra Bolívar y contra la Gran Colombia.

Es la historia que no olvida que en el campo de Carabobo se libró la última gran batalla de la Independencia. Quizás por obra de la fatalidad, ese año de 1899 muy cerca de la ciudad tuvo lugar otra batalla, no como la de 1821, sino un episodio entre guerreros desconcertados que dejó muchos muertos, pero donde florecieron las traiciones, no los heroísmos.

La infancia perdida, ¿cómo es posible que un niño pierda su infancia de repente, cuando apenas anda en los diez años? Sucede, cuando la guerra aparece con sus horrores y con sus maldiciones. El niño observa de cerca los episodios que sacuden la ciudad ese octubre de 1899. Con los cien ojos de la curiosidad y de la intriga ve desfilar sin rumbo los despojos del ejército del presidente Ignacio Andrade. La ciudad se llena de sobrevivientes desesperados que no saben a ciencia cierta en qué bando combatieron en Tocuyito, "un lugarejo" situado a pocos kilómetros de Valencia.

Carne de cañón, el bando era indiferente, y en ese momento se confundían los derrotados con los vencedores. La miseria y el hambre los juntaban. Los jefes militares del ejército gubernamental habían escapado en trenes expresos, abandonando a sus soldados. Los jefes del ejército invasor no sabían aún que ellos eran los vencedores. No hay quien cure ni auxilie a los heridos. Muchos mueren. De ese tamaño fue el desconcierto que se apoderó de la ciudad.

Uno de los heridos está en la puerta de la familia Pocaterra. Mascullaba maldiciones. Lo único que quería era “una poquita de agua”. Cuando la madre se retira a buscarle el agua, el niño le pregunta por la herida. El soldado levanta su ruana sangrienta y le enseña un pequeño agujero, una herida de bordes hundidos, de cuyos labios fluye la sangre tarda, negra, espesa... El soldado da media vuelta y le enseña al niño, más arriba de los riñones, la carne desflecada, que él recordará como una flor, los tejidos vivos brotaban hacia afuera en colgajos que semejaban pétalos, color de rosas silvestres.

El soldado intenta el primer sorbo del agua que le ha traído la madre, se pone lívido, lanza una queja que no es palabra, abre los brazos y se va de bruces, pesadamente sobre los escalones de la entrada, a pocos pasos del niño que lo observa con espanto. La madre no sabe qué decir, enmudece, pálida, mira al niño y el niño, mudo, le devuelve la mirada de terror y de asombro.

Otros heridos agonizan en las cercanías. En la cochera de la esquina observan que han trasladado a un moribundo. Oyen a su mujer que maldice: “A ellos no les pasa nada... a ellos no les importa nada... ya ellos están con el que viene... ¡Cuándo los matarán a todos ellos!”. El niño le pregunta a la madre quiénes son ellos y la doña responde:

—No sé, los del gobierno, los de la revolución... ¡Dios sabrá!

Mercedes MacPherson de Pocaterra presintió ese día que su hijo había sido sometido a un trauma demasiado fuerte para su edad. Estaba sola en el mundo, con sus tres hijos, el menor de ellos era justamente José Rafael. El marido, Jaime Demetrio Pocaterra, había muerto cuando éste apenas tenía cumplido su primer año. No tuvo padre con quien descifrar sus dudas, ni con quien compartir sus pocas alegrías. Es explicable la confesión que escribe muchos años después: “A mi madre le debo la vida; a los demás, nada”. “Cuando murió mi padre todavía no terminaba yo de echar los dientes”. Era verdad, todo se lo debía a doña Mercedes. Sobre su adolescencia y juventud, dijo: “Estudié solo, sufrí solo, solo luché contra el trágico cotidiano. Después la existencia me enseñó a tener colmillos y garras; más tarde la piedad humana me ha enseñado a sonreír”. Su aprendizaje había sido, dijo, el de “una adolescencia precoz y turbulenta”, el de una adolescencia que apareció precoz, en la medida en que la infancia fue corta. En el Colegio

Don Bosco de Valencia llevó a cabo sus primeros estudios, sólo hasta el sexto grado de educación primaria. A partir de ahí, será el único responsable de su formación.

En brevísimas notas autobiográficas escritas a solicitud de sus editores, contó que a los doce años había sido mandadero de zapatería, con tres pesos de sueldo, más un par de zapatos. Tuvo un altercado, lo echaron, y entonces ascendió a mandadero de una camisería, donde ganaba ocho pesos, cinco más que en la zapatería, pero sin los zapatos.

El reloj que marca el tiempo de José Rafael anda siempre acelerado. De la adolescencia prácticamente podemos decir lo mismo que de su infancia. Tres años después de sus trabajos de mensajero, con zapatos o sin zapatos, con un sueldo misérrimo y ninguna experiencia de periodista, lo encontramos al frente del periódico *Cáin*, en Valencia. El azar lo ha puesto ahí, y el azar determinará los episodios que se van encadenando como algo fatal en aquel país de Cipriano Castro que se agita como nave en océano borrascoso. José Rafael incursiona por primera vez en lo que llamó “república de las letras”, “con los aprestos y las armas de la cuarta salida al campo de Montiel”. Como quien dice, bajo la protección de don Quijote.

“Caín, Caín, ¿qué hiciste de tu hermano?”

Esto sucedió en agosto de 1907, vale decir que José Rafael andaba en los diez y siete años. De tan humildes quehaceres como esos de mensajero, el adolescente da un salto inesperado, imprevisible: ingresa como redactor de un periódico de nombre tan extraño que nadie podría verlo con indiferencia. Se llamaba simplemente *Caín*, y fue concebido como un proyecto periodístico con el propósito exclusivo de hostilizar, adversar, combatir al general Cipriano Castro. Todos lo vieron como “una feroz sátira” al dictador, y más que una alusión al fusilamiento del general Antonio Paredes en febrero del 1907, una condena abierta.

Caín fue fundado por R. Tovar García poco después. Como era previsible, apenas había circulado el décimo número, su director fue detenido y enviado al Castillo Libertador. Los redactores sobrevivientes asumieron su conducción, poniendo en la primera plana un aviso que decía: “En tanto dure la prisión del fundador de esta hoja, quedan al frente de ella los señores Salvador Carvallo Arvelo y José Rafael Pocaterra”.

Mientras Tovar García está en prisión, Carvallo y Pocaterra arrecian sus campañas anti-Castro. Se abrió el proceso para elegir presidentes de estado; el caudillo andino apoyaba a otro tachirense para la presidencia del estado Carabobo, el médico Samuel Niño, en ese momento secretario general de gobierno. Buena ocasión para echar una vaina.

Los traviesos redactores de *Caín* lanzaron un conjunto de candidatos, encabezados por el doctor Samuel Niño para el estado Táchira, para Carabobo al doctor José de Jesús Arocha, pero además la provocación los llevó a postular candidatos en otras regiones: para Falcón, el general Gregorio Segundo Riera; para Bolívar, Zoilo Vidal; para Bermúdez, Nicolás Rolando; para Guárico, Roberto Vargas; para Zulia, Francisco E. Bustamante. De estos candidatos unos estaban presos y otros en el destierro. Pero eran postulados con la mayor naturalidad del mundo, como si no quebraran un plato. La intriga era diabólica, y su carga de sátira no pasó inadvertida. ¡Tachirenses al Táchira!

Nuestra exposición era tan circunspecta y ya estaba tan envilecido el público, que por un instante se creyó que navegábamos en aguas de altura, y el mismo infeliz de Samuel Niño no se resolvió sino muy tarde a gestionar nuestra prisión.

La pequeña hoja valenciana circulaba en Caracas, y su éxito contribuía a complicar la vida a los jóvenes redactores. Cuando Pocaterra se dispuso a registrar aquellos episodios, escribió:

Nosotros sostuvimos una campaña violenta, plagada de diatribas, pero purificadora, fuerte, digna; suplía con la intención las deficiencias, arrojaba con su autoridad moral la natural agresividad de nuestras plumas inexpertas.

Bajo el título del periódico aparecía la explicación de tan extraño nombre. Las citas de la Biblia se convirtieron en lanzas: "Caín, Caín, ¿qué hiciste de tu hermano?". Y otra, no menos admonitoria: "Acostúmbrate a ver en cada semejante un lobo", un texto de San Pablo que completaba aquella declaración de guerra "santa". Con tales citas -a poco del fusilamiento de Paredes y en medio de un clima político de tensiones y confrontaciones, que de La Aclamación (1906) se pasó a La Conjura, que los duelos en el poder y por el poder no eran un juego de ajedrez sino una especie de ruleta rusa del régimen andino, cuando el vicepresidente de la República no podía dormir dos noches seguidas en la misma casa porque lo buscaban para matarlo, y otros, no pocos, apostaban a la muerte del general Castro más o menos desahuciados- los redactores de *Caín* se lanzaron al ruedo como parte de aquel am-

biente demencial. La campaña de *Caín* tendrá su desenlace fatal en el país de Castro. Otros números más circularán en Valencia, algunos serían leídos en la capital de la República. Vino la reacción inevitable, el zarpazo. Era una mañana de noviembre.

—El coronel Romero, que pasen por allá.

Para el caudillo andino, 1907, además de vísperas de su caída, fue un año en el que proliferaron turbulencias de todo género. Estuvo a punto de morir mientras sus médicos lo operaban en Maiquetía, o no terminaron de operarlo porque los galenos consideraron que la intervención implicaba graves riesgos y ellos estaban amenazados si el caudillo moría. Se cuenta que Castro, en medio de los delirios del postoperatorio, se enteró de que el general Antonio Paredes había invadido por el Orinoco, sin pensarlo dio la orden de que fuera fusilado. Otra versión circuló entonces, la orden no había sido de Castro, sino de uno de sus doctores que habría enviado un cable cifrado con nombre del dictador al presidente del estado Bolívar. El efecto fue el mismo, Paredes fue fusilado y su cadáver echado al río. El presidente era el único responsable, al final de cuentas.

No cabe duda de la extrema audacia de llamar *Caín* a un periódico con semejante consigna, en medio de turbulencias que pronto le darían un vuelco a la política venezolana. Es probable que los arrojados periodistas no percibieran las dimensiones del huracán en cuyo ojo viajaban en medio de vientos y borrascas. Aquella "campaña violenta, plagada de diatribas, pero purificadora, fuerte, digna" tendría su expiación. Los molinos no eran de viento. No obstante, Pocaterra se sintió orgulloso de esta aventura de su vida, más allá del desenlace y de la penitencia. Veamos su testimonio:

Caín se vendía en Caracas; gozaba de mucha popularidad y fue la excepción de una época y es uno de los mayores orgullos de mi vida: era algo puro, nuevo, fuerte, sincero frente a la ola politiquera y acomodaticia en que flotaban los "intelectuales" de entonces... Todo consistía en "echarle" un discurso a Castro o publicar un artículo en El Constitucional, bajo el patrocinio de Gumersindo Rivas. De allí se iba para un consulado o para un puesto cualquiera. Era la escuela, el sistema.

Al escribir sobre la edición de *Caín* donde se lanzaron los candidatos, un procedimiento electoral demasiado “sencillo”, Ramón J. Velásquez cuenta que se publicaba en el periódico de cada capital de provincia el nombre de los candidatos a la presidencia y a las vicepresidencias y el día fijado para las votaciones aparecían en las urnas el mismo número de votos que correspondía al de inscritos en el Censo Electoral. Un sistema de maravilla, sin duda. Por eso se comprende al leer este texto del historiador sobre “Clave para entender el nombre de un periódico”, por qué el general Castro vio en la travesura algo como una conspiración. El doctor Velásquez observó la reacción suscitada:

La edición de ese día se agota. En la tarde, en la noche, en el club, en las esquinas, en la sobremesa de las casas, el comentario es el mismo: la lista de Caín. Mil versiones empiezan a correr. Unos hablan de las locuras de los muchachos. Otros, más sutiles, tratan de ver una maniobra de alto vuelo. Pero el tercer día todos coinciden en el comentario: “Ayer se los llevaron para el Castillo”.

Cerca de veinte años después, en una de sus *Cartas hiperbóreas* (30 de agosto de 1925), Pocaterra registró los pormenores de su primera aventura. *Caín* había sido fundado por uno de los hombres más enérgicos, más truculentos, más firmes y más originales. Ése era Tovar García, perteneciente a esa clase de hombres, dijo, que de fracaso en fracaso, de caída en caída, “conservan siempre y con mayor integridad cada vez, la profunda independencia de espíritu”. Según el perfil que traza del fundador, eran previsible todas las tormentas, como si Pocaterra confesara que el solo hecho de haberse unido a él significara arrojo y temeridad. Retengamos estos trazos del retrato diabólico:

En sus mocedades Tovar proyectó cosas horribles: sacar de los templos los confesionarios y quemarlos en la plaza pública, azotar sacerdotes atados a los postes del alumbrado, al trágico y melodramático farol de los “sans-culottes”, en las calles apacibles de la ciudad provinciana que tomaba el chocolate a las seis y regurgitaba sus digestiones coloniales hasta la hora del Rosario; publicó hojas sueltas horrendas, en un estilo admirable, desigual, restallante como una fusta cuyos nudos fueran los vocablos más rudos, las más feas imágenes...

Un horror, sus prosas impías, su odio personal hacia el culto en las formas externas, suponiendo nefandos pecados en la humedad de la sacristía o por entre las tablas agrietadas y malolientes del confesionario, su amor un poquitín hipócrita y dulzón hacia Aquel que entonces llamábamos los ateófilos "dulce Rabí de Galilea", escandalizaban a Valencia...



Castillo Libertador (Puerto Cabeallo)



Castillo Libertador (Puerto Cabello)

“Aspirad el aire abominable de una prisión y sabréis a qué huele **la desesperación”**

Dos de los consabidos tiranuelos penúltimos que proliferan por largas temporadas en esta parte del hemisferio occidental me encerraron en fortalezas y en cárceles, aherrojado con grillos, los más vulgares de la Cristiandad.

José Rafael Pocaterra
(1955)

Salvador Carvallo Arvelo y José Rafael Pocaterra se encuentran en el tranvía, cada uno lo ha tomado en una estación distinta; ambos, ahora, bajan y van camino de la redacción de *Cáin*. Al abandonar el tranvía, un gendarme vestido de paisano se les acerca y con una sonrisa sardónica, ambigua, falsamente amable, los intercepta y les dice:

—El jefe de la policía, que pasen a verle ahora mismo.

Los periodistas no se sorprenden. Los rodean otros rostros hoscos, gendarmes armados, caminan hacia el Cuartel de Policía. Pasada la “prevención”, los conducen a una pequeña habitación donde duermen los oficiales. Recuerda Pocaterra: “Hamacas desplegadas, cobijas puestas al aire; un retrato del general Cipriano Castro, grande; otro cromó pequeño del Libertador, con una palma bendita y una postal en que cierta bailarina exhibía sus perniles”.

El coronel Romero, jefe de la policía, les dijo sin gastar palabras: “Están detenidos”. Tiene orden de incomunicarlos, de no informar a sus familias. “Hay orden de Caracas para pasarlos al Castillo”.

A las dos de la tarde el coronel vuelve y les dice algo contrariado:

—Siento mucho... Pero es bueno que se acomoden...

A las tres los conducen a la estación del ferrocarril inglés. La próxima escala será un barco de piedra. Pocaterra tiene 18 años, pero la reciedumbre de su talante y la fuerza de su estilo nos harán olvidar

que aún es un adolescente que ha perdido también el disfrute de una edad que la barbarie venezolana le arrebató. El prisionero es un poeta, es un novelista, y sólo él puede tener el privilegio de describir el viaje hacia el primer olvido:

El tren rodaba, bajo la tarde gris de noviembre, hacia la fortaleza sombría; una lluvia fina y tenaz empañaba los cristales del vagón. Los cerros azules de Bárbula; prados amarillentos; matorrales. Y de súbito una ráfaga de yodo y de inmensidad: el mar.

En Puerto Cabello “huele a marisco, a basura, a miseria. En las charcas salitrosas refléjense muros leprosos; uno que otro edificio, una que otra habitación”. Perros que cruzan, ladrando, gentes que miran pasar el tren con la boca abierta, como si le dijeran un saludo o una injuria. Indiferencia, miedo. La oscuridad cae como una mortaja.

Las gentes los miran y bajan los ojos. Desde lejos se ve que son “presos políticos” porque los guardianes no sonríen, no hablan, los rostros al frente evitando toda pregunta. Los prisioneros recuerdan que los “criminales” se conocen porque andan sonrientes, nadie teme mirarlos. Los “presos políticos”, en cambio, son como la peste. El “enemigo” del gobierno, piensa Pocaterra, es siempre un hombre taciturno que marcha entre una doble fila de esbirros y cuya mirada puede “comprometer” al conocido que encuentre. Entran al Castillo:

Bajamos las gradas del embarcadero, y minutos después un bote nos condujo a través del pequeño canal que separa el puerto de la fortaleza. A la luz indecisa de algún foco que no veíamos, cruzamos el puente de madera, tendido sobre un foso ancho que ciñe por el lado de tierra el castillo. Y éste se levanta, con su viejo escudo de piedra sobre la entrada, macizo, chato, asomando por entre los melones desportillados –las almenas clásicas del siglo XVI– la boca de sus cañones, roñosos y vetustos... Antaño, cuando le pusieron en pie los españoles, denominábase San Felipe el Fuerte –para distinguirlo de San Felipe el Real de Yaracuy– y ahora se llama, como para ironía del uso a que se le destina, “Castillo Libertador”... Penetramos bajo la amplia bóveda, oscura, húmeda.

La luna, “que surgió, redonda y clara, por encima de la muralla... bañó de plata todo aquel aspecto tétrico de las cosas vulgares en la oscuridad”. El prisionero recuenta la historia del viejo fuerte de San

Felipe, antiguo depósito de la Guipuzcoana, "amenaza de los bucaneros de las Antillas y defensa del litoral caribe, posado en su isla a la entrada del puerto, como un pájaro de piedra". Sus bóvedas conocen tres siglos sigilosos de historia y de tragedia...

A golpes insurgentes rompió la República el real escudo y colocó el suyo sobre la puerta –un caballo de yeso en campo de añil que las lluvias han desteñido–. El puente, que ya no es levadizo, salva un foso ancho, poco profundo. En lo alto de una muralla está un centinela cuyo fusil brilla en el plenilunio; y pasada "la prevención" –vasta bóveda a cuyos lados se alinean dos filas de soldados y duermen otros en un banco– un patio cuadrangular, ancho, lleno de luna, como la plaza de un pueblo. A nuestro paso escuchamos bisbiseos, pequeñas conversaciones que se interrumpen; y cae, chusca y loca, con la cadencia tres veces triste de una raza tres veces cansada, la copla, la eterna copla cínica de las decadencias:

*Ya me llevan, ya me traen
Ya me remachan los grillos;
qué contentos no estarán
los que son mis enemigos...*

Última visión poética. Al ingresar en el Castillo vendrán la sordidez, la penumbra, el hambre, la muerte. Las miserias humanas. Los interrogatorios. El descubrimiento del otro rostro de Venezuela.

Se inicia la oscura odisea del joven periodista. Cuando ingresa al calabozo número 8, el primer perfil que reconoce es el del fundador de Caín, Tovar García. Es el primer rostro que reconoce entre otros rostros fantasmales. Muy cerca está el caudillo larense general Amabile Solagnie, "la luna le baña de plata su larga barba cana, que sin duda era rubia cuando entró allí cuatro años antes". A Pocaterra no se le escapa la dimensión del viaje que emprende, y se mira en los espejos de la noche: "El holocausto de una adolescencia; diez y seis años que se acuestan sobre la arena húmeda, sin manta, sin alimento, sin luz, con esa sed horrible y tenaz del agua que no se tiene". Retengamos esta "postal" preliminar del castillo:

Tenemos sed; tenemos hambre. El frío y la humedad se cuelan hasta nuestros huesos; el calzado se hunde en la arena del calabozo que rezuma agua salitrosa. Estas bóvedas

están más bajas que el nivel del mar, y a través de la espesa muralla y del farallón que defienden la fortaleza, se siente el foetazo de las olas, y a ratos parece que estuviéramos en la cala de un barco.

Un zoológico se animalillos detestables acompaña las congojas. De tiempo en tiempo un grito rompe la lenta monotonía de la noche, el violento golpe de las olas contra los muros de piedra:

—¿Quién vive?

—¡Ronda!

Esta primera noche de cautivo no he podido dormir. En mi mente se agolpan las visiones de la infancia, los rostros familiares, los ojos de mi madre, que estarán llenos de lágrimas; y el sueño que a ratos viene a mis ojos tiene algo del horror de las catalepsias; eso de que uno está oyendo desde su ataúd que le lloran y se preparan a enterrarle...

El prisionero relata el primer amanecer, y como el primero serán fatalmente todos los amaneceres que lo esperan en el castillo:

La campana de un barco tañe dos veces. Otros pasos retumban, sordos, en la explanada. Voces. Rumores. Y todo se rasga de súbito a la clarinada del alba. Las cornetas vibran, redoblan los tambores, un pífano silba un airecillo marcial que tiene un dejo melancólico, indígena, desgarrador. Y ya a esa hora, la noción brutal de la realidad, con un golpe de maza, nos abate, estupidizados de sueño sobre las mantas...

A los relatos y confesiones de Pocaterra como prisionero político, al poder y a la fuerza y brillo de su prosa, es preciso añadirle su connotación testimonial. Si a los venezolanos nos caracteriza una inverosímil tendencia al olvido, a la destrucción de aquello que nos aterra o nos avergüenza como el edificio de La Rotunda, o los grillos lanzados al mar en 1936 para que las huellas de aquella barbaridad no torturaran nuestra tranquilidad de (in)conciencia, las páginas del memorialista permanecen como lo que no fue posible borrar.

El escritor cuenta cómo era el sistema carcelario en el Castillo Libertador. A los presos los llaman “pensionistas” por lo poco que pagan para que les mejoren “el rancho”. Las raciones en que se traducen el real y medio diario que aporta el gobierno para que sobrevivan y le

vayan metiendo mentiras al hambre. Es un negocio que controla la esposa del jefe del castillo, Carlos Silverio,

un hombre de color, de seis pies de alto, que lleva una barba lacia y sesenta vigorosos años en guerra y en servicio... Es un analfabeta; de él se refieren especies regocijadas; es también sórdido, especulador... Lo que exprime a los presos en el "rancho" de real y medio diario que pasa el gobierno para alimentar a sus detenidos, lo que devenga por "pensionistas" o las "imaginarias" que cobra —números de tropa fantásticos— sirvenle para ahorrar y para derrochar; algunas veces, con esas esplendideces a que son tan dadas las gentes de esta clase.

Entre los castigos está la incomunicación. El trato vejatorio, el preso es un ser peligroso al que es preciso tratar o maltratar como "enemigo del gobierno". De pronto se les suspende el placer de tomar el baño. Cuando se les permite es un privilegio y de cuando en cuando se bañan en un recodo del castillo donde penetra agua de mar, y entonces al placer lo acompaña cierta tortura, pues tienen que atravesar una bóveda sombría, maloliente como una cloaca...

Por la poterna inmediata arrojaban al agua los cadáveres. En un ángulo existe la perforación que hizo en la piedra viva un proyectil del crucero alemán "Vinneta" cuando el bombardeo de 1902. Toda la muralla de esta parte quedó destruida e inutilizada la enfilada de bóvedas que forman la histórica "Puntilla" en la cual Monteverde dejó perecer por asfixia a más de sesenta prisioneros patriotas. En la explanada, junto a la garita, se yergue un arbolillo que arraigó, tenaz, en la piedra y está siempre verde... Abajo, entre dos estribos del parapeto, penetra el mar, y se ha improvisado con cañones antiguos que ostentan el escudo castellano un baño bastante cómodo. La ola bate y revienta contra la piedra viva.

Mientras sale a tomar ese baño, el prisionero observa el mar. A la penumbra del calabozo regresa con la visión libérrima del océano. Piensa y registra la historia del castillo, como una manera de fugarse de la realidad y quizás de sentirse partícipe de los singulares anales poblados de grandes personajes. Lo escribe con tanta erudición que conviene retener lo que cuenta:

Frente a nuestras bóvedas –de por medio la plaza de armas, el amplio patio–, a la derecha hay otras tres que tienen acceso por una sola puerta. Están marcadas con el número 11. Es tradicional en la fortaleza que allí encontró el generalísimo Miranda, en 1811, al capitán español Antonio de Guzmán –padre del viejo Antonio Leocadio y abuelo de Guzmán Blanco. Le hizo quitar los pesados grillos y le permitió pasearse por el patio; allí también –después de la sublevación de este oficial, cuando la traición de Vinoni, siendo comandante de la guarnición el novicio coronel Simón Bolívar– por una extraña coincidencia, estuvo el propio Miranda unos meses aguardando la embarcación que debía llevarlo al cautiverio definitivo en la Carraca gaditana...

Antonio Leocadio Guzmán nos ha referido que su padre trató al vencido generalísimo con el respeto y la simpatía a que sus méritos le hicieron acreedor, aun entre sus enemigos... Tocóles a los mozalbetes aturdidos de 1812 cometer la fea acción de entregarle a Monteverde. El Libertador solía indignarse más tarde cuando le recordaban este episodio poco airoso de su vida. No era sino una explosión del remordimiento.

No abundaban los libros en las cárceles de entonces, ni tampoco en las que renacieron en la última dictadura del siglo XX. Pocaterra enumera las obras que lograron “pasar” la censura: la Biblia, *Biografías de Hombres de Hispano-América* por Ramón Azpúrua, *El Civilizador* de Lamartine, y la novela *Canaam* del brasileño Graca Aranha... Un volumen de la historia griega de Duruy, el tomo clásico de Juan Vicente González y un ejemplar del Quijote... Con don Quijote bastaba para cualquier adversidad. Los censores de las dictaduras no imaginan todo lo subversivo que alienta en sus páginas. Nada mejor como llegar a los veinte años, como en el caso de Pocaterra, en tan singular compañía.

En el castillo oscila el trato que reciben los “huéspedes”. Unas veces el mal humor o el espíritu brutal de los guardianes marca la diferencia. Unas veces pueden hacer ejercicios, leer, escribir. Otras no, se les niega el aire y la luz. No se explican, piensa Pocaterra, que leer un libro o garrapatear un papel constituya una distracción ni un alivio. Era eso lo que querían, que los presos no tuvieran “alivio”. Los “políticos” no tienen derechos.

Diciembre es el peor mes del preso político, tiempo para contar el tiempo, y tiempo para medir el pasado, pedirle cuentas, imaginar el futuro, pensar en los afectos, en la novia o los amigos. Pocaterra piensa que mientras finaliza el año, la vida continúa su curso desesperan-

te. La nube de la nada que envuelve al prisionero. El joven periodista reflexiona sobre la inutilidad del sacrificio. Inaugura su estilo devastador, iconoclasta, que no reconoce piedad ni consigo mismo. Esta postal de diciembre es sombría, pesimista, es paralelamente un breve perfil del escritor y de ese talante de roca que lo consagrará en la historia de las letras y de la política. Lo que escribe no es una blasfemia, es el inicio de su duelo contra la sumisión y la indiferencia:

Y ya finaliza este año; y ya la vida continúa su curso, igual, desesperante... ¡Qué importa el sacrificio y el ejemplo de nadie a estas generaciones ingratas, anodinas, serviles!... ¡Harán mañana frases compasivas si sucumbimos; frases desdeñosas!... Si algún día tornásemos a la luz y por no sé qué azar desaparecieran Castro y su gobierno y sus cárceles y carceleros, entonces harían otras frases y relatarían actitudes insospechadas de conspiración y de rebelión ¡todos estos borregos que van trémulos bajo un mal garrote! ¡todas estas bocas que sonríen, femeniles, a los fuertes que pasan! Un país entero que se deja robar y deshonorar y asesinar en silencio porque para todos los Tartufos del Comercio, del Clero, de las Profesiones y de la piara periodística, "la paz es el supremo bien de los pueblos" y una digestión tranquila el mayor bienestar y la finalidad suprema de todo venezolano sensato.

La esposa del jefe del castillo les regala unas hallacas, porque diciembre también tiene que ver con las tradiciones de navidad. "Su piedad de mujer nos resulta irónica y amarga", confiesa Pocaterra. Una salva de cañonazos saluda la llegada de 1908.

Una banda militar saluda también al nuevo año desde la explanada. Las cornetas desgarran; el pifano silba un airecillo entusiasta que desmaya en calderones quejumbrosos... Van redoblando los tambores hasta extinguir su última vibración en la noche. Los cohetes rasgan el aire, lloviendo luces multicolores. Se advierte un lejano murmullo que la brisa trae con todas las alegrías orgiásticas del Puerto; campanas, villancicos, animación nocturna. Y como el fondo de una sinfonía wagneriana, las sirenas de todos los barcos surtos, las del Dique Astillero, las de la ciudad, estallan, acordando una larga estridencia ensordecedora.

"El eco de los estampidos retumba en las bóvedas y va a confundirse con el rumor solemne de las olas que baten la muralla". En el castillo no hay horóscopos ni astrólogos, pero Pocaterra, Tovar García, Carva-

llo, el viejo Solagnie, se refugian en el presentimiento de que el año que anuncian los cañones con tanto estruendo será un año para la historia.

No abundan los pasatiempos en las prisiones políticas. Uno que no falla son los planes de fuga. También los periodistas de *Caín* y el general larense le dan cuerda a la imaginación, estudian todas las combinaciones posibles, los riesgos, los pasos que pueden ser pasos en falso. Son apenas cuatro los jinetes de esta aventura. Tienen prisa, unos por jóvenes, otro por viejo. “Esto de las evasiones –escribe Pocaterra– tiene algo de literario y de folletinesco que encanta a quienes no miden la magnitud del paso”.

Finalmente los cuatro jinetes se ponen de acuerdo sobre un plan concebido por Carvallo Arvelo. Tienen que esperar una noche de mucha lluvia, oscura y torrencial, porque los guardias se refugian en las casetas, tendrán que cruzar los extramuros, nadar unos cuantos metros a través de los manglares, todo eso luego de haber logrado un “molde” de una llave que debe mandarse a copiar, la llave de la puerta de hierro que da a la poterna. Esto era, sin duda, lo crucial. Ya tenían la llave en la mano, cosa inverosímil, pero el azar se interpuso de manera inesperada.

Pocaterra y Carvallo preparan esa mañana una tortilla: adiós tortilla, suena la sirena de un buque, alguien la reconoce, es la sirena del “Zumbador”. Minutos después, aparece un coronel con un telegrama en la mano y grita: “Tovar García, Carvallo Arvelo, Pocaterra... los presos de Carabobo, acomódense, con sus corotos”. También añaden a un poeta que andaba siempre enculillado, hablando más de lo debido. A Solagnie se le viene el mundo abajo. No tienen idea de qué destino los espera, probablemente, piensa uno, “nos va a matar en alta mar”.

Entran al “Zumbador” y los sepultan en la bodega de popa. Cuando los ojos se adaptan a la penumbra, reconocen dos hombres que la luz de la claraboya les permite ver. Vienen de La Rotunda y son los generales Pedro Ducharme y Doroteo Flores. La incógnita se despeja, irán al castillo de San Carlos, en la barra de Maracaibo... Un viaje en la oscuridad. Una escala en La Vela, luego en Adícora. Las promesas de comida se quedan en promesas. “El hambre es cruel; vela, como una fiera lívida, refugiada en nuestras entrañas, exasperada por los tragos de agua salobre que tomamos de una artesa donde sin duda lavan ropa los

marineros". Pocaterra registra esta postal del viejo castillo que va a alojarlo, y él no sabe hasta cuándo:

Pasamos a lo largo de los fosos donde el sol cristaliza la arena salitrosa, entre dos murallas cortadas en rampa; se abren y se cierran dos puertas formidables a nuestro paso; y al fin, nos detenemos. El turco abre la reja que tapa una especie de cueva, un boquete, un tragaluz más bien, que ostenta arriba, por coincidencia, el número ocho; y apenas inclinamos la cabeza para penetrar, sale de aquella zahurda y nos golpea el rostro como granizo una nube de moscas. En la penumbra de aquella pequeña bóveda u hornacina que tendrá dos metros escasos, distinguimos un catre, desvencijado, una almohada que está rota y maculada, como la lona del catre, con manchas sospechosas; tirado enfrente un Mandevil –el clásico libro de aprender a leer– grasiento, destrozado... Y aquellos despojos de súbito nos dan la noción exacta de que el que allí estaba murió días antes y le sacaron con una bala de cañón atada a los pies para arrojado al agua, como suelen hacer con todos. En ese mismo tétrico calabocito estuvo el general José Manuel Hernández cuando ocurrió el incidente internacional de 1902... Engañado, perturbado, isabe Dios qué enorme desolación, qué tristeza de abandono supremo le comunicó la siniestra roña de esta piedra! En este mismo lóbrego sitio concibió ese desdichado documento en que decía dejar abandonados en el fondo de su calabozo "sus odios y sus rencores de prisionero"... Las paredes están llenas de autógrafos: la firma de Ramón Guerra, la de Paredes... Una copla, escrita sin duda después de "la Libertadora", reza:

*Ya me explico los calores
que se sienten en el ocho
porque aquí abandonó el Mocho
los odios y los rencores.*

Abundaban los presos en el castillo zuliano, y entre ellos abundaban los generales, por allí habían pasado o pasaban Ramón Guerra, Pedro Julián Acosta, José María Ortega Martínez, Doroteo Flores, Juan Naranjo, David Montiel, los Farrera, etcétera. El trato no era menos brutal, como puede comprobarse con este episodio:

—Venga –le gritaron al sorprendido prisionero– venga para que se despida de su tío. Y una semana más tarde, con el mismo aparato tomaron a descubrir otro trágico envoltorio ante su puerta:

—¡Farrera, aquí le traemos a su padre para que lo vea!

Era un octogenario esquelético, de larga barba blanca. Acababa de morir de meningitis y de dolor... El coronel Leopoldo Taillardath falleció, loco, en la prisión. Su estado de flacura era tal que a través de la piel se veían sus huesos. Una tarde la madre del desdichado, doña Concepción de Taillardath, la célebre poetisa, se arrojó ante el general Castro que iba de paseo con sus amigos para pedirle la libertad de su hijo moribundo... El "héroe invicto" le arrojó el caballo encima y pasó.

En el tiempo de Castro, el castillo había sido campo preferido para sus castigos y venganzas. En 1908 quedaban alrededor de ochenta presos políticos en el San Carlos. Veamos:

Pocos días después trajeron los presos de Ciudad Bolívar. Al general Nicolás Rolando le apersogaron con Pablo Guzmán; al general Francisco A. Vásquez con otro oficial; al general Vicente Sánchez con su asistente; a Guillermo Barráez con Tomás Mercado; a Oderiz con Segovia; a Gualberto Hernández con un señor Alcalá de Ciudad Bolívar; a Pedro Ducharme con Luis Boscán... La nota de apersogados es mucho mayor. La de muertos ha de recogerla la Historia. Estaban también Vallenilla Marcano, Antonio Ramos, Juancho Córcega, Dionisio Terius, Constasti Gerardino, Magín Silva Rojas, el Dr. Anselmo Rojas, los coroneles Avendaño y Segovia, Sánchez Muñoz, Ramón Berroterán, general Echenique, Benito Barreto, La Rosa, Martínez Cova, Joseito Maica, Julián Correa, Luis Mijares, Marcelino Torres García, Irazábal Rolando y Torcuato Colina, que murió en la prisión. Los no "enyugados" llevaban grillos de los denominados "restauradores", de sesenta libras.

Los redactores de *Caín*, Carvallo y Pocaterra, fueron liberados antes del viaje del general Castro a Europa. El dictador no tiene escapatoria: la muerte vendrá a buscar al caudillo si prefiere aferrarse al poder. Manióbró tanto, dividió para reinar, osado y temerario desafió a los amigos, hostilizó a los amigos, los humilló tanto que ya, al final, sólo dejaba un país de enemigos. Un país que no volvería a ver. *Caín* no pudo registrar la caída del general porque ya no existía y *El Constitucional*, el periódico oficial, tampoco porque llegó a su final en medio de las llamas y las iras de la gente.

Si una pequeña hoja como *Caín* tuvo alguna influencia o no, queda para quienes deseen consultar a los arcanos. Pero algo es evidente y

cierto: entre los juicios que contribuyeron a la destitución de Castro y a su condena, estuvo en primer lugar el fusilamiento del general Antonio Paredes el 1° de enero de 1907. "Caín, Caín, ¿qué hiciste de tu hermano?". Para el dictador, ya "hombre sin patria", rechazado en cada puerto, la otra consigna del periódico no le sería ajena: "Acostúmbrate a ver en cada semejante un lobo". En esta ocasión el lobo se llamó Juan Vicente Gómez.

Esta fue la primera de las prisiones de Pocaterra bajo la égida andina. La primera prueba del escritor y la primera demostración de que no lo amilantarán ni los peligros ni los riesgos, y tras los muros de los antiguos castillos comienza a blindar su espíritu, comienza a endurecerse su temple y a disciplinar su carácter, a disciplinarlo, pero paralelamente a conferirle la carga de amargura y de rebeldía que traducirá en sus escritos y terminarán por fundir su personalidad en una fragua de acero.

A pesar de la adversidad, el prisionero no pierde el tiempo. Lee todo lo que cae en sus manos, historias o novelas, estudia latín y griego y, sobre todo inglés, un instrumento que le será de suma utilidad en los días por venir, cuando en tierras extrañas le toque ganarse la vida. Lee y escribe. El ambiente lo incita, el vejamen y la iniquidad nutren su imaginación y van moldeando las aristas de su estilo punzante, implacable como sus perseguidores.

El novel periodista no elude ni el desafío ni el duelo y comprende que, como escritor, tiene las armas incomparables del lápiz y del papel que le permitirán enfrentar a los señores del poder y del dinero. La pasión política será uno de los signos de José Rafael Pocaterra y la asumirá a plenitud, pasión política que él no inventaba sino la tomaba del ambiente y de la realidad. A esta etapa del Castillo de San Carlos pertenece la reacción del escritor contra el culto de Bolívar que bajo Castro había adquirido dimensiones verdaderamente estafalarias. Se burla de un doctor que recita con ampulosidad "Mi delirio sobre el Chimborazo". La considera "una debilidad literaria del Libertador", altisonante, rebuscada, alambicada, chatobrianesca. Es preciso registrar lo que Pocaterra escribió sobre el sagrado culto, a propósito de la superstición de un personaje oscurantista que andaba cerca:

Pero sobremanera, había algo que le transformaba: ¡Bolívar! Su culto hacia el héroe era de esos cultos frecuentes entre la gente de mediana ilustración, una cosa idolátrica, absurda, mal documentada, en que las virtudes excelsas resultan inadvertidas y la verdadera fisonomía del grande hombre pasa envuelta en una abigarrada procesión de juicios y de circunstancias ajenas en absoluto al medio, al personaje y a su acción. Parece ser que la generalidad de los letrados de mi país no sabe rendir la discreta admiración que dentro del sentido de las proporciones destaca las egregias figuras por encima de la vulgaridad fatal a que les condena la acción... Sacan de su base la estatua, la ponen a danzar en una mesa de procesión de aldea, con coronas barrocas, pronuncian discursos y disparan fuegos artificiales... La aguda ironía que inspiró la carta del Libertador a Olmedo después del "Canto a Junín" dijérase que presentía esta desafortada verborrea en que le iban a traer de aquí para allá, con la espada de Boyacá convertida en matraca y los laureles de Carabobo en castañuelas por entre el rumor de pezuñas, de este rebaño inmundo, para estar haciendo grandes frases sonoras, ayer a Guzmán de levita y guantes, hoy a Castro de liquilíqui y peinilla.

Si alguien dudara de la grandeza auténtica del Libertador, bastaría a convencerle la indiferencia con que se yergue a través de las edades; la misma del Ávila abuelo, embozado en la niebla más alta y bajo las más excelsas constelaciones, mientras van por su falda, camino del cortijo, las recuas del tráfago diario...

Bolívar es tan grande que ha logrado permanecer inaccesible a los desacatos miserables que cometen sus criaturas, desde Caracas hasta el Desaguadero.

El Castillo de San Carlos está en las cercanías del infierno. El óxido del tiempo carcome sus piedras. Cuando el escritor escriba sobre esta experiencia, volverá a asfixiarlo el aire abominable, y dirá: "Aspirad el aire abominable de una prisión y sabréis a qué huele la desesperación". Quien no ha estado prisionero en una cárcel política, difícilmente puede imaginar semejante experiencia. José Rafael tiene entonces 18 años apenas. Venezuela es un barco que hace aguas, y el capitán de ese barco naufraga en esas aguas que él mismo se obstina en agitar. Nadie lo va a salvar, tiene los días contados. Registremos la reflexión autobiográfica que tiempos después hizo el escritor:

Después de año y meses salí menor de edad y periodista independiente. Dos cosas ridículas. Y una tercera ridícula aún: salí tan pobre como había entrado. Vino la bendita reacción y de la oficina mercantil donde ganaba cien bolívares como corresponsal

trabajando hasta media noche con una deliciosa temperatura marabina de 38 grados, salté a la plaza y eché un discurso de tres galeras y media, preñado de frases terribles contra "el pasado régimen", haciendo rugir de entusiasmo a cinco mil sujetos. Me sacaron en hombros. Fui celebridad local. Cierta cojo maleante, cronista de un periódico de Caracas, dijo con mucha gracia que todos los que habíamos tomado parte en la "manifestación" zuliana éramos "muy conocidos en nuestras casas". Odié a aquel hombre. Tenía yo la enfermedad regional: hipertrofia de pretensión. Algo tan criollo como la "mancha" de los plátanos...



Castillo San Carlos (Maracaibo)



Castillo San Carlos (Maracaibo)

Cuando se tienen veinte años, 1909

Pocaterra fue liberado y salió del Castillo de San Carlos meses antes del viaje de Cipriano Castro a Europa. Una goleta lo llevó a Maracaibo en compañía de Carvallo Arvelo. Extrañamente parecen olvidar a Tovar García, el fundador de *Caín*, para quien no hay una palabra de recuerdo, como era de suponer. La belleza del paisaje que el escritor describe no basta para amainar la pesadumbre que embarga a ambos por los que quedaron “bajo la caparazón asolada de piedra”.

Es una tarde calurosa. Las balizas clavadas en los bajos fondos marcan la ruta del barco por un agua amarillenta, revuelta, de fiemo, que limitan a playas de arena y medanales, o riberas de un verde acérrimo. Poco a poco, lentamente, bajo el calor sofocante, avanzamos en el crepúsculo.

Toda el agua de púrpura un largo instante; el cielo es como la colgadura de una tienda bárbara. Son coloraciones de una inaudita fuerza... Y suave y dulcemente el rojo pasa a cobrizo, a plata oxidada, a gris... Una estrella solitaria cae, temblando en la laguna.

¡Maracaibo a la vista! A Pocaterra lo espera la madre que se ha trasladado a la capital del Zulia para estar cerca del castillo. Cerca y lejos. Junto al lago vivirán algún tiempo, madre e hijo. De modo que, desde lejos, desde Maracaibo, José Rafael observó los episodios que precedie-

ron la caída del dictador enemigo. No era poco para el gladiador que aún anda en la adolescencia. Sin embargo, y a diferencia de casi todo el mundo, el novel escritor no hace leña del árbol caído. Las hojas del calendario de 1908 caen con precipitación. A todos los asedia el apremio de alguna duda. Castro porque se va. Gómez porque se queda. Y en torno a ellos, o detrás de ellos, las otras conspiraciones. ¿De quién será el poder? Pocaterra relata el juego de aquel ajedrez endemoniado de la política venezolana. Un ajedrez donde las piezas parecen moverse por sí solas.

Cuando el presidente Castro aborda el “Guadaloupe” el 24 de noviembre, se produce un extraño suspenso. Evidentemente, la atmósfera estaba cargada. El escritor relata aquellas historias, desde las vísperas del 19 de diciembre y del golpe de Estado, los sucesos del 13 que le dieron luz verde al encargado del poder, el reacomodo y conversión de los generales, los episodios como teatro de guiñol que tienen lugar la mañana del golpe en la Casa Amarilla, la comparecencia de Juan Vicente Gómez en la escena como el heredero del poder.

Pocaterra hace una escala en el relato para castigar la inverosímil metamorfosis instalada como una constante en la política venezolana. Cómo los presidentes de estado barajan sus cartas, encargan a los segundos, se preparan para la gran flotación, eso que se llamó metamorfosis o “camaleonismo”, se cambia de jefe, mientras todo sigue igual. No sólo los individuos, también los monopolios, “como esos gigantes cefalópodos que por una secreción tintórea logran enturbiar el agua y desaparecer momentáneamente, pegábanse a los bajos fondos de la política esperando mejor ocasión...”. Conviene retener el perfil que el escritor traza de uno de los prototipos más conspicuos del “camaleonismo”:

La sonrisa italiana de José Antonio Velutini, segundo Vicepresidente de la República, abriase como una flor de ironía por los corredores de Miraflores. Este hombre bien pudo adoptar el emblema de la ciudad de París donde solía pasar largas temporadas de gestación política refugiado en un hotel desconocido “para estar lo más lejos posible de los venezolanos”. La divisa latina “fluctuat nec mergitur” merecía este cortesano metalizado, frío, calculador, que sabía ser grandilocuo o displicente, que sabía ser hasta digno cuando lo requería su interés y que cuando el pesado bongo llamado entre nosotros “la nave del Estado” desfilaba por entre Scila y Caribidis, surgía de las ondas revueltas,

cubierto de escamas plateadas, mitad político, mitad pez, tañendo las funestas armonías que escuchara el Odiseo amarrado al mástil.

Así eran los individuos, pero así eran también las “instituciones”. ¿Qué ocurriría, pregunta Pocaterra, al reunirse el Congreso “nombrado” por Castro, el mismo Congreso que al contestar el mensaje de Castro el 11 de junio de 1907 le había respondido:

Felizmente después de esa noche oscura y tenebrosa, verdadera “noche triste” para el patriotismo (se aludía a la enfermedad de Castro en la forma y se zahería la “interinaria” de Gómez en el fondo) aparece de nuevo el sol radiante y majestuoso; renace nuestra confianza; revive nuestra fe en que la Providencia proveerá con creces lo que por el momento hayamos podido perder; y celebramos jubilosos el retorno a la actividad política del Caudillo Invicto que supo arrancar del seno ardiente de las batallas, paz para la vida nacional y sembrarla con palabras de confraternidad en la conciencia de los pueblos. Por fortuna para Venezuela, otra vez empuña las riendas del gobierno la mano fuerte que mantiene la disciplina partidaria, la integridad de la causa, el prestigio de las instituciones, y, flotando a los vientos, la tricolor bandera que saludaron las dianas de Carabobo y los clarines victoriosos de Ayacucho.

Pocaterra menciona nombre por nombre a los personajes, a los alfiles y a los peones que se metamorfosean, que pasan discretamente al segundo plano, mientras los secretarios dan el paso al frente para que sean otros los rostros. No hizo leña del árbol caído, como ya se dijo, y escribió: “Todo un país sirvió de instrumento a una de las traiciones menos valientes y más burdas que se pueden registrar en la historia”.

Fallado el proceso del castrismo de un modo unánime ni una voz, que pueda tomarse moralmente en cuenta, álzase en defensa del hombre que cayó por una infidencia de los suyos y a quien horas antes una nación postrada, con su clero a la cabeza –iesos que llevan debajo de la deshonra de la sotana la deshonra de los pantalones!– consagraba entre los bienhechores... Oh, sí, veinticuatro horas después que el nuevo capataz esgrimió el mandador, la gente arrodillada que “seguía con arrobada contemplación la estela de la nave feliz que conducía el porvenir de Venezuela en la persona de su amado Caudillo”, al adquirir la seguridad de que no se imprimiría una sola letra ni se dispararía un solo fusil en defensa del ausente, resolvióse con un triste entusiasmo a secundar “la reacción”,

la reacción oficial engendrada por el ejecutivo, a la vista gorda de la policía, bajo la socarrona pasividad de los cuarteles, con la complicidad de los oficiales, organizada, metodizada, dosificada desde la Secretaría General del Vicepresidente Gómez... Tras la última semana de vacilaciones miedosas íbase a levantar la compuerta del albañal por donde corren hacia el futuro tantos años de vergüenza, de dolor y decadencia...

La prosa de Pocaterra se enardece cuando relata los episodios de la crisis, como cuando aborda el asunto de la solicitud a Estados Unidos de que envíe unos barcos de guerra para proteger a Gómez de las amenazas de Castro. Su prosa se sonroja. No abrigaba duda, el responsable había sido el general Gómez, y él quería creer que “el pánico a Castro lo enloqueció para no tener que registrar en los anales de la República el nombre de un compatriota mezclado en tamaña responsabilidad”. Ésta es la versión del escritor:

Poco antes del 19 de diciembre –entre la noche del 13 y la mañana del 14 que fueron los días críticos– Gómez, en su carácter de Vicepresidente de la República, Encargado de la Presidencia por estar ausente el titular del cargo, Cipriano Castro, ordenó al doctor José de Jesús Paúl, su Ministro de Relaciones Exteriores, que por intermedio del Ministro del Brasil en Caracas, señor don Luiz de Lorena Ferreira, se dirigiera a Washington ya que, desde el 13 de junio de ese mismo año se había dispuesto cerrar la legación americana en Caracas, para que solicitara el envío a las costas de Venezuela de navíos de guerra “en previsión de acontecimientos”. Este telegrama fue hallado en su original, lo mismo que el del Ministro Lorena Ferreira, en el archivo de la Oficina de Telégrafos de Caracas, por medio de la cual se remitían, vía Trinidad, los cablegramas para el extranjero, pues Castro había dejado interrumpido el cable francés.

El ministro de Relaciones Exteriores José de Jesús Paúl fue quien hizo la solicitud a nombre del general. El texto del ministro del Brasil a su colega en Washington, decía:

Reacción contra general Castro iniciada. Ministro Exterior me requirió hoy pedir hacer constar Gobierno Americano voluntad presidente Gómez ultimar satisfactoriamente todas las cuestiones internacionales. Halla conveniente presencia nave de guerra americana La Guaira previsión acontecimientos. Hizo idéntica comunicación otras legaciones.

Los corifeos de Gómez negaron que el general fuera el responsable de tan vergonzante solicitud. Como lo escribió Pocaterra, el canciller Paúl fue condenado por el Congreso, el cual dictaminó:

Se aprueba el Libro Amarillo presentado por el ciudadano Ministro de Relaciones Exteriores, en todos los actos para cuya definitiva sanción no se requieran otras formalidades constitucionales; e imprueba lo hecho por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, doctor J. de J. Paúl, al iniciar la conveniencia de la presencia de buques de guerra extranjeros en el puerto de La Guaira en previsión de sucesos, por considerar dicha insinuación opuesta a la majestad de la Nación.

Pocas veces se había sido tan hipócrita y tan cínico como los senadores y diputados que condenaron a Paúl para exculpar a Gómez. Cuando los barcos llegaron a La Guaira fueron recibidos con gran entusiasmo por el gobierno, y al poco tiempo, en la recepción de año nuevo en Miraflores, Juan Vicente Gómez condecoró a los comandantes de los navíos, y tal como lo insinuaba el famoso (vergonzoso) mensaje, el enviado especial William Buchanan y el canciller Francisco González Guinán suscribieron los "Protocolos de Febrero", iniciándose entonces una alianza incondicional entre Venezuela y Estados Unidos que se prolongó hasta la muerte del dictador, en 1935. Al contar estas historias, Pocaterra confiesa que habría preferido silenciarlas como venezolano: "Estas son vergüenzas que se devoran en casa..."

El solo conato de solicitar la intervención del gobierno de los Estados Unidos de Norte América fue obra de Gómez -y como venezolano quería creer que el pánico a Castro lo enloqueció para no tener que registrar en los anales de la República el nombre de un compatriota mezclado en tamaña responsabilidad...

Tiempos **ordinarios**

De la odisea de los castillos y de la persecución política, el joven de veinte años entra en un período de su vida que no es la que imagina, ni la que quiere vivir. Es demasiado ordinaria, demasiado normal, no aquélla que lo desafía ni entusiasma. También Venezuela inaugura una etapa de extraña monotonía, después de los excesos y rumbas del general Castro, lo que una historiadora definió “folies de Grandeur”.

Es 1909. ¿Para qué la libertad? Pocaterra siente que está dejando de ser su propio héroe, mientras penetra al túnel de una cotidianidad mediocre. La gente está feliz porque se ha ido Castro. A él, su joven enemigo, su prisionero, la felicidad no lo domina, un extraño sentimiento la quiebra. Quería el derrocamiento del dictador, pero la traición de que fue objeto lo irrita. No hay nada más cobarde que la traición, toda batalla ganada con traición es una batalla sucia, el miedo inconfesable. Lo irrita que no haya una sola voz que defienda al caído. Que todas las voces se rindan al “hombre fuerte” que llega. Pocaterra ensaya una interpretación de esa tara social que es la sumisión:

¡No pasan impunemente veinticinco años de asaltos, de improvisaciones, de injusticias, de negación, de egoísmo suicida sobre una sociedad que se pudre antes de florecer! Vuestra risa, vuestra encantadora superficialidad, el escepticismo exquisito, por temor a esgrimirlo contra el bárbaro inmediato crucifica en escarnio, en indiferencia, en desdén

cuanto se rebela y se yergue y revienta a flor de tierra... ¡Los demagogos! ¡los lincheros! ¡los enemigos de la sociedad! os gritan esos sangre de rana que pasan hollando con su pata hinchada vuestra libertad y vuestra vida en un cortejo de leprosos, tras un ídolo cualquiera –ayer Castro, hoy Gómez, mañana X– como esas peregrinaciones asiáticas que bajan hasta la cuenca del Ganges, desde las montañas impenetrables, siguiendo días y días en la estúpida monotonía de una marcha sin objeto, la terquedad calenturienta de un santón a medio podrir.

Pocaterra mira a los intelectuales que ya rodean a Gómez, mientras piensa en los Juan Vicente González, Sarmiento, Montalvo, Martí. Apostrofa a los otros:

De tarde en tarde, el holgazán mantenido por un salario infame, escribirá acerca de la epopeya de estos hombres con la misma pluma con que traza los discursos adulatorios, vejaminosos, absurdos y desvergonzados en loor de los victimarios de libertades, de los usufructuarios de la sangre humana, de los paquidermos con borlas, de los cocodrilos con charreteras.

No obstante, la reacción de la gente común no es lo que saca de quicio al antiguo redactor de *Caín*; lo indignan los senadores y diputados escogidos por Castro, a quien llenaron de ditirambos y zalamerías, y de la noche a la mañana lo desconocen, lo denigran, y usan sus mismas palabras, ditirambos y zalamerías, para entronizar a Juan Vicente Gómez.

Casi todos los que el año anterior habían hecho el elogio más caluroso y expresivo del primer déspota se vieron obligados a desfilar bajo las horcas caudinas del segundo, a sancionar los procedimientos todos de la reacción, a aprobar las “memorias” ministeriales e ir a Miraflores para dar cuenta de su cometido...

Pocaterra señala un fenómeno constante en la historia venezolana. Fue siempre tan grande la capacidad de traición, la metamorfosis de esos personajes elevados por los caudillos o por los “grandes electores” a tales (in)dignidades, que bien podría decirse que los venezolanos de lo único que cambiamos fue de dictadores. Quizás la palabra “obligados” no sea la apropiada. Senadores y diputados de Juan Vicen-

te Gómez eligieron al general López Contreras, y los suyos al general Medina, y con qué complacencia. Al “elegir” a López, los senadores y diputados de Gómez se eligieron a sí mismos, y así de la dictadura pasaron a la democracia. Los castigados fueron los herederos de Gómez, y algunos generales demasiado fieles al gran muerto, o demasiado temidos.

El joven Pocaterra se mueve en una escena de signos ambiguos. Gómez ha abierto las cárceles, han regresado los caudillos, y como es fatal, todos piensan en sus “destinos oficiales”. Si vienen del exilio es porque combatieron al dictador caído (al cual ahora llaman “prófugo” sus antiguos corifeos) y, por consiguiente, regresan por la retribución de sus laureles. Entre ellos están los generales Ramón Ayala, Ramón Guerra, José Ignacio Pulido, Jacinto Lara, Juan Pablo Peñaloza, Gregorio Segundo Riera, Nicolás Rolando, José Manuel Hernández, y los doctores Leopoldo Baptista y Carlos Rangel Garbiras, civiles de armas tomar. Gómez, o algunos de sus taimados cerebros, confinaron a los caudillos al Consejo Federal de Gobierno, un organismo irrelevante, pero rumboso. “Unos caudillos auténticos, otros reliquias de los viejos partidos clásicos que trataban de redorar sus cañuelas con el yeso agrietado”, según el espectador de la comedia.

Bien se alcanza a comprender que con ello se le presentaba a Castro un frente único: casi todos esos hombres estaban allí dando una lección de reparaciones políticas al propio tiempo que arrojando sus nombres honrados o temibles el triste muñeco vestido de prisa con la levita presidencial que acababan de arrancar a Castro. Se quería demostrar al traicionado que el traidor estaba amparado por los aceros cruzados de los hombres de acción de la República. A muchos de ellos Castro les había maltratado o perseguido o combatido; algunos le habían servido hasta el día antes; todos recogerían en su día y hora el fruto de su falta de solidaridad.

Pocaterra cuenta cómo funcionaba aquel singular Consejo Federal de Gobierno que utilizó Gómez para pastorear a los caudillos, y por eso lo llamaban “el potrero”. El error de estos hombres no estuvo en rodear al infidente; para Pocaterra la falta consistió en haberse anarquizado, en haberse falseado unos a otros, “sin pensar que debilitando cada quien por su parte un barrote de la jaula constitucional en

que hubieran encerrado al tigre dejarían escapar la fiera y que los primeros devorados serían ellos”.

Eran los días en que Gómez era aún una incógnita. Unos confiaban en el Estado de Derecho y en el desenlace legal, y a ellos se refiere el escritor y los llama ilusos que suponían que Gómez se sometería al período constitucional del 19 de abril de 1910 al 19 de abril de 1914, unos se daban ánimo y aconsejaban tener paciencia, darle tiempo al tiempo, pero cuando el tiempo llegó Gómez los defraudó. De ahí su teoría de los golpes de papel.

No son los “golpes de Estado” contra un Estado que vive a golpes los que comprometen un país en este continente, no: son las maquinaciones pacíficas, los empréstitos, los contratos obtenidos por el soborno, en plena paz, a pleno papel timbrado, con todas las estampillas y todas las adherencias oficinescas y personales que estas concesiones imprudentes significan...

En una palabra, el escritor definía los “golpes de papel”. Las enmiendas constitucionales, por ejemplo; aquello que llamó con la maestría de su sátira, “maquinaciones pacíficas”. Juan Vicente Gómez tuvo siete constituciones: siete golpes de papel.

1909 apenas comienza. Un grupo de jóvenes escritores, poco mayores que Pocaterra, publican una revista que les dará categoría de generación. Se trata de Rómulo Gallegos, Julio Horacio Rosales, Salustio González Rincones, Henrique Soublette y Julio Planchart. La revista se llamó *La Alborada* y comenzó a circular con la prisa de la vorágine que dominaba el país: el 31 de enero de ese año, los caraqueños leyeron el primer número. No pocos pudieron asombrarse (o escandalizarse) con una nota titulada “Castro no es el mal”. Confesaban que Castro les embargaba el ánimo, que en la prensa con epigramas y caricaturas celebran su caída, la pesadilla que se fue. Pero, agregaban en tono doctoral, “Mas con todo, Castro no es el mal. Castro no es sino un accidente en la vida de la Nación venezolana”.

Los jóvenes escritores añadían que los hombres no son sino accidentes, que el mal está en otra parte, y que es preciso ahondar, “excavar con la piqueta del estudio hasta encontrarlo”, y que “una vez hallado podría aplicársele remedio conveniente, Castro no es el mal en sí, sino

la consecuencia". Con temeridad sostenían que "constitucionalidad o dictadura son meras fórmulas que nos llevarían a idénticos resultados". Criticaban a los periodistas porque en lugar de debatir estos dilemas, todos competían por quién iba a ser "el sucesor de Gumersindo Rivas".

En la edición del 14 de febrero avanzan en el análisis la gestación del aquel fenómeno, en una nota titulada "Todo mentiras", de Henrique Soublette:

Se comenzó, como era natural, por levantar al aventurero afortunado hasta la categoría de héroe; las escaramuzas y astucias de hombre primitivo fueron presentadas como genialidades sin precedente; sus arrestos salvajes de impulsivo, se consideraron como rasgos de prócera valentía.

Después les fue menester disfrazar la obra del Héroe. La Patria estaba en lastimosa decadencia; sin crédito, sin fortuna, sin la menor esperanza de vida, daba cada día un traspies hacia el desastre.

La Alborada aborda asuntos que causan incomodidades entre los factores de poder. Criticaron la presencia de los barcos guerra de Estados Unidos invitados por Gómez y condenaron la alegre curiosidad con la cual la gente iba a verlos y a celebrarlos sin entender lo que significaba su presencia en las aguas venezolanas. En la edición del 14 de marzo, la revista toca campanas de alarma: han sido detenidos el periodista Leoncio Martínez, "Leo", director de *El Independiente*; el administrador de *El Pregonero*, "porque el director no fue encontrado"; *El Tiempo* protesta porque pretenden censurarlo. En los estados hubo también periodistas detenidos.

Ante tales síntomas, los jóvenes de *La Alborada* le solicitan al general Gómez que cumpla sus promesas. Aun cuando el tono de la revista era de gran ponderación, los cinco caballeros de la ingenuidad descubrieron que se habían equivocado con el nombre que anunciaba amanecer. Muy pronto *La Alborada* fue clausurada; quedó en la historia por las ideas que postuló, por la valentía y por la inteligencia de sus cinco redactores.

Pocaterra tiene veinte años, se ha mudado de Maracaibo a Caracas, y anda en apremios económicos. En sus papeles no hay referencias a los

jóvenes de *La Alborada* a pesar de que la clausura de la revista encendió la alarma en su edición de marzo. Las campanas sonaron sus toques de difuntos. María Josefina Tejera cuenta que el joven escritor vivía en la esquina de La Pelota con su amigo Carvallo Arvelo, que allí tenían una peña a la cual concurrían de tarde en tarde periodistas, poetas y pintores. Entre estos, Leoncio Martínez, el director de *El Independiente* que luego lo sería de *Fantoches*, y como lo denunció *La Alborada*, en ese año 1909 iniciaba sus mil visitas a las cárceles de Gómez. Desde entonces entablan una amistad que se prolongará en el tiempo.

El doctor Roberto Vargas fue designado ministro de Obras Públicas en el primer gabinete del general Gómez. Fue hombre de leyenda. Vargas escogió a Pocaterra como su secretario personal. Como era usual, los ministros se desplazaban con el general Gómez en sus giras, y los secretarios con sus ministros, como los personajes de una caravana. Roberto Vargas fue ministro desde el 19 de diciembre de 1908 hasta abril de 1910, cuando fue designado presidente del estado Guárico. Pocaterra estuvo todo este tiempo bajo su ala protectora. En tales menesteres, ingresa como espectador a los círculos del poder. En una de sus primeras salidas, Gómez va a Maracay. Con el Presidente viajan todos los ministros. En un largo tren especial va todo el gobierno. Allí también va el joven José Rafael. A largo del camino la gente grita "Viva el general Gómez!". Maracay reemplazaba a La Victoria, antigua que-rencia de don Cipriano; lugar predilecto de Páez y de Crespo, y ahora lo sería de Gómez por todos sus años en el poder, hasta su muerte.

El observador describe a Gómez contento. "Ya veían los amigos que eso de 'Patria y unión' era lo mejor". Todos felices, hasta algunos personajes del cuerpo diplomático. Pocaterra describe las conversaciones anodinas de todos los que quieren decir algo grato. Gómez se alojó en la Casa de la Comandancia, mientras todos los demás donde pudieron, hoteles o pensiones o casas de amigos, todos por cuenta del erario. La farándula se desplaza hacia Valencia, tres días de toros coleados, el general rehusó una gran recepción civilizada. "Era una tortura para él eso de salir de sus 'cómo le parece' y de sus ideas agrícolas para conducir una señora del brazo o sentarse a una mesa de etiqueta". Pero había otra razón menos banal: el odio del Presidente a Valencia. La odiaba por Tello Mendoza, Torres Cárdenas, Cecilio Castro, Eduar-

do Celis y José Rafael Revenga. La mirada valenciana de Pocaterra penetra la escena. Veamos las vertientes de este odio a la ciudad:

La odió como odian los torpes a las gentes burlonas; la detesta porque con Castro se envileció y tuvo para él, al principio, una frialdad cuasi hostil y una sorna descarada. A La Victoria, capital de Aragua, la hundió, arrebatándole su importancia, para castigar en la ciudad la humillación de Castro: de aquella ciudad, para él maldita, que los de don Cipriano llamaban “santa”, partieron los telegramas burlescos de 1906, las cartas irrisorias, y se vengaba en ella de los ultrajes de Castro... A Valencia no ha podido acabarla del todo si bien ha hecho lo posible. Esta desgraciada ciudad, cuya rebeldía late desde las calles anchas, rectas y silenciosas hasta los vericuetos de la sierra lejana, ha sido –como San Cristóbal– víctima de los malhechores paridos en su suelo y de los intrigantes y de los sinvergüenzas. El sino de estas poblaciones está en pagar el porcentaje de sus malvados con el 90 por 100 de sus cualidades, de sus abnegaciones y de sus callados dolores... ¡Los carabobeños que no mandaron con Castro!

Ahora toca el turno de Puerto Cabello. Al joven periodista lo asaltan los fantasmas de la memoria:

De aquí salí para la prisión de 1907; volvía ahora entre el turbión grotesco de una gira presidencial en la que era sólo un testigo ocular, el secretario de un personaje de aquellos días, un poco de Gil Blas, con mucho de esa amarga ironía que va dejando en nosotros esa sensación de la inutilidad, de la inadaptabilidad, de la insuficiencia para vencer erguidos esas cuevas que sólo pueden salvarse a gatas... Aquella vez no más vi en la estación caras consternadas y rostros de esbirros; ahora pululaba la granjería, una poblada, unos señores congestionados que iban en operación cerrada a despedir al “primer Magistrado” con sus levitas angustiosas y sus chisteras en erección.

El testimonio del observador es invaluable. Aún no es el enemigo a muerte que a la vuelta de pocos años lo llevará a la guerra contra Gómez. Conviene registrar el retrato que intenta. En Bárbula el tren hace una escala y se detiene en la hacienda del doctor Leopoldo Baptista. Gómez baja con él y con el inevitable Pimentel, secretario general de la presidencia. Pocaterra ve al Presidente de la República como hombre de rostro aldeano y desconfiado, cabello indio y vertical, frente roma, los ojuelos inquietos, bigote caído, y lleva una camisa de colo-

res chillones. Más allá de ciertos rasgos, de la indumentaria, el observador va más allá, quiere retratar a Gómez por dentro y por fuera.

El general no es lo que puede llamarse un hombre antipático; sí se le oye hablar, menos... Dice las cosas con sencillez cortijera, y las repite una, dos y tres veces para cerciorarse de haberlas dicho. Posee pocos verbos, sus oraciones son cortas, y luego pasan a ser un estribillo cuyo remate es un "sí, señor", o un "pues como le parece..." Así con un amplio panamá, con traje flojo, y en un fondo de montaña este hombre no choca... De frac, los dedos agarrotados en unos guantes que maneja como si fueran de madera, el pescuezo torturado por el cuello y el lazo de la corbata caído bajo el botoncillo; o de levita, sentado junto a un escritorio, con un libro entrecerrado en la diestra, como le han retratado, dijérase, sí, que hay empeño en ridiculizarle... Sus palabras, sus ademanes, su semblante, respiran rusticidad. A la ojeada superficial diréis: -¡Un buen hombre! ¡un pobre hombre, sano y torpe! Pero fijaos en él sin que note que le observáis; advertid la chispa de la malicia que le corre por el ángulo de los ojillos; mirad cómo contrae los puños al hablar y alza el brazo sin que el codo juegue su resorte y dé elegancia natural al movimiento; penetrad esa simpleza bertoldesca con que parece que todo se lo cuentan por primera vez... Es una de sus modalidades. Si alguien le dijese de pronto, atrevidamente: -¡Usted no se llama Juan Vicente Gómez sino Casildo Pérez! yo os juro que sin inmutarse respondería con su estribillo: -¡Pues cómo le parece al amigo, que yo me llamo Casildo Pérez, sí, señor!... De un espíritu cobarde para afrontar situaciones morales complicadas, luego lánzase más expedito y recto a su objeto, porque como ignora una multitud de fenómenos y de leyes de relación, de proporción y de reciprocidad social que embarazan, reglamentan y cohiben al hombre civilizado, a él le es más fácil proceder. Su instinto, agudo y desarrollado, su instinto con mayúscula; el Instinto de conservación, de ahorro, de reproducción, itodos los egoísmos que exprime la psicología del paleta cuando va de compras a la ciudad! defendiéndole de cuantas asechanzas se le tiendan... En ciertos casos, dominado por prejuicios de baturro contra las gentes de papeles y de antiparras, se excede en la suspicacia. Algunos han dicho y aun llegaron a escribir, que Gómez no era lo que fue después, que las simpatías que dízque le rodeaban en los días de don Cipriano debíanse a su natural bondad, a su seriedad, a su modestia...

En el hotel en que se aloja, Pocaterra no logra conciliar el sueño. Sale a la noche porteña. Tropieza con una plaza de árboles altos y oscuros, y tras ellos las ventanas iluminadas de un casino. Recorre las calles estrechas, los callejones que lo llevan al mar. Al fin el silencio:

“En mi alma canta la soledad su canción más noble. Ya no veré ‘generales’ ni maletas ni sonrisas ni tristes prisas, ni urgencias deplorables por hacerse notar”. Imagina que la ciudad reposa como una mujer forzada. Amanece sobre el mar, a lo lejos las piedras del viejo castillo que lo atrapan, sus muros ásperos. De pronto, “una sirena ronca desgarró el cendal de silencio que parece flotar sobre la orla del alba”. Es el primer aviso del barco de guerra en que debe embarcarse, otra vez con el general a la vista, y con el corro que se mueve a su alrededor. A las 6 y 30 ya Gómez está a bordo, pero el “General Salom” no se mueve, y ante su pregunta el Director de Marina le responde: “Falta Matos”. Al fin llega el general de la Libertadora (ahora en el redil de Gómez), y el barco, “puesto en franquía tras los cañonazos del Fortín Solano que iban a alterar los círculos concéntricos de los pájaros marinos sobre la lejana GoaiGoaza, comenzó a dar tumbos, proa al viento, remontando la corriente de la costa hacia La Guaira”. Hombre de a caballo, Gómez le ordenó al capitán que no perdiera de vista la costa, “todos estos generales de agua dulce y estos doctores de tierras adentro, y las gentes de confianza del jefe, serranos crudos, en breve sintieron los primeros amagos del mareo”. El mar no es amigo, ni le teme al terrible pasajero que sobre él navega.

Hasta entonces “el general” nos observaba con sus ojillos pícaros, por cuyas extremidades le corre a menudo una chispa de malicia amarillenta... De vez en cuando reía y sacudía benévolamente las mandíbulas. Iban los tumbos siendo más frecuentes y tres olas seguidas, las tres clásicas olas del mar libre, causaron a los que estaban de pie la sensación de que les faltaba el piso y a los que estaban sentados hízoles sujetarse a los brazos del sillón temiendo que les abandonara el asiento para siempre.

El general dejó de ser invulnerable. Hizo una mueca como pidiendo auxilio. Dos marinos ocurrieron a sostenerle la silla. Un chubasco costero por barlovento le puso fin a la compostura de los personajes que se fueron poniendo verdosos, “con los marciales bigotes caídos o erizados y las bocas apretadas de pucheros inenarrables”. “Me vi obligado, escribe el relator, a trepar a un rollo de cables y a estarme allí fumando, entre el cielo y el mar, envuelto en un capote”. Divertido, sin duda. Allí iba el caudillo y los cortesanos, la corte en pleno, zaran-

deada por el mar. Pocaterra confiesa que, por un instante, tuvo un mal pensamiento: que el barco se fuese a pique, con él a bordo, pero poco importaba, si tantas iban a ser las ventajas de la patria.

Cuando, al fin, Pocaterra regresa a la vieja casa de La Pelota donde vive, se siente reconfortado, la soledad, los libros, la mesa de trabajo.

La “negra ladina” que le da una taza de café, le cuenta el rumor que circulaba por la ciudad:

—Niño, cómo la gente *conviersa*, decían en Caracas *quiar* Presidente lo iban a dejar ustedes en Curazao.

No bastaba estar en tierra. Al poco tiempo, la política se mueve como el mar. La presencia de Colmenares Pacheco, cuñado de Gómez, es cada vez más fuerte y le gana la partida al general Félix Galavís. El círculo de los liberales se enfrenta al de los conservadores. Al ser elegido Gómez como presidente constitucional para el período 1910-1914, vino el cambio de gabinete y salieron los que se habían comido las verdes, desde el golpe del 19 de diciembre: Baptista, Hernández, Santos y Vargas. Entra el general Manuel Antonio Matos como ministro de Relaciones Exteriores. Con la caída de Roberto Vargas, doctor y general, José Rafael Pocaterra pierde la ventana a la cual se asomaba a los círculos del poder.

La política de Gómez va perdiendo rápidamente sus perfiles de luna de miel, equívoco general con que fue recibido al dar el golpe de diciembre. Se desprende de quienes entonces lo acompañaron y cambia ministros para dar a entender muy temprano que en Venezuela sólo manda él. La designación como gobernador de Caracas de un hombre rústico y duro como Colmenares Pacheco da la pauta. Con éste se inicia en La Rotunda la era de los maltratos, las torturas, los vejámenes, los asesinatos, los tortoles para hacer declarar a los prisioneros. Como reacción de los caraqueños contra su gobernador, cuenta el memorialista, solían exclamar: “El colmo de los colmos: Colmenares”.

A pesar de que continúa en la administración pública, Pocaterra lo hace desde lejos, fuera de la capital. En unas breves notas autobiográficas, describió sus oficios, con su tono burlón y sarcástico: “Después... Después fui secretario de ministros y presidentes, pastor, novelista, veterinario, tesorero de Estado, chalán, político rural, periodista, oficial del Ejército, etc., etc.”. Esto último, lo de oficial del Ejército, por-

que probablemente se puso el uniforme en alguna escaramuza o porque fue secretario del general Gimón. Guárico y Zulía fueron sus escenarios, con presidentes de estado amigos, Roberto Vargas y José María García. De tiempo en tiempo venía a Caracas y regresaba al Zulía. El escritor Pedro Emilio Coll, ministro de Fomento, lo designó Intendente de Tierras Baldías en ese estado, alrededor de 1913.

Como refirió el intendente, “los hombres de la concesión y de la explotación” iban penetrando la prodigiosa riqueza del subsuelo. Los pozos petroleros de La Rosita prometían ganancias fabulosas. Llegaron primero los ingleses y después los norteamericanos. Ya se veían en los campos sus agrimensores y sus perforadores sobre San Lorenzo y las márgenes del Motatán. El intendente recorrió los extensos campos, pernoctó en las chozas de los indios a quienes la invasión del hombre rubio arrojaba de sus tierras. Refiere que presencié “la infamia de unos insensatos que negociaban en Caracas por sumas ridículas, dejando que se cometiera un despojo inicuo con aquellos infelices labriegos”.

Ya a fines de 1913 el yanqui había extendido los linderos de sus concesiones arrollando a los pobres agricultores cuyo derecho posesorio ejercido por más de diez años consagrábales la propiedad legal sobre sus pequeños fundos, que allí llaman “chaos”. El Intendente de Tierras Baldías refirió un lance personal, en el desempeño de su oficio, luego del cual perdió su cargo, porque el incidente coincidió con la caída del ministro Pedro Emilio:

Cierto día, en plena selva, presenciando oficialmente una mensura que practicaba un particular, vi llegar al campamento un yanqui del Oeste, un tal mister Nash, armado y acompañado de otros forajidos, porque tenía orden de hacernos salir de “sus terrenos”...

—¿Quién le ha dado a usted tal orden?

—La compañía —repuso con las manos puestas en las culatas de sus dos pistolas de caballería.

Éramos unos pocos los venezolanos que allí habíamos. El interesado en la mensura, el ingeniero Enrique Vilches, dos peones. Dos goajiros de pómulo abierto, de ojo oblicuo, que vinieron a situarse silenciosamente detrás de nosotros acariciando la larga hoja de sus machetes. Mostré a aquel bárbaro rubio los papeles que me acreditaban como funcionario de la República y señalándole una trocha que se abría a un lado le aconsejé lo

mejor que supe. El "cow-boy" consideró el asunto, miró inquieto para los chinos silenciosos, para Vilches —que extraía de sus alforjas, todo lleno de boronas de queso y de fragmentos de bizcocho, un revólver vetusto e inquietante—, dio media vuelta y fuese por la pica llevándose junto con el fracaso de su misión "diplomática", y en mi precario inglés de entonces, el más merecido "go to hell"... Si hago un simple guiño los muchachos lo vuelven una ensalada. Era un julio inclemente. La paja alta y reseca nos azotaba el rostro entre las malezas. Una hora después uno de los goajiros dio un grito y señaló la humareda por encima del copo de los ceibos. Estábamos en mitad de un océano de llamas. Incendiado el pajonal, media legua de la ribera del río, sólo una carrera loca podía salvarnos. Logramos echarnos al río con la ropa ardiendo y la cara chamuscada. Entre el humo, entre la aturdida fuga por la sabana ardiendo, creíamos escuchar el golpe de caballos, gritos salvajes del "Far West", silbar de balas...



El Fonógrafo

Entre los periódicos venezolanos del siglo XIX, *El Fonógrafo* resalta como uno de los diarios de historia más singular. Fue fundado en Maracaibo en 1879 por Eduardo López Rivas. Siempre fue objeto de curiosidad el extraño nombre escogido por el editor. Apenas habían transcurrido dos años del invento de Tomás Alba Edison, el aparato que reproduce la voz humana y los sonidos. En *Historia de un diario zuliano decimonónico: El Fonógrafo*, de Nilda Bermúdez y María Romero, profesoras de la Universidad del Zulia, se observa:

El nombre del periódico parece tener un poder evocador, ya que así como el artefacto reproduce sonidos, las páginas del impreso reproducen las noticias y los acontecimientos más recientes. El editor conecta la elección del título con el progreso asociado a la idea de nuevos tiempos para la región después de periodos difíciles, seguramente en alusión a la coyuntura del cierre del puerto y la aduana que trajo penurias al Zulia.

Además de lo que *El Fonógrafo* significó como muestra de modernidad cultural, económica y social, cuando aparece trae también un mensaje político que se conecta con aquel signo, la modernidad política. La política civilizada, no necesariamente partidista, el ejercicio consistente con un órgano de expresión que tenía forzosamente que abordar cuestiones públicas. El periódico inicia su circulación en un período propi-

cio, pues ha cesado el cierre del puerto y de la aduana de Maracaibo impuesto por el presidente Guzmán Blanco entre 1874 y 1878. No cabe duda de que para la región zuliana la decisión del autócrata tuvo efectos severos en una economía fundamentalmente agro-exportadora. Se comprende por qué en el primer número se precisan ciertos principios de manera muy sobria y discreta: “Esperamos que las sombras de los odios que nos ciegan se disiparen entre auroras de concordia y que el espíritu de progreso se extienda entre los zulianos para beneficio de nuestra amada tierra”. Esto se escribía el 21 de mayo de 1879. Allí manifiesta “su intención de no inmiscuirse en asuntos políticos debido a las persecuciones de que había sido objeto en anteriores oportunidades por expresar su pensamiento acerca de la política del país desde *El Periódico* y *El Mensajero*, publicaciones de carácter político-doctrinario. No obstante, los avatares de la libertad de expresión no dependen de los buenos propósitos de los editores, sino de quienes tienen la fuerza, una constante en la historia venezolana. Veamos la observación de Magda García, en *El Diario El Fonógrafo en la historia regional del Zulia*:

Baste señalar que a los cuatro meses de su aparición El Fonógrafo es suspendido y encarcelado el editor por exigirle cuentas claras a la Tesorería del estado; reaparece el 6 de febrero de 1880, permaneciendo hasta el 6 de marzo cuando vuelve a ser cerrado por cinco días bajo la acusación de difundir noticias falsas de un levantamiento armado.

Según Bermúdez y Romero, *El Fonógrafo* se fundó como bisemanario en 1879, tamaño tabloide, desde sus inicios hasta el año 1883, cuando pasa a *standard*, sin regularidad de circulación. A partir de noviembre de 1892 se convierte en diario, guardando los domingos y feriados y así se mantiene hasta 1917, año en que *El Fonógrafo* edita una edición especial para Caracas.

Eduardo López Rivas dirige el periódico desde 1879 hasta 1908. En año tan singular en la historia de Venezuela, y en la propia historia de José Rafael Pocaterra, pasa a dirigirlo su hijo Eduardo López Bustamante. En enero de 1909 circula bajo el nuevo timonel. Poco después, circa 1913, Pocaterra, libre ya de sus ataduras burocráticas, entra a compartir la dirección con López Bustamante. En la penúltima etapa de *El Fonógrafo* otros hijos del fundador se integran al equipo editorial,

hasta el martes 19 de junio de 1917, cuando Eduardo asume solo la dirección hasta la clausura del diario por la dictadura de Gómez. Las profesoras Bermúdez y Romero señalan la causa de la decisión dictatorial: “El cierre definitivo de *El Fonógrafo* en el año 1917 por parte del régimen gomecista, se produce debido a la publicación de informaciones referidas a la primera guerra mundial en las cuales se criticaban algunos aspectos de la política alemana”.

En *Historia de un diario zuliano decimonónico: El Fonógrafo*, se analizan el tiempo y las circunstancias políticas a través de las cuales navegó el gran diario. Asimismo se mira hacia el panorama de la cultura, la dicotomía de unos habitantes que toman diversas direcciones. La “cultura harapienta” llaman a Maracaibo las profesoras que indagaron la singular historia de *El Fonógrafo*:

Mientras la mayoría de los inmigrantes alemanes, holandeses e ingleses se dedican al comercio, buena parte de los criollos son dueños de tierras y se consagran a la agricultura en los espacios aledaños a la ciudad. El resto de ellos incursiona en el comercio u ofrece sus servicios profesionales como abogados, médicos e ingenieros. Son hombres cultivados que se han formado en el Colegio Nacional, fundado en Maracaibo en 1837 y en ocasiones continúan estudios en el exterior. Es justamente esta capacidad de leer y escribir la que permite que la elite se impusiera. A ella pertenecen médicos, abogados, comerciantes, empleados, sacerdotes, filósofos, educadores, músicos, periodistas, con una formación ilustrada que desarrollan su actividad intelectual escribiendo poesía, artículos, ensayos, cuentos, obras de teatro, discursos. Entre muchos otros, pueden mencionarse a José Ramón Yepes, Manuel Dagnino, Idelfonso Vásquez, Valerio Perpetuo Toledo, Apálico Sánchez, Jesús María Portillo, Francisco Eugenio Bustamante, Francisco Ochoa, Sisoés Finol, José María Rivas, Octavio Hernández, Eduardo López Rivas.

Esos son los personajes de Maracaibo, cuyos escritos y rostros aparecen en la revista *El Zulia Ilustrado*, integrantes del mundo intelectual en que se inserta el joven periodista José Rafael Pocaterra.

La entrada de Estados Unidos en la guerra llamada “espectacular” por Pocaterra, desató una ola de represión contra quienes simpatizaban con la causa de los aliados en Venezuela, y que de algún modo discrepaban de la famosa “neutralidad” del general Gómez y de su régimen. “La cólera sórdida de ver su Káiser en vísperas de convertirse

en un guiñapo histórico –escribió Pocaterra– y unos cuantos millones de marcos perdidos en un banco de Berlín, y que se hizo reembolsar cargándole la pérdida a Venezuela, la soberbia de sentirse en ridículo se desdobló hacia sus compatriotas”.

Pocaterra cuenta cómo desde un año antes de estallar la guerra compartía la dirección de *El Fonógrafo* con Eduardo y Carlos López Bustamante.

La edición caraqueña del diario zuliano la había ideado y llevado a cabo el hermano Carlos, con la ayuda y la cooperación de quienes simpatizaban con los aliados. Tenía, obviamente, tufos opositoristas que no pasaron inadvertidos a los corifeos del régimen y, menos aún, a quienes abogaban por los intereses alemanes o simplemente formaban parte de ellos. Fue censurado *El Luchador* de Ciudad Bolívar y se pretendió lo mismo con *El Fonógrafo*. El diario había reproducido un artículo del doctor Domínguez Acosta, director de la revista teosófica *Dharma*, en el cual privilegiaba los valores morales de la causa aliada. Domínguez fue a prisión en Caracas y ambos López Bustamante en Maracaibo y Caracas. Pocaterra refiere la historia de *El Fonógrafo*:

Los regímenes despóticos anteriores, locales y nacionales, habían respetado aquel periódico, cuyo progreso material era una consecuencia de su enorme responsabilidad moral. Para la fecha en que se redujo a prisión a los directores y propietarios –Eduardo en la fortaleza de San Carlos, su hermano Carlos en La Rotunda de Caracas–, la edición de los dos grandes diarios a 8 páginas era considerable y significaba el esfuerzo de dos generaciones. Ambas imprentas fueron selladas; la empresa se arruinó. Dos de los hermanos López Bustamante viven en el destierro...

Contra lo que generalmente se percibe, los duelos entre los prohombres del régimen gomecista desmienten la noción de que dentro de “la causa” se disfrutaba de un mar de tranquilidad; por el contrario, las intrigas y las zancadillas eran menú cotidiano. El presidente del estado, general José María García, se separó temporalmente del cargo para cumplir gestiones personales, y dejó en su lugar al general Juan Alberto Aranguren, quien movido por la ambición de quedarse con la presidencia desató una campaña de improperios contra el ausente, y esperaba que *El Fonógrafo* le hiciera el juego.

“Nosotros, los de *El Fonógrafo* –escribió Pocaterra– no estábamos para farsas y menos de esa índole”. García, dentro de “la posibilidad oficial”, respetó la opinión de todos y “como no quisimos prestar el periódico para la maniobra... se desató contra nosotros esa inquina baja”. Pocaterra señala algo que explica la campaña contra el periódico: “Detrás de la cuestión de campanario manipulaba la colonia alemana; y se intrigaba en Maracaibo, en Caracas y en Maracay. Llovían amenazas, anónimos, ultrajes”. Así terminó su larga navegación de 38 años *El Fonógrafo*, fundado en 1879.

El tiempo de Pocaterra en la tierra del sol amada se acerca a su fin. De *Cain* a *El Fonógrafo* mediaba una década. Anda en los 27 años de edad: “A mediados del 18 mientras preparaba la edición de una de mis novelas, me trasladé definitivamente a Caracas”. La ciudad de los techos rojos le será infiel.



Castillo San Carlos (Maracaibo)



El Doctor *Bebé*

Apenas traspasada la frontera de los 20 años, José Rafael Pocaterra escribe su primera novela. La escribe en Calabozo, en el corazón de los llanos venezolanos, entre 1911 y 1912, siendo secretario del presidente del estado Guárico, general y doctor Roberto Vargas, llamado “el tuerto Vargas”. No la escribe sobre la barbarie del mundo que lo envuelve, la tierra inhóspita y salvaje, como si prefiriera reencontrar la ciudad donde nació y arreglar ciertas cuentas pendientes con el personaje andino que lo envió al castigo de los castillos.

Inicialmente, la novela se tituló *Política feminista o El Doctor Bebé*, pero a partir de la edición española de la Editorial América quedó como *El Doctor Bebé*, más simple y preciso. Desde Maracaibo, el 12 de noviembre de 1917, Pocaterra le escribe al director de la editorial, Rufino Blanco Fombona, y le dice: “Por este correo despacho, certificado, un ejemplar de *Política feminista* (que ahora se llama *El Doctor Bebé*), y sólo lamentando no haber terminado mi última novela *Tierra del sol amada*, que es ésta, la que usted tanto conoce”.

Entre ambos escritores existieron buenas relaciones, a pesar de las distancias geográficas y de la edad. (Blanco Fombona nació en 1874). Pocaterra le cuenta que leyó de lance *El hombre de oro*. Que sólo aspira a seguir “los claros rumbos” que desde *El hombre de hierro* viene tomando

la literatura venezolana. Le confía algo muy personal que conviene registrar para comprender al joven escritor y su formación:

El hombre de hierro fue para mí una revelación; yo caí en ese camino de Damasco desde el asno cansino, campanilleador y pueblerino, en que venía... La lectura de ese libro me hizo romper cuartillas y hacer trizas la papelería ridícula de los veinte años, con la atenuante de que no publiqué jamás nada de aquello; sentía ese pudor instintivo de los seres deformes para desnudarse ante los demás. Ahora no: al sol, al aire. "Tenemos un árbol, un panal y un nido". ¡Qué gran labor es la suya! Dios lo ayude y a mí no me olvide.

"El doctor Bebé" tenía otro nombre en la vida real: se llamaba el doctor Samuel Niño, y era el candidato del general Castro para presidente del estado Carabobo cuando la famosa aventura del semanario *Caín*. *El Doctor Bebé* es una novela urbana escrita en medio del paisaje que abrumaba los ensayos de ficción de la época.

Con el estilo sarcástico que nunca abandona, el escritor advierte que no aspiraba a ser "criollista del Distrito Federal", ni crear atmósferas vernáculos a través de terminologías populares, o "de floraciones rojas de cafeto", en una alusión directa al novelista Manuel Díaz Rodríguez. Sobre el escenario en que se desenvuelve *El Doctor Bebé* (que llama farsa), dio que igual podría haber sido Caracas, Maracaibo o Ciudad Bolívar. "No hay preferencias malsanas". No se había propuesto retratar personas (para uso del doctor Niño), sino fijar tipos (para uso del mismo personaje), pues en efecto se trata de una tipología en la fauna política de las dictaduras.

Fue en esa página donde Pocaterra lanzó su desafiante credo de escritor, mil veces mencionado: "Mis personajes piensan en venezolano, obran en venezolano, y como tengo la desgracia de no ser nieto de Barbey d'Aureville y o hijo del cisne lascivo, es justo que se me considere, y lo deseo en extremo, fuera de la literatura".

"Fuera de la literatura". Si lo deseó, no fue enteramente complacido por la historia. Mariano Picón-Salas y Arturo Uslar-Pietri en sus ensayos sobre la novela en Venezuela abordaron su obra. "Trae una prosa llena, firme, abundante, impetuosa, plástica y ágil. Trae un huracán propósito de aislamiento y agresividad. No quiere parecerse a nadie.

No quiere ser un artista, ni casi tampoco un escritor”, escribió Uslar. Sí, sin duda, el escritor de *El Doctor Bebé* trae esa carga de agresividad que copa el estilo de sus novelas, de sus textos, de su propia vida, y el aislamiento es la contrapartida de quien reconoce que no habrá simpatías para su talante, ni capillas que lo adopten. Este juicio del autor de *Las lanzas coloradas* conviene ser registrado por su claridad:

Pero su mismo don de escritor le traiciona el propósito. El querrá escribir sátiras sociales, el cuadro de la decadencia material y moral de una sociedad que él piensa corrompida y merecedora del castigo, un alegato iracundo y despectivo contra hombres, costumbres y prejuicios. Pero lo va a hacer en novela. En poderosas, densas, estallantes y desiguales novelas realistas. En grandes cuadros de la vida nacional, donde la fuerte veracidad de los caracteres, el relampagueante don de la síntesis descriptiva y la plástica vivacidad de la prosa insuflarán, tal vez a su pesar, un sentimiento y un hábito artísticos.

Picón-Salas contrapone el estilo de Pocaterra a los Alberto Soria y los Tulio Arcos europeizantes, personajes de Díaz Rodríguez, y le confiere la primacía de la insurgencia:

Contra este tipo de novela estetizante, reaccionó José Rafael Pocaterra. (...) En un estilo que a veces marca su deliberada aspereza contra la escritura “artística” de los modernistas, Pocaterra busca un venezolanismo más vital. Hundidos y no evadidos de Venezuela como los personajes de Díaz Rodríguez, los de Pocaterra son hombres de tierra adentro; a la novela, fábula o novela, caso psicológico, opone la novela dinámica, como un buen reportaje. Política feminista es, por ejemplo, una como cáustica descripción de nuestra vida provinciana con sus supersticiones y represiones.

El Doctor Bebé es la novela de Valencia. Retrata la primera década del siglo XX. “Todavía a las tertulias de las Belzares iban los de costumbre, aunque ya muy mermadas sus relaciones”. Ésta es la primera frase. Para la familia habían pasado los buenos tiempos, desde que el general Crespo destituyó a don José Antonio Belzares:

El reloj del tiempo de misia Justina se atrasaba un año cada seis meses; eso fue el 92, cuando el Legalismo. Don José Antonio Belzares era Administrador de Rentas. ¡Qué tiem-

pos! Andueza le hubiera dado una aduana. Eran amigos del colegio; ¡pero luego vino ese bandido de Crespo!

Aquello sí era sociedad, las muchachas se casaban por docenas y los hombres no eran tan resbalosos, y, sobre todo, “había moralidad en las costumbres”. Quien hablaba era misia Justina, la viuda, que no sabía qué hacer con sus hijas, Bella, ya de 37, Carmen Teresa, novia de un cierto tarambana sin destino, José Salcedo Gutiérrez, alias Pepito, y Josefina, la más coquetona. La nostalgia de los buenos tiempos parecía contribuir a hacer más desgraciados los presentes. Pepito había ingresado a la burocracia como escribiente en la Dirección de Estadística, por sus conexiones sociales, claro. “Pepito a los veinte años sabía leer mal, confundía la c con la s, y en espléndida letra cursiva copiaba versos de Julio Flores en los álbumes de las muchachas de barrio”. Pepito podía vivir porque existía la noble institución del fiado, tal como lo describe la novela.

Amigas de las Belzares eran las señoritas Montesillo, otra familia típica de Valencia, con menos árbol genealógico, pero con más fondos. Una de estas niñas también le picaba los ojos a Pepito. No había, como penaba misia Justina, mucho donde escoger, y hasta Pepito resultaba no sólo buen partido, sino objeto de celos. Tanta melancolía ya resultaba insoportable, cuando, de pronto la gran noticia que va a animarlo todo y a desatar las fantasías:

La estación del gran ferrocarril de Venezuela —porque en Venezuela, entre otras cosas grandes tenemos un ferrocarril— se hallaba concurridísima: hasta Cabrera, Guacara y Los Guayos habían salido comisiones a presentarle la bienvenida al doctor Bebé, nuevo presidente que Castro enviaba como genuino representante suyo en el estado, para conciliar los intereses encontrados que allí se debatían. Entre ellos, onda rumorosa de opinión que ora engrosaba un bando, ora acudía a otros, la generalidad esperaba que la balanza determinara una oscilación cualquiera; y en efecto, los días de la “aclamación” habían demostrado en paseos cívicos, luengos discursos y sentimentales telegramas que los presupuestívoros habían hallado el camino. Eran días fabulosos: se hablaba de millones adquiridos en dos meses, de consulados y aduanas otorgados por simpatía, de amorcillos traviosos, revoltosos, que iban a caer rotas las alitas, tras el histórico biombo chino, en algún baile que parecía “cosa de hadas”. Y por eso cada cual, al restablecerse el

“Jefe”, el egregio Restaurador, “el bien amado caudillo”, pensaba en el puesto, en el dinero, o bien, con mayor ingenuidad, vislumbraba la casa amueblada, la hacienda de caña y el camino del porvenir alfombrado con billetes de banco.

Valencia como una pieza del rompecabezas venezolano, en los tiempos del primer caudillo andino, predilecto de esa ciudad o de sus políticos. El arribo del doctor Bebé entusiasmó a la gente. La sociedad se conmueve, todos se trasladan a besar su mano regordeta. “El doctor Bebé, caderudo y amable, hizo alto graciosamente. Tenía cierta sensualidad en el andar, debido quizás a sus formas mórbidas, poco viriles, compuestas de presas gordas y sanas”. Las fuerzas vivas, el poeta inevitable y su discurso. Quien se disponía a perorar era justamente, Pepito, el novio de Carmen Belzares, que se hizo un rollo mientras jugaba a la oratoria, “se le trancó el máuser”, mientras Verdú, el ateo, fracasaba como apuntador.

No había calentado la silla el señor presidente del estado, doctor Manuel Bebé o doctor Samuel Niño (en la vida real), cuando la caza de las niñas casaderas se disparó “sin cuartel”. Bebé se enamoró de Josefina Belzares, pero como todo no podía ser felicidad, se atravesó una de las señoritas Montesillo. Clase media con ínfulas, y mejor acomodadas que las Belzares, evidentemente pobretonas por culpa del infame general Crespo, felizmente muerto en La Mata Carmelera.

Aun cuando el doctor Bebé flirteaba con la Montesillo, fueron los brazos de Josefina Belzares los que lo cobijaron con desorden. Josefina salió en estado y el doctor Niño o Bebé, médico en pánico, le aconseja de inmediato las pastillas milagrosas que resolverían el problema, propuesta brutal de aborto que la Belzares rechazó con ira, descartadas para siempre las imposibles ilusiones de matrimonio. Para alejarla y tratar de persuadir a Josefina, el doctor Bebé negocia con Pepito, su cuñado, el viaje vacacional de Josefina con su hermana Carmen Teresa, y se van a Puerto Cabello, donde nace el niño sin padre. A las Belzares las espera un desenlace deplorable, pierden casa y honor, mientras el enviado de Castro gobierna impertérrito, respetable y acatado.

La novela tiene momentos cómicos como aquel en que, luego de folgar, el doctor Bebé busca su ropa para vestirse y repara en que se la han robado. Y no le quedó de otra que salir a la calle en paños meno-

res, en busca de un trapo donde taparse sus pronunciadas caderas. Un testimonio del escritor que conocía a su ciudad y a sus personajes, el padre Benítez y el ateo Verdú, entre otros, sobre ellos ensaya la sinuosidad del lenguaje, la agudeza del diálogo, sátiras y humor negro. Novela de los 20 años irreverentes, *El Doctor Bebé* inauguró un estilo, el que perseguía Pocaterra, el de no parecerse a nadie. Un siglo después, la novela se lee con deleite, y, leyéndola, surge la pregunta dual: si el tiempo se detuvo o si la inmortalidad del doctor Bebé es una condena que nos cuelga de la cruz.

En una carta de diciembre de 1937, Arturo Uslar Pietri le escribió: “En estos días he releído tu *Doctor Bebé*. No creo que nadie haya manejado el látigo con más despiadada destreza. Aquello es espantoso. ¡Cuánto has debido sufrir, José Rafael, de ver las cosas con esa terrible desnudez! Es, sin duda, una gran novela”.

Más que sufrir, imagino que Pocaterra ha debido sentir el placer de clavar al doctor Bebé como una mariposa, para que nadie nunca se olvidara de sus desmanes y de los desmanes de su tiempo.

Vidas **oscuras**

El novelista concluyó *El Doctor Bébé* en Calabozo, 1911-1912. La novela siguiente, *Vidas oscuras*, tiene fecha de 1912-1913, y fue escrita o terminada en Caracas. Esto quiere decir que Pocaterra no tuvo pausa. *Vidas oscuras* es mucho más compleja, no sólo por los personajes sino por el cuadro histórico donde transcurre, la dualidad de campo y de ciudad, el tiempo del presidente Ignacio Andrade y su dependencia del general Joaquín Crespo, el hombre fuerte de la época. Es el drama de una familia zarandeada por la política, la dinastía de los Gárate. La perversión social y el azar del poder. El paisaje de despojos humanos que dejan las guerras.

El viejo y el hijo mayor, don Crisóstomo, combatieron contra los federales de Ezequiel Zamora. En un contrapunteo con Estranón, don Criso se siente defraudado por la vulgaridad en que ha devenido la guerra, "guerritas de orilla de empalizada":

Bendito sea Dios. Dígaselo a quien la vio de cerca bregando más de cinco años, huyendo en la sabana, peleando como se peleaba antes. No en el 92, que fue un paseo militar, con todo el mundo comprometido y poniéndole la cama a un doctor y a aquel fulano Castañas que vino con un ejercitón, fue hasta Apure, declaró terminada la guerra y se llevó todo el ganado.

Pocaterra domina la historia de la Guerra Federal, tanto que parece historiador más que novelista en esas páginas que narra como pocos episodios que pone en boca de don Crisóstomo, convencido de haber perdido la guerra por los errores del general Rubín. Al mariscal Falcón lo hace aparecer como “Doña Juana”, que así lo llamaban sus enemigos, y secretamente algunos intrigantes de su propio campo.

Éste es el personaje que llena la primera parte de la novela, junto con Estranón. El que se quedó en el hato, en tanto el hijo menor, se graduó de abogado, se prendó de Caracas, se casó con mujer rica, una González Probate, navegaba en el oportunismo y presumía de liberal. Como venía la fortuna política, así venían su brillo y su prestancia, su falsa influencia, debida sobre todo a ciertas habilidades jurídicas a la hora y punto de contrataciones dolosas.

El hermano conservador trabaja de sol a sol en su hato en las vecindades de San Diego; con sensatez se había reducido al llano, dejó su casa en la ciudad, optó por el anonimato, con su mujer y sus hijas. Para que el nombre del hermano no se apagara del todo en los tiempos aciagos, él, desde el hato, trabajando de luna a luna, lo financiaba. Cuando Andrade lo nombra ministro de Fomento, todo cambia y el sol volvió a brillar para la familia. El sol, siempre esquivo, brilla, pero no para siempre, y así son los altibajos de los Gárate y de todos los que desfilan por el carrusel de *Vidas oscuras*.

Uno de los personajes clave de estas *Vidas* es el general Estranón González, jefe civil de San Diego de Guara, antiguo peón de los Gárate, ahora autoridad política y enemigo de don Crisóstomo, por eso, porque la política y el azar corren parejos, como dados ciegos. Estranón lo tenía a monte porque los amarillos estaban en el poder.

No obstante, quien le comunicó a don Criso la gran noticia de que el hermano Juan Antonio había sido nombrado ministro, fue justamente el general Estranón que lo mandó llamar con urgencia a San Diego sin que supiera para qué, y así viajó en su caballo bajo la sombra de pensamientos lúgubres. Apenas lo divisaron:

Y de súbito el maestro Anselmo con su violín, Pedrito con el requinto y el negro Cleofé rasgando un “cuatro”, atacaron el Himno Nacional. Tres cohetes de a cuartillo reventa-

ron en el aire espantando las bestias que paraban la oreja al "Gloria al bravo pueblo"... Y Estranón, adelantándose, gritó de voz en cuello:

¡Viva el doctor Juan Antonio Gárate! ¡Viva el gran partido liberal! ¡Viva el Presidente de la República!

Más por escamado que por incrédulo, don Crisóstomo no le daba fe a lo que oía o veía.

El general Andrade no ha hecho sino justicia, decía el padre Fuentes Pereira, -arrancando a diente limpio un filamento de carne-, verá usted como el Señor lo ayuda en sus necesidades. Yo lo he recordado mucho en el Santo Sacrificio de la Misa, -escupió un hueso y agregó-, porque el doctor merece eso y mucho más.

Tanto Estranón como el hermano Juan Antonio tenían seco a don Criso. Estranón lo acusaba de parar rodeos en sabanas ajenas, o encubriendo feos abigeatos, por lo que primero se le ocurriera. Y el hermano, que "le debía ya como siete mil pesos para sostenerse en Caracas, para ir a hablar con Crespo, para llevar la señora a Macuto".

La novela dual, campo-ciudad, se abre a la vida caraqueña. "Pocaterra describe (...) aquella sociedad móvil, inescrupulosa y arribista, desintegrada de sus antiguos valores morales y tradicionales a consecuencia de las aventuras guerreras y el azar político, constante en nuestra historia, a partir de la Federación". Así piensa Picón-Salas al referirse a *Vidas oscuras*. La idealización del pasado también es otra constante. En la Venezuela de Páez, y no se diga en la de Monagas, también estuvieron en crisis "los antiguos valores morales". No olvidemos, sin embargo, que en la Valencia depravada del doctor Bebé, en los tiempos depravados de don Cipriano, la señorita Belzares parece por oponerse al aborto.

Lo cierto es que en la época de Andrade (o de Crespo, con más propiedad), la crisis social era evidente, y Pocaterra, en efecto, la disecciona con su estilo sardónico, vivaz, estilo de reportaje, como anotó el propio don Mariano, y pienso que esa era una virtud del novelista que permite leerlo un siglo después sin que nos abrume la distancia. Quizás, paralelamente, nos sorprendamos de otros rasgos y de otras señales que el escritor revela de la sociedad de entonces, como el de las

novelas que leían las señoritas, el teatro al que asistían, la música, sus atuendos y modas. Cuestiones que revelan, asimismo, la cultura y la sofisticación del autor de *Vidas oscuras*, quien, (conviene reiterar), andaba apenas en los 23 años cuando escribió la novela, y venía de las profundidades del llano, adonde sólo se llegaba cabalgando. Era un torrente de imaginación, y de algo menos poético, la disciplina.

“Nos vamos para Caracas, nos vamos para Caracas”, exclamaron las hijas de don Crisóstomo, como si se les abrieran las puertas del paraíso, al enterarse de la buena nueva que les traía una carta delirante de la tía Elisa González Probate (de “sangre libre de herejes”) y esposa de Juan Antonio Gárate, Santo Dios, ¡el tío ministro! No sabían lo del sol esquivo. Sólo una se decide a probar mundo, María de Jesús, y más vale que no, porque ¡qué mundo! Don Crisóstomo fue a llevarla a Caracas, llegó hasta La Guaira donde la entregó al tío ministro y a su bella mujer, y se embarcó de regreso al hatu Santa Margarita.

Mientras los pitazos continuaban anunciando la ciudad, María de Jesús, o Chucha, comenzó a descubrir lo que nunca había visto. “Primero corrió el tren frente a las tapias llenas de letreros: ‘Fume usted La Hidalguía’, ‘Vuelta Abajo de Pérez y Morales’, ‘El jabón Las Tijeras no da uñeros’, ‘A la Compagnie Française, últimas novedades de París’, ‘Limpie usted sus riñones, Piperacina Midy’”.

Pocaterra describe a Chucha, “alma de su tierra lejana”, sin relieves propios, recibiendo por dosis una civilización de modales, trajes, palabras, la Compagnie Française, “Comenzaba a comprender el encanto de todas aquellas cosas doradas, la necesidad de gustar, de ser deseada, no precisamente de saberse amada”. Deja lo salvaje para entrar bruscamente en el mundo sofisticado. Encuentra e intima con el primo Gustavo. El novelista traza su perfil: le daba por la literatura, contagiado del intelectualismo universitario, formaba parte de los círculos que “celebraban tenidas para acabar con los yankees, reconstruir la obra de Bolívar, y establecer un control latinoamericano capaz de recortarle las garras a la insaciable Águila del Norte”. Ese era el rostro dorado de Gustavo, sin embargo, el oscuro era el que predominaba, mujeriego y tarambana.

Vidas oscuras pinta la sociedad libertina del tiempo de Andrade que servirá de prólogo a la ciudad subyugada por los encantos de don Ci-

priano Castro. Los personajes capitales son el ministro Juan Antonio Gárate, su distinguida esposa doña Elisa, (una de las Probate flirteó con Bolívar), el hijo Gustavo, Chucha, y una infinidad de caracteres que naufragan en las maniobras políticas, el tío que muy pronto cae, y la esposa lo culpa por eso de "andar defendiendo principios", niñas despojadas de vanos prejuicios, pasiones desbocadas, adulterios, porque son adúlteros el ex ministro y su mujer que se cita con el amante, ¡Santo Dios! en una capilla de la Catedral, y cuando sus rostros se juntan y pasa el monaguillo simulan ver con mucha atención un óleo de Arturo Michelena.

Chucha se ha sofisticado. Con su primo que la enamora y terminará abusando de ella, se aficionó por la lectura, y una tarde hablando de novelas ella le confía lo que piensa de *Madame Bovary*:

Ésa, ¡qué triste y qué fea... la vida, lo que pinta el autor! Yo la terminé con una angustia!... Me pasaba como cuando uno va a ver una desgracia, un herido, que se siente mal y, sin embargo, se quiere quedar mirando... En casa, en el hato, una vez trajeron a un peón medio destrozado, que lo había arrastrado un caballo..., todo lleno de sangre, con la cabeza abierta; y yo lo veía, lo veía, sin poder evitarlo, sin querer seguir viéndolo. Así me pasó con ese libro tuyo; yo, parece mentira, sentía lo mismo que cuando lo del peón... y seguía leyendo hasta el fin, hasta que se envenena Emma, ¡pobrecita! Ella se portó muy mal, era una loca, pero da mucha lástima, ¿verdad?

Con el tiempo enemigo todo se vino abajo. Caído el ministro, Estranón volvió por sus fueros, don Criso fue acusado de conspirador y de levantar una guerrilla, la casa del hato Santa Margarita fue quemada, mientras el viejo godo huía. Derrotada, había regresado Chucha. Unos tinterillos se proponen embargar el hato, el viejo viene a clamar auxilio al hermano frío, indiferente como una piedra. El antiguo guerrero muere en el desamparo, y las hijas María de Jesús y Cándida Rosa quedan en la miseria, mientras el doctor Juan Antonio Gárate hace las maletas para irse de ministro a Francia, y Estranón González hace estragos. Pero, como quien anuncia el fin de fiesta, Pocaterra anota: "Castro venía sobre el centro con un puñado de hombres, resueltos; el general Hernández apoyaba aquella revolución y aunque acá estaban Fernández, Ferrer y Luciano, ¡isabe Dios!".



Castillo San Carlos (Maracaibo)

Tierra del *sol amada*

La tercera novela de José Rafael Pocaterra fue escrita en Maracaibo entre 1917 y 1918, y es la novela de Maracaibo, de la ciudad, de quienes la habitan, se divierten o padecen, de quienes aman y de quienes odian, de quienes tienen y de quienes envidian, de quienes se enriquecen y se arruinan, de las procesiones católicas y de los carnavales profanos, de personajes patéticos, pero es, sobre todo, la historia de un gran amor, después de muchos amores perdidos, pasajeros o falsos, espejismos de espejismos.

Es la historia del joven Armando Mijares, a quien su padre envía a Europa para que se ilustre y se forme intelectualmente, vea mundos, refine su espíritu, y se cure de espantos. Recorrió viejas capitales, sorbió todos los placeres, y cuando regresa a Caracas donde ahora viven sus padres marabinos, trae, al menos, buenos propósitos. A pesar de que fue a Europa no es un personaje de Díaz Rodríguez, tampoco de Rómulo Gallegos. Precedió en diez años a Reinaldo Solar, pero esa no es la distancia que interesa, la distancia la marcan el moralismo de Gallegos y la desnudez, no pocas veces brutal, con que Pocaterra echa a andar por la vida sus personajes. Brutalidad que no los despoja de encantos, si se trata de mujeres, o también de sordidez, de dobleces, de banalidades. Pero, ¿por qué no de banalidades, si la vida es un pasatiempo?

Ningún novelista venezolano asumió el erotismo con el refinamiento de Pocaterra. Sin prejuicios ni complejos, con sabiduría, sutileza y elegancia. El erotismo como pasión humana. Pocos como él penetraron los laberintos del ser, hombre o mujer. Y añadiría también que en sus novelas el humorismo, la ironía y la sátira contribuyen a hacer de ellas universos peculiares, ingeniosidades en los diálogos, agudezas que trazan con pocas palabras los perfiles de sus personajes. Y algo que tiene Pocaterra, una vasta cultura, sensibilidad para las artes, la música, que aborda con encanto, la literatura, la pintura, los idiomas, el proceso histórico venezolano. De todo esto están nutridas sus novelas. No hay otra forma de ilustrar lo que aquí se dice que intentando una breve, fragmentaria excursión a través de *Tierra del sol amada*.

Cuando Armando Mijares regresa de Europa trae propósitos de enmienda. No era la primera vez que acariciaba la idea, e igual sucedió cuando su padre lo envía a Maracaibo porque allá es mucho lo que tienen, pero esto fue apenas una excusa, como habrá de verse.

Cuando regresó “contagiado de la actividad, de la energía, y soñó, trabajar duro, recio, hacerse una posición propia, sólida, para luego irse de nuevo a recorrer aquellas ciudades radiantes, dueño de sí y de su fortuna...”. Los propósitos europeos sucumbieron al nomás conocer en Caracas a *la Paquita*, una españolita buscadora de fortuna que lo volvió loco. Al llegar a Maracaibo, “absorbió otra vez el aire libre, cálido, y despertaron los recuerdos de niño en la vieja ciudad de sus padres...”. Aparecieron: “Carmen, la muchacha aquella”, luego la mujer de Cuévanos, y después una de las Echeandía, y la otra y la otra y la otra... Y al fin se enamora de Maria Irala, Marilala, y se pregunta si está condenado a ser un juguete de las pasiones, a malbaratar tiempo y vida. No era una cuestión económica la que lo inquietaba porque, él y sólo él, disfrutaría la gran fortuna que dejaría su padre, que empezó “en un ventorrillo del Mercado, que luego fue pulpería, después bodega, más tarde casa importadora...”. Pero Maracaibo le resultó estrecho, se trasladó a la capital en busca del ambiente apropiado para sus ambiciones y la educación del hijo. El novelista lo dibuja como el antiguo revendedor de “queso de cuaresma”, miembro ahora de la directiva de un Banco, don José Joaquín Mijares, dueño de fincas en Caracas, en Maracaibo, casi media ciudad... Fortuna hecha en veinticinco años,

pero de una solidez secular, en buenos papeles, en fincas raíces... Y algo más: el buen sentido que siempre distinguió a la raza, olvidándose de los Mijares peninsulares, etcétera, oidores, adelantados, frailes,

considerando que los abuelos de la Independencia sólo dejaran papeles ya apolillados, hojas de servicio, su nombre en O'Leary y en Blanco y Azpurúa, su sangre en algún matorral de Apure o su retrato borroso en la sala, sobre el desflecado estandarte de Ayacucho que trajo del Perú el último abuelo, "el abuelo manco" muerto de vejez y de pobreza decorosa en la vieja casa de Maracaibo; echando a un lado prejuicios, necias presunciones; amargado de una gloria que solo entreviera como pobreza, de un pasado que era solamente retratos viejos, papeles amarillentos y deudas vetustas, abrió un ventorrillo, negoció en frutos, se ensució las uñas en el mostrador del tenducho y con el heroísmo cotidiano que no fue la carga que diera el abuelo José Agapito en la mañana de Boyacá ni la altanera respuesta de Ximénez Quesada a Carlos IV "que nosotros, señor, también hicimos reyes", ni el gesto del otro abuelo que maldijo al hijo que se había hecho federal", y le desheredara; que no fue ninguna de esas cosas de gloria, de sonoridad, de epopeya, hundiéndose en las pequeñas e imprescindibles necesidades, se hizo otro molde, otro temperamento, otras ideas; se olvidó de sí, y surgió luego; con una fortuna, con un decoro propio, con un nombre arrancado al trabajo para respaldar aquel otro nombre otorgado por la herencia... ¿Hubo en el fondo del alma de su padre ese sentido heroico que ahora él le suponía?

El heredero Mijares fue enviado a Maracaibo con el pretexto de apartarlo de una de sus tentaciones recurrentes, la locura juvenil por

aquella española, bailarina guapa que tenía atado a sí, celosa hasta del aire, consumiéndole con igual celo hasta el último luis... Y, por último, aquella calaverada del almacén, más de doce mil bolívares en dos meses! comidos en Cosmos, quemados en gasolina, vueltos pieles y sombreros, "paellas" y jaranas, locos "truenos" de una semana. La Paquita aquella tenía garras de buitre y Mando, Che, oye Mando chiquiyo, que me dejes los treinta duros del abono, y mira, che, chiquiyo, que no te olvides de lo de la casa... la Paquita aquella se comía un Armando al día con los mismos deditos golosos con que se chupaba un espárrago... Armando era su amor único, su primer amor; Armando, la esclava de su Armando, ella era de Armando.

Y ar mando de ella, decían en Caracas.

Tierra del sol amada es la novela de una ciudad moderna, con factores externos que le imprimen un dinamismo y una fuerza que no tenía Caracas, unos alemanes todopoderosos que Pocaterra retrata con humor negro e ironías de políglota. No aparecen los gringos del petróleo que para entonces ya hormigueaban por Maracaibo, y con alguno de los cuales, el novelista tuvo un encuentro, como lo refiere en *Memorias de un venezolano de la decadencia*.

El asunto son las pasiones amorosas del joven Mijares que llega a la casa de unas tías viejas y tiene allí su primera caída con Carmen, la niña sin padre que ellas habían criado. El irrefrenable la violó, la echaron de la casona al ver su vientre *in crescendo*, condenado al desamparo se hizo mujer de la “vida alegre”, la vida de mayores miserias; en una noche de farras, como tantas noches, Armando recalca beodo en el prostíbulo y en la cama sucia de la bella Carmen, arruinada.

Fue como un castigo que terminó sacudiendo al calaveras, porque después de esta malaventura, tiene otra de sus “crisis de espíritu” y se enamora locamente de María Irala, y es entonces cuando se pregunta si es que está condenado a ser objeto de pasiones sin destino. El romance es un escándalo en Maracaibo. Se fugan a una pequeña finca frente al lago, son felices como nadie, ella toca al piano la música deseperada del gran creador que no podía oírla.

Surgiendo en un ambiente de tempestad la silueta del gran sordo que en el retrato de Lévy Dhurmer crispera la mano sobre la partitura; y bajo los cabellos alborotados, los labios contraídos y los ojos tenaces, adquieren una expresión enérgica, poderosa, firme... Como su música. Después veía ella la tragedia, la brutalidad del destino, aquella desesperación del grande hombre humillado en el más noble sentido de su afán, destrozando su alma en la Sonata Patética, gimiendo en la noche de la armonía a tientas... Y su tristeza enorme, callada, soberbia como la de un león perseguido. Las lágrimas se agolparon a sus ojos, nublándolas, inmovilizando sus dedos sobre el teclado.

María Irala, Marilala, la bella, la sensual, la inteligente y sensible, la que redimió a Armando Mijares a costa de trastornar su hogar, dio a luz un niño muerto y ella murió horas después. Es el final de *Tierra del sol amada*.

Paralela a las aventuras amorosas de Mijares están las aventuras de muchos otros habitantes de la ciudad. Está Maracaibo y su época. “Es la novela del capitalismo alemán en Maracaibo, antes del petróleo”, escribió Ramón J. Velásquez. La primera guerra mundial pasa como un relámpago. En el baile del Casino Mercantil, dos alemanes y tres “criollos” discuten sobre el conflicto. “¡Eso es inicuo! ¡atacar todos a uno solo!, exclamó don Manuel Trías”. El alemán respondió: “¡Caggamba!, los pobgges fragganceses van a paggag caggo la cosa. Creggeálo, usted, señogg Trggias”. Pocaterra muestra su ingenio en el largo diálogo de los alemanes y su defensa de la guerra, según sus perspectivas.

Pocaterra retrata a la sociedad en capítulos de imaginación y gracia, el carnaval de Maracaibo, los bailes de máscaras, la procesión de la Chinita. El correo de las brujas no tiene tregua. Los personajes que están en todas partes, Pinillos, el amigo vago, Pepito Giocondo, Tromps, Céspedes, Tarcilo, el cronista social insoportablemente afrancesado. Y las chicas, las Campomanes, las Merchán, las Echeandía, y tantas y con ellas las madres, de fiesta en fiesta, en procura del mejor partido.

Tuvo pocas críticas *Tierra del sol amada*. Como pocas también, *El Doctor Bebé* y *Vidas oscuras*. No obstante, *Tierra del sol amada* fue objeto de un ensayo del sumo sacerdote de la crítica que, por coincidencia, era zuliano y había vivido en Maracaibo y tenía su memoria de la ciudad, pero de una ciudad que separaban tres lustros de la de Pocaterra. El texto se inicia con una referencia al verso de Baralt que la novela lleva como epígrafe.

*¡Tierra del sol amada
donde inundado de tu luz fecunda,
en hora malhadada
y con la faz airada
me vió el lago nacer que te circunda!*

El gran Jesús Semprum dudó de que fuera la novela de Maracaibo, y como para demostrarlo, escribe como preámbulo de lo que vendrá:

El verso de Baralt lo repiten en Maracaibo con delectación morosa los periódicos en sus artículos de fondo, los oradores en sus discursos, los bachilleres en sus peroraciones y los

poetas en sus cantos. Es la ciudad asoleada, llena de tráfigo mercantil, de sol frenético y de vocinglería de campanarios, rezandera, estudiosa, cazorra, amiga de la modorra dulce de las siestas y del ensueño de las noches que interrumpe con rutilantes fulguraciones el faro del Catatumbo, como centinela celestial de luminosos alertas.

El crítico añade que quienes nacieron en tierras del Zulia y vivieron en Maracaibo hasta la primera juventud, y reconocen “el hermoso talento y la pródiga imaginación de José Rafael Pocaterra”, presumían encontrarse “con un gran lienzo lleno de vivas imágenes en las cuales resaltara el alma nativa con todas sus virulencias, sus esplendores, sus inquietudes, sus miserias y sus sobresaltos”. Semprum se siente defraudado, no encontró la fisonomía de la ciudad lacustre,

sino la fisonomía enclenque, enfermiza, triste o bestial de algunos de los seres que acaso la pueblan. La visión alegórica desaparece por fuerza. El pueblo se queda entre bastidores. Los palmares abanicán el espacio saturado con almizcles de bramas, como si quisieran apartar de sí aquellos vahos podridos que corren por el viento. Y una tropa de mujeres fáciles y de hombres imbéciles y aburridos desfila por allí, como por las avenidas de un inmenso hospital.

Absurdamente, el maestro pregunta con cierta desazón: “¿Pero son aquellas todas las mujeres y todos los hombres de Maracaibo?”. Por supuesto que en *Tierra del sol amada* sólo están los que el novelista creó, los personajes que su imaginación echó a andar, pero en lugar de juzgarlos tal pintados por Pocaterra, Semprum los ataca como si fueran pecadores de carne y hueso, o mejor de carne. Así, dice implacable: “Veamos quién es esa Maria Irala, ‘revelación de la patria chica’”. Para castigarla, copia la descripción de sus flirteos, antes de llegar al verdadero amor con Mijares. Marilala no debía ir, por tanto, a una novela sino al infierno.

Y ¿qué decir del protagonista? Veamos: “Armando Mijares es un joven tronera que despilfarró en Caracas con una pindonga ‘más de doce mil bolívares en dos meses’”, dineros que no son suyos, que sustrae del almacén de su padre”, y de ahí relata el viaje a Maracaibo, la aventura con Carmen, la seducción de Beatricita, hija del doctor Olimpiades Cantillo, el encuentro con Marilala en el baile de carnaval, y a ella regresa para volver a condenarla “sin piedad”:

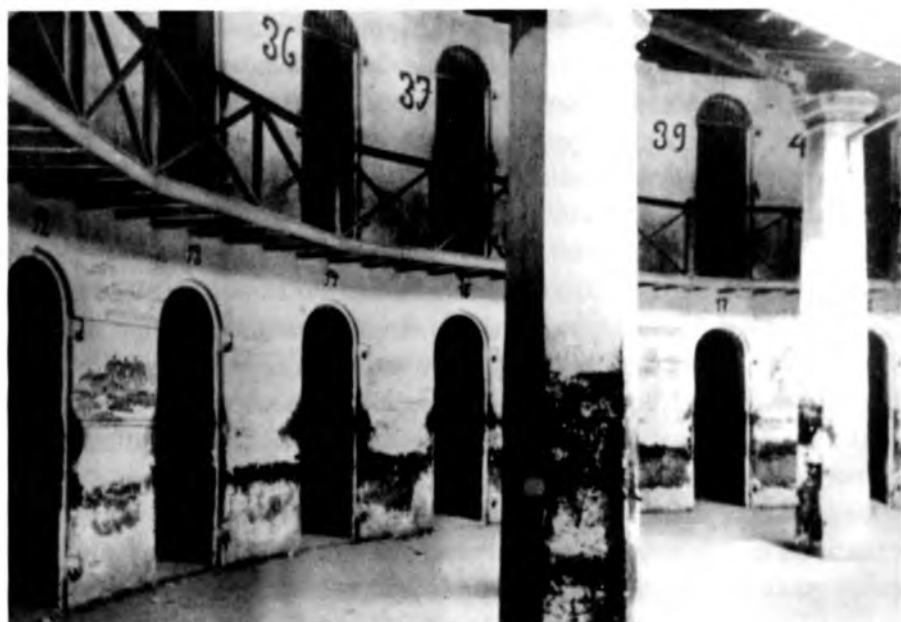
En el fondo carece de rectitud moral y más se me antoja pecadora que inventa excusas que no dama que aduce razones. Pocaterra, que es poco o nada sentimental, no la dota de sentimiento alguno sino que la pone a razonar como un bachiller. Y debajo de esa leve túnica de raciocinio vibran, imperativos y avasalladores, los movimientos en cuya descripción parece complacerse Pocaterra: los de la lujuria.

Aquí parece estar la clave del asedio de don Jesús Semprum, el gran crítico de su tiempo, contra *Tierra del sol amada*, la imperdonable lujuria, el erotismo que Pocaterra asume como ninguno otro. No era, obviamente, *Tierra del sol amada* la novela de un convento. En la pintura de Maracaibo, Semprum encuentra rasgos felices: “Algo vislumbramos en la lectura de aquel vaho cálido y fecundo que emana de la tierra pródiga, linda como una joya, ardiente como un ascua, recia como un yunque”.

En suma, el crítico era un hombre de principios y sus principios chocaron con la novelística de Pocaterra que representaba otras épocas. Con su prosa feroz, el escritor dejó su testimonio personal en *Memorias de un venezolano de la decadencia*:

Tierra del sol amada es el reflejo fiel de un momento psicológico e interesante de aquella provincia en donde duermen gérmenes de una energía extraordinaria para el bien o para el mal. Con una torpeza inexplicable —no del Zulía precisamente, sino generalizada en todo el país— las víctimas del despojo extraño y del atropello de los intrusos se vuelven contra los propios vengando en nosotros lo que no saben o no pueden cobrar de los que les ultrajan. Este curioso fenómeno es una solución de alacrán: como el arácnido terrible, hincan su ponzoña en sí mismos al verse rodeados de fuego.

Mis libros, buenos o malos, no son para que los juzguen cacógrafos displicentes o críticos aliñados en la pasividad y el pesebre fácil y tranquilo. Son resultado de la fiebre ambiente, del dolor, de la injusticia, de la reacción profunda y sincera. Son músculos vivos y sueltos que laten dolorosamente al aire libre. Por eso estoy divorciado de una generación de literatos convencionales, escritoruelos de la clase media mental. Mis lectores están entre los hombres que sienten la purificación de la cólera y la responsabilidad de la requisitoria y que han sufrido la injusticia y la persecución en su carne y en su alma. Mi público es el pueblo rudo y bajo que me ha visto siempre a su lado, no por demagogia ni por utilitarismo, como nos dicen los aderezadores de adjetivos oficiales —iqué prestigio artístico pueden conferir los ignorantes y los humildes!— sino porque por encima de lo útil está lo verdadero y la suprema virtud del arte, es la verdad, aun rasgando “el diáfano manto de la fantasía”.



Calabozos de la cárcel de La Rotunda

Otra vez “el aire abominable”, **La Rotunda**

Con la clausura de *El Fonógrafo*, el nombre de José Rafael Pocaterra ingresó en la lista de los “malos hijos de la patria”. La presencia en Maracaibo de un presidente rudo y primitivo como Santos Matute Gómez, obligó al periodista a trasladarse a Caracas, dejando atrás y para siempre la tierra del sol amada. Con la reclusión en el Castillo de San Carlos del general Juan Araujo, fracasaba una de tantas revoluciones fantasmas, que según el memorialista, tenían más cabezas que la hidra.

Pocaterra se trasladó definitivamente a Caracas. En su viaje conoció a un joven capitán de nombre Andrade Mora”, venía del Táchira, recién casado, en uso de licencia para ir a ver a su familia”. El periodista se aventura a conversar con el joven oficial del Ejército gomecista. Vale la pena imaginar los circunloquios, las frases pretendidamente abstractas, las exploraciones, para llegar a la conclusión de que estaban condenados por “los tristes caminos futuros de nuestra inercia, de la interrogación que el porvenir abría ante nosotros”. Terminan sincerándose, quizás sin abandonar aquel lenguaje elusivo que era el único que les permitía entenderse. Sin embargo, no había penetrado el barco las aguas de La Guaira, cuando afloraba entre ambos viajeros, el civil y el militar, la franqueza, la intimidad, el secreto de los conspiradores: la palabra dada.

Pocaterra llega a la capital donde despacha el “Presidente provisional” de la República, don Victorino Márquez Bustillos. En Maracay está el temido general Gómez, “Presidente electo” desde 1915. Comandante en Jefe del Ejército, único título que valía en Venezuela. Era el tiempo de la gran conspiración de 1919. Todos buscaban en la oposición (invisible) la confluencia de todos

un cauce amplio en que verter las fuerzas dispersas, el deseo, la necesidad de acabar con el régimen ridículo de los presidentes –la interinaria grotesca e indefinida de Márquez y la insostenible y soldadesca dictadura de Gómez–, ante la inercia externa y la raigambre que el cuartel iba extendiendo en la vida civil, un grupo de jóvenes resolvimos presentar la batalla desde dentro, en las propias barbas de los déspotas.

Para no crear traumas ni reticencias ni incomodidades innecesarias, los conspiradores dispersaron la consigna de plegarse a las situaciones para hacer posible el objetivo de fondo: “preparar de cualquier modo hasta las pocas llaves de control que la gestión individual pudiera lograr”. Pocaterra dice que nadie obligó ni amenazó, que todos actuaron por su iniciativa y voluntad. Que unos quedaron dentro de la situación, o sea

en los cargos civiles y militares para estar a la orden, otros nos salimos de ella luego bajo diversos pretextos para quedar más expeditos en el ir y venir, arropados por negocios particulares. Pero si hubiera sido necesario formar de nuevo en la hueste de los bárbaros, allí hubiéramos formado.

No hubo para Pocaterra “nada más legítimo, nada más trascendental, desinteresado y heroico que la conspiración cívico-militar de 1919”. Quizás el gesto de Arévalo González en 1913 y del doctor Félix Montes, o alguna incursión militar de ideales puros.

Contra los silencios del miedo, o los silencios de los egoísmos, él tenía el deber de contar la historia de la conspiración de 1919.

...la tinta no se ha secado en mi tintero y he de cumplir el deber que la suerte me impuso por encima de quien sea necesario pasar y aun arañando con mi pluma ese caparazón de tortuga que resguarda la sensibilidad de los venezolanos de la decadencia.

Eran los últimos días de la guerra mundial, de los discursos del presidente Wilson que prometía democracia, del mensaje de libertad de Francia, de la pandemia que se llevó al coronel Alí Gómez, sin que el padre se dignara visitarlo en su agonía, días de terror para todopoderosos y para los miserables, que Pocaterra describe con la tensión sombría de una novela negra. "Aquel castigo formidable hirió todas las fibras, conmovió todos los corazones, unió todas las voluntades". Fueron "los estudiantes, perseguidos, disueltos, ultrajados, desposeídos del derecho a una profesión –pues que el bárbaro había clausurado la Universidad desde siete años antes–, aquellos niños... se lanzaron al socorro de la ciudad procerca". Es una historia desconocida. El propio Pocaterra estuvo entre quienes contribuyeron a aliviar a los enfermos, pero interesa resaltar, según sus palabras, el papel de los estudiantes.

Así reaccionó la sociedad de Caracas ante la peste negra, y de modo especial, los estudiantes, como queda escrito. Entre tanto, y para escapar, "Gómez, sus familiares y sus genizaros engullían en San Juan de los Morros tajadas de buey y esperaban los periódicos de la capital, previamente desinfectados, para enterarse de los "muérganos centrales" que se iban muriendo". Éste era el panorama, visto por José Rafael Pocaterra, según sus notas de noviembre de 1918. No murió ninguno de los presos de La Rotunda.

En el traspatio de la redacción del semanario *Pitorreos*, un grupo de venezolanos de todas las profesiones y clases sociales, civiles y militares, esperan con zozobra un manifiesto político que debe darse a conocer en el momento preciso. Ese papel era como la campanada de que el general Gómez había sido derrocado, y Venezuela era finalmente libre. La conspiración de 1919 vivía sus últimos momentos, la expectación del relámpago: "Una descarga a las cuatro de la madrugada en los patios del cuartel San Carlos, al norte de Caracas, iba a poner en movimiento la vasta máquina pacientemente montada". El general Roberto González, con 100 hombres, tenía la misión de detener al presidente provisional de la República, Victorino Márquez Bustillos, en su residencia de Los Dos Caminos, donde temperaba. Al presidente de papel se le presentarían distintas opciones, a fin de que con su renuncia facilitara la transición. A Gómez se "mantendría a raya", mientras llegaban las fuerzas de Lara, Carabobo, Falcón y Miranda. Los conjura-

dos salían con sus paquetes de manifiestos apenas iban siendo impresos. Pocaterra cuenta que bajaba hacia el Gran Hotel para cambiarse de ropa y tomar un breve reposo, limpiar su habitación de cualquier papel comprometedor, cuando un automóvil lleno de gendarmes cruzó hacia el sur. “Me esquivé en la sombra de una puerta en la esquina de Pajaritos y vi alejarse aquel extraño carruaje”. El reloj del conspirador marcaba las dos y media, regresó al hotel, salió, regresó, volvió a la calle midiendo los minutos que se consumían para oír la descarga de la libertad. Su prosa refleja la tensión de esos minutos y de esos pasos.

Breves instantes estuve en mi habitación en el hotel. Salí después, y tomé un coche, uno de esos coches desvencijados con su penco de aquelarre y su auriga soñoliento, del regreso de las francachelas baratas. Pasé por el cuartel del Mamey, por el de la Planta Eléctrica del Paraíso, crucé frente a La Rotunda, el largo muro amarillo, sombrío, en cuya explanada se paseaban dos centinelas. Nada anormal. Dejé el carruaje y subí a pie, fumando tranquilamente, por San Francisco, hacia la plaza. En la puerta de la policía, bajo un arbolillo, estaban dos hombres, el jefe de la gendarmería, Pedro García, y el Prefecto. Creí que me habían reconocido. Minutos después sentí que me seguían dos hombres simulando andar distraídos, canturreando. Eran dos espías. Y considerando que ya era tarde para que con mi simple arresto lograsen nada, me llegué hasta un ventorrillo público –un “tostadero” apostado por ahí– compré cigarrillos y, paso entre paso, regresé al hotel. Los espías se marcharon convencidos de que me iba a recoger. Salí una hora después por la puerta trasera y eché a andar hacia la plaza del Panteón.

Pocaterra se sentó bajo las ramas de un árbol, con los ojos fijos en el reloj de la antigua iglesia, la lentitud mortal de las agujas, mientras va diciendo: las tres y media, las cuatro menos cuarto, las cuatro menos siete... las cuatro. “Lentas, las campanadas, marcaron sus pausas en el parque silencioso. El Ávila se arrebujaba en la niebla. Las luces palidecían. En el cielo comenzaba un presentimiento de aurora”.

Se oyeron las cuatro campanadas del viejo reloj, pero no se oyó la descarga que iba a “despertar la ciudad y la patria”. La patria seguiría dormida, y, quizás complacida. El golpe, como tantos otros golpes, había fallado. Con palabras oscuras, Pocaterra escribió el epitafio de la conspiración de 1919:

Nunca, ni en el momento de cierto naufragio, ni aguardando poco después la muerte en el fondo de mi celda por largas noches de terror y de angustia, experimenté la agonía de aquel instante. No era una conspiración la que fracasaba. Era una generación.

Al entrar a la redacción de *Pitorreos*, sin dormir, a las 10 de la mañana, Pocaterra se informa de que el capitán de artillería Luis Rafael Pimentel había sido detenido, conjuntamente con otros oficiales. No trasciende nada más. Al tercer día, al salir del Gran Hotel, ve que tres automóviles pasan a velocidad poco común, y en el primero divisó al general José Vicente Gómez, Vicentico. Rumores de muchas detenciones militares. Se desata un duelo entre Vicentico y "don Guancho", ambos delfines de la dinastía, porque se había permitido una conspiración en Caracas, y el uno responsabilizaba al otro. Consideran, dice Pocaterra, que se le debe abultar la información a Gómez y complicar al mayor número de personas.

Al poco tiempo detienen a Francisco Pimentel, Job Pim, director *Pitorreos* a quien Pocaterra había aconsejado que se ocultara. Era hermano del capitán y sus amigos supusieron que la detención sería rápida. Pero no. El 19 de enero, mientras José Rafael Pocaterra, a eso de las ocho y media de la noche, en compañía de Eduardo Coll y de Calcaño Herrera se dirigían al Circo Metropolitano, este último se despidió en la plaza San Pablo, y Pocaterra y Coll continuaron, y apenas habían traspuesto el umbral de la primera puerta, el prefecto Carvallo los interceptó, diciéndoles: "Qué casualidad, tenía algo que tratar con ustedes". Y muy cortés y conversador le hace ver que no se trata de algo importante, pero no es aquel el lugar apropiado para tratarlo. Los invita subir al coche.

Siguiendo la comedia, Carvallo me hizo subir gentilmente el primero al carruaje —una "victoria" de caballos— y al tomar asiento, éste lo hizo a mi lado y Coll Núñez al otro extremo. Quedó entre los dos y continuó charlando amablemente y dándonos a entender que "todo no era sino cosas de la gente" y que nos iba a enterar de algo interesante para que estuviéramos prevenidos... El verbo en participio pasivo me hizo gracia. Recordé el sustantivo prevención, observé que dos sayones ocupaban el pescante y que dos motocicletas y otro coche nos seguían...

Una noche en la Prefectura y luego a La Rotunda. 20 de enero 1919.

Caminamos unos pasos. Otro patio sombrío. El pavimento va en declive. Otra reja de hierro. Otro boquete que se abre chirriando. El hombrecito grita:

—¡Nereo!

De la sombra surge un ser lívido, en ropa interior, de perfil huido, de ojos que miran a través. Debo saltar con mucha dificultad este segundo postigo, saltando sobre una pierna. Al fondo de un zaguán de unos tres metros se abre un pozo lóbrego. Es como un tubo de piedra. Boquetes altos y angostos, cubiertos con trapos blancos, como mortajas. Y lo son. Cada boquete de aquellos es una celda. Veintitrés abajo, veinticinco arriba. A ellos se asciende por una escalera vacilante, sucia, estrecha como la de un campanario. En el patio circular de unos doce metros hay dos o tres hombres tendidos. El llamado Nereo me precede con un enorme martillo en la mano. Detrás marchan dos ordenanzas y escucho el sonajear de los hierros que llevan en esta tétrica procesión. A derecha e izquierda de la celda número 41, donde nos detenemos, hay otra sin cortinas, cuevas negras, vacías, que aguardan con su bostezo tétrico. El hombrecillo alza el trapo blanco que terminan de clavar con prisa los ordenanzas:

—Pase.

La celda tiene dos metros de largo, uno y medio de ancho, poco más de dos de alto. Un ordenanza le quita los zapatos y le pone dos argollas sobre los tobillos, luego le pasa una gruesa barra, y a mandarriazos remacha la chaveta de acero. Poco después le quitan la barra, y lo conducen a un salón donde lo enfrentan a Job Pim. La policía buscaba maneras de inculparlos, las cuales no necesitaba. Pocaterra ingresó al infierno donde pasará tres años. Entonces escribió estas palabras de desahuciado: "He caído en el pozo de la desesperación. Esta noche, mañana me aguarda algo peor que la muerte: la tortura". Tenía 29 años de edad y era su tercera, última y más larga prisión.

Memorias de un venezolano **de la decadencia**

En su prisión de La Rotunda, desde enero de 1919 a enero de 1922, y en medio de condiciones infrahumanas, en una bóveda lúgubre, José Rafael Pocaterra escribió *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Por su calidad, por su estilo volcánico, por su dramatismo, por la violencia vengadora que emana de sus páginas, por las condiciones en que fue redactado, en mínimos y sucios pedazos de papel, por lo que cuenta y por lo que denuncia, porque está escrito con sangre y no con tinta, porque sus originales fueron sacados de La Rotunda en pequeñísimos rollos como si fueran cigarrillos, secretamente llevados a México, primero, a Nueva York y a Bogotá, después, la historia de este libro es única, y la proeza de haberlo escrito no tiene parangón. Tampoco tiene parangón la pasión que estalla en cada palabra, que no pocas veces quema como la lava que mana de los cráteres. Retrato tenebroso de la vida en las cárceles, rostros de espanto, la historia negra que clama contra el olvido. Jesús Sanoja Hernández distinguió entre los estilos de los textos escritos en dos tiempos. El texto redactado “en el trienio de encalabozamiento con los grillos en los tobillos y el diario tormento de la soledad y los cabos de presos, está expuesta en un lenguaje salvaje”. El otro, escrito en el exilio, “abunda en documentos y en hechos polémicos, con un vocabulario a veces sociológico, un tono demostrativo y un temple de impotencia, pesimismo y hasta decepción”.

Memorias de un venezolano de la decadencia es novela, es denuncia, es historia, una batalla que se libra en cada página; es, finalmente, autobiografía. O sea, las confesiones de un gran escritor en medio de los torbellinos de la barbarie que lo envuelven hasta el 4 de julio de 1922, cuando en compañía de una prostituta que utiliza quizás como camuflaje, y a la cual se refiere con ternura cuando hace alusión a ella, logra escapar de la dictadura, toma un barco en La Guaira, porque están a punto de atraparlo otra vez, se ha corrido el rumor de que es el autor de un panfleto aparecido en Nueva York y México, titulado *La vergüenza de América*, que no eran otra cosa que aquellos capítulos de *Memorias de un venezolano de la decadencia*, clandestinamente sacados de La Rotunda.

Para sustituir al tenebroso Nereo Pacheco, llegó a la cárcel el “cabo de presos políticos” Macedonio Guerrero, “con un candil en la mano”. Alto y silencioso.

El hombre no hablaba, pero una noche recostó la silla de vaqueta contra la pared, tomó un tiple y acompañado por alguien que tocaba el bandolín, interpretó un bambuco. Un candil se prendía en la oscuridad. ¡Cómo resonarían en aquellos socavones del dolor y la miseria las notas quejumbrosas de aquella música! Por primera vez del fondo de los calabozos no nacieron gritos ni lamentos, sino aplausos.

Ramón J. Velásquez cuenta esta historia en “Pocaterra, actor y testigo de una época”. Refiere cómo Macedonio se le acercó al memorialista y le dijo: “Yo sé que usted está escribiendo un libro. Cuente conmigo, yo lo sacaré de aquí y lo entregaré a la persona que me indique. Y así salieron en mínimas cuartillas, los originales de *La casa de los Ábila* y de *Memorias de un venezolano de la decadencia*”.

La primera edición de los capítulos de *La vergüenza de América* se hizo en México a comienzos de 1921, cuando su autor estaba en La Rotunda, la iniciativa de mayor temeridad que pueda imaginarse. Se cuenta que fueron editadas bajo los auspicios del escritor José Vasconcelos. El estudiante tachirenses Manuel Antonio Pulido Méndez y Miguel Zúñiga Cisneros, excarcelados de La Rotunda, llevaron los papeles a México. A Vasconcelos lo animó el poeta Carlos Pellicer, quien había sido secretario de la embajada mexicana en Venezuela y conoció de cerca los desmanes de la dictadura, jugando papel importante en la edición

el escritor venezolano Humberto Tejera, exiliado en México. Un título alternativo a *La vergüenza de América* era *Entre las patas del Paquidermo*. “La historia de Venezuela –dijo Pocaterra– le debe estas páginas al cabo de presos Macedonio Guerrero, natural del Táchira, asesinado más tarde, en 1923... quien heroicamente las sacó de este antro”.

Más tarde, Jacinto López publicó en su revista *La Reforma Social*, editada en Nueva York, los capítulos escritos hasta entonces, la gran crónica de La Rotunda.

Después apareció la primera edición completa en Colombia, en 1927, bajo los auspicios del doctor Eduardo Santos, director del diario *El Tiempo*, quién escribió el prólogo donde relata su viaje a Canadá para conocer a Pocaterra, al cual consideraba una leyenda.

Santos, quien con los años sería uno de los grandes presidentes de Colombia, cuenta que pasó largas horas con el escritor. Largas horas, dice, de grato recuerdo. Lo encontró como “un hombre melancólico, a quien la desgracia ha dado una tristeza varonil y serena, tristeza que no se queja, pero que corre como un río profundo y callado a través de todos sus actos y pone una nota grave en todas sus palabras”. El doctor Santos juzgó de esta manera las *Memorias de un venezolano de la decadencia*:

Toda su indignación, todos sus recuerdos de las cárceles, de las campañas políticas contra la dictadura, de los sucesos que han caído sobre Venezuela en estos últimos cinco lustros, los condensa Pocaterra en estas Memorias de un Venezolano de la Decadencia. Son ellas como la venganza justa y necesaria de cuantos en esa época han padecido persecuciones por la justicia en la patria de Bolívar y de Bello, o han pagado con su vida su resistencia a los tiranos, o han sido arrastrados por ellos a la desgracia y a la ruina. El caudillaje absoluto parece haber dominado a Venezuela, y en esta hora en que triunfa la iniquidad, y acompaña la fortuna a quienes la han encarnado, es un imperativo moral que no prescribe mostrar cuáles son los fundamentos de esta iniquidad, cómo se ha levantado ella sobre las ruinas morales de una nación, y cuántas vergüenzas y dolores encubre la prosperidad material que hoy se pretende exhibir como compensación suficiente para la supresión de todas las libertades y de todos los derechos.

Santos insistió y persuadió a Pocaterra sobre la necesidad de editar las *Memorias*, hasta ese momento dispersas e incompletas en las páginas de *La Reforma Social* (Nueva York) y le indicó

que ello sería posible en Colombia, país libre donde no existe la mordaza para el pensamiento; donde no es la imprenta dependencia vil de los caudillos, ni proveedora sumisa y desvergonzada de frenética adulación y de sofismas tan endebles como elegantes, tan inmorales como interesados, buenos sólo para poner la máscara de la razón y de la inteligencia a lo que no es sino la imposición brutal de la fuerza y del apetito sobre un pueblo esclavizado. Y de una imprenta colombiana sale esta obra, aún inconclusa, grito de cólera y de protesta lanzado ante un continente que ha padecido de las tiranías como de su más grave enfermedad, y necesitado más que de ninguna otra cosa de un régimen político libre, sano y justo; de la realidad viva del derecho: de cuanto hace de un país algo más que un conglomerado de pequeños intereses y de bajas codicias.

Tanto por lo que escribió como por la jerarquía intelectual y política del doctor Santos, conviene retener in extenso sus juicios sobre el venezolano:

Gracias a Pocaterra, no caerán en el pleno olvido mil sacrificios, ni será total el manto de impunidad que cubra innumerables crímenes. Y cuando todo lo domina un despotismo afortunado, por lo menos ante el solitario altar de la libertad y de la República, de la República como hecho real y como organización efectiva, no como mentira que sirve de disfraz a un tirano, queda brillando esta roja llama, que es a la vez amor y cólera, homenaje a los caídos y castigo a cuantos van uncidos al carro del caudillaje victorioso y despótico.

¡Bien hayan los que contra él luchan, como los que se enfrentan al voraz imperialismo del norte! Son los dos monstruos que acechan las nacionalidades jóvenes de nuestra América, y a veces se asocian para su obra nefanda, como si uno de los dos no bastara para arrastrarlo todo y acabar con la independencia y la dignidad de un pueblo. Pero los dos se completan y cierran el círculo que estrangula y deshonra. Contra ellos hay que librar la diaria batalla, y hay que poner en la pelea cuanto tengamos de mejor. José Rafael Pocaterra es un buen soldado de esa causa generosa e indispensable, y por eso considero como una fortuna el haber podido estrechar su mano leal y fuerte, y como un honor el escribir –a petición suya– este prólogo a una obra de amarga y severa justicia, que tiene derecho a encontrar eco profundo en las almas libres de América.

La contribución de Pocaterra al conocimiento histórico de las dictaduras de Castro y Gómez quizás no haya sido apreciada en sus dimensiones. Memorias de un venezolano de la decadencia es la historia de la dictadura de Cipriano Castro, desde su invasión de 1899 hasta su caída el

19 de diciembre de 1908. Es la historia de la dictadura de Juan Vicente Gómez desde del golpe de 1908 hasta su muerte en 1935, y la historia de la oposición a Gómez desde el exilio, con episodios como la invasión del Falke de la cual el escritor fue protagonista, en 1929.

La historia de Castro se inicia con el episodio de la larga antesala que debe hacer a comienzos de 1899, “un hombrecillo impaciente, con la cabeza muy grande y las mandíbulas muy salientes, que se agitaba en su asiento después de una larga espera...”. Esperaba ser recibido por el presidente Ignacio Andrade. Llevaba una levita gris, maneras de mala educación y ojos vivaces, inteligentísimos, que denotaban gran energía. Cuando salió del despacho el general Pedro Ducharme, el hombrecillo colérico e impaciente, le dijo: “-Vea usted: usted llegó mucho después que yo; ya le recibieron y le despacharon, y a mí me tiene aquí este ‘muérgano’, ¿no?”.

Con esta anécdota, Pocaterra abre su historia de Castro, y recorre todo el proceso del régimen de la Restauración, abordando grandes capítulos de la época como el bloqueo contra Venezuela de 1902 y la Revolución Libertadora del general Manuel Antonio Matos. Como introducción necesaria, hace un análisis del gobierno de Ignacio Andrade, de la muerte de Crespo en La Mata Carmelera. La reforma constitucional de Andrade, volviendo a los 20 estados para los cuales designa presidentes, contra la oposición de 25 miembros del Congreso, que le da argumento (o excusa) a Castro para alzarse. “El gobierno –escribe Pocaterra– no era sino una vasta complicidad que comenzaba en la secretaría del presidente Andrade e iba a tratar de anudar su cabo extremo en la frontera del Táchira”.

El memorialista pone en juego la pregunta pertinente, que no es por qué se lanzó Castro a la conquista del poder, sino por qué no se lanzaron los otros. Brillan los fusiles de los soldados de Andrade mientras suben el Ávila, con los primeros soles del amanecer de ese octubre del 99. El Presidente de la República ha preferido irse al extranjero cuando advierte que está siendo traicionado por todo el mundo.

Pocaterra describe los primeros pasos de Castro y de los 60. Desde el 23 de mayo cuando cruzan el río Táchira hasta el 23 de octubre del 99, deteniéndose en la escala de Valencia y en el ajedrez de traiciones de Tocuyito que le abren las puertas de la gloria. De allí hasta que Castro

se encarga del poder, con aquella consigna que lo desmintió al apenas pronunciarla: “Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos”. Glosa el discurso de Castro al tomar posesión del poder. El comienzo de la era que el general llamó “renacimiento de la República”. Con ironía, Pocaterra anota que “todo el mundo se sentía nuevo”. Y, en efecto, casi todo el mundo se embarcó en la nave de la Restauradora.

Al referirse al bloqueo de las costas de Venezuela por navíos de guerra de Alemania y Gran Bretaña, en 1902, castiga a don Cipriano y a los agresores:

Y vimos a aquel enano delirante lanzando proclamas sonoras y desafiando al mundo entero. El mundo contestó a cañonazos sobre nuestros puertos... Los alemanes se distinguieron en la hazaña de 1902 contra nuestras indefensas y vetustas fortalezas de Puerto Cabello y de San Carlos. Y el “Vinneta” y el “Panther” –este último se retiró a toda máquina con un descalabro al tratar de forzar la barra de Maracaibo– agotaron el heroísmo de la marina de guerra del Imperio contra muros semiderruidos y goletas y pequeñas embarcaciones de madera...

A lo largo de esta etapa, con frecuencia Pocaterra reflexiona sobre aspectos críticos de la historia venezolana, como la Revolución Libertadora. En este sentido, convendría darle a las *Memorias* una lectura crítica. Refiriéndose al encantamiento del doctor Ezequiel Vivas, un preso de Castro, hombre de fobias, “un godo al revés”, por la figura de Bolívar, el memorialista escribió:

¡Bolívar! Su culto hacia el héroe era de esos cultos frecuentes entre la gente de mediana ilustración, una cosa idolátrica, absurda, mal documentada, en que las virtudes excelsas resultan inadvertidas y la verdadera fisonomía del grande hombre pasa envuelta en una abigarrada procesión de juicios y de circunstancias ajenas en absoluto al medio, al personaje y a su acción. Parece ser que la generalidad de los letrados de mi país no sabe rendir la discreta admiración que dentro del sentido de las proporciones destaca las egregias figuras por encima de la vulgaridad a que les condena la acción.

Sacan de su base la estatua, la ponen a danzar en una mesa de procesión de aldea, con coronas barrocas, pronuncian discursos y disparan fuegos artificiales... La aguda ironía que inspiró la carta del Libertador a Olmedo después del “Canto a Junín” dijérase que presentía esta desafortada verborrea –en que le iban a traer de aquí para allá, con la

espada de Boyacá convertida en matraca y los laureles de Carabobo en castañuelas por entre el rumor de pezuñas, de este rebaño inmundo, para estar haciendo grandes frases sonoras, ayer a Guzmán de levita y guantes, hoy a Castro de liquiliqui y peinilla.

Si alguien dudara de la grandeza auténtica del Libertador, bastaría a convencerle la indiferencia con que se yergue a través de las edades; la misma del Ávila abuelo, embozado en la niebla más alta y bajo las más excelsas constelaciones, mientras van por su falda, camino del cortijo, las recuas del tráfago diario...

Bolívar es tan grande que ha logrado permanecer inaccesible a los desacatos miserables que cometen sus criaturas, desde Caracas hasta el Desaguadero.

La Aclamación, la Conjura, los conflictos internacionales, los delirios irrefrenables de Castro, galán y guerrero, los prolegómenos de la conspiración y del golpe del 19 de diciembre de 1908, todo esto como la caída y traición, no escapan del trato novelístico de Pocaterra, pero paralelamente obedecen a una investigación documental tan rigurosa que el mismo escritor incluye como "Anexos" los papeles de que dispone y cuando lo considera pertinente.

No hay solución de continuidad entre las historias de los caudillos andinos. La historia de Gómez se inicia con los sucesos de la despedida en la vuelta del Zig-Zag donde los trenes se cruzan, el abrazo de los compadres, con los episodios del 13 de diciembre, y el desenlace del 19 que Pocaterra describe pintando a Gómez como un pelele asustadizo, presa de la indecisión. Como quien quiere dar el golpe y no se atreve, porque guarda todavía si no respeto, sí temor por el viajero.

Dibuja el clima: "Era la mañana del 19 de diciembre. El Ávila desgarraba su albornoz de nieblas para mirar al valle; el río iba cantando, claro y feliz". Gómez y sus generales se mueven con extrema rapidez, van a los cuarteles controlados por castristas, los ocupan y luego el caudillo se va a la Casa Amarilla de cuyos muros cuelgan las obras de arte que le pillaron al general Matos después de la Libertadora. Los castristas del gabinete van directamente a La Rotunda. Nunca más se vio a Gómez como lo dibuja el memorialista.

Gómez perdía cada vez más la cabeza: lanzado en plena orgía de vejámenes, simulando aquella ira estrepitosa, representando sin talento aquella comedia, sudaba copiosamente. ¡Y era una fría mañanita decembrina, neblinosa, fresquísim!

Daba órdenes encontradas. Olvidaba los nombres de las personas que le eran más familiares.

—Prendan también a ese... a ese... ¿cómo se llama?... al hombre del telégrafo... al de la chiva; no al viejito".

Samuel Darío Maldonado, y otros, dos veces trataron de que saliera al balcón y se dejara ver del pueblo que ya se aglomeraba en la Plaza Bolívar. Pero se opuso resueltamente. Después de lo del 13, eso de salir a hablarle a la gente, no le cuadraba. "¡Nada de manifestaciones! ¡nada de manifestaciones!"... Y repetía este estribillo a cada instante, sin venir a cuento.

Cuando la prosa de Pocaterra descarga su mayor acidez, ocurre al abordar la petición de Gómez a Estados Unidos el envío de unos barcos de guerra para que lo protejan, a través del ministro de Brasil en Venezuela, Luiz de Lorena Ferreira. Acidez e ira. Contra las versiones que culpaban al ministro de Relaciones Exteriores, José de Jesús Paúl, y los tejemanejes insólitos del Congreso para castigarlo y eximir al general, Pocaterra consulta el volumen del Departamento de Estado, *Foreign Relations of the United States*, 1909, donde encuentra el documento y los relatos que lo explicaban. Los navíos de guerra llegaron, y Gómez agasajó a sus comandantes, y al enviado plenipotenciario William Buchanan, se arreglaron los conflictos de don Cipriano y renació la amistad y, sobre todo, el incondicionalismo. No cabe duda de la contribución de Pocaterra al análisis de estos capítulos de la historia de Juan Vicente Gómez, claves en el proceso de las relaciones exteriores de Venezuela.

Pocaterra prosigue en el curso de Gómez, el gabinete del centenario, el retorno del general Matos a la política, la primera conspiración y prisión del general Román Delgado Chalbaud, la candidatura del doctor Félix Montes, la prisión del periodista Rafael Arévalo González, director de *El Pregonero*, que lo lanzó como candidato presidencial, la gran maquinación de Gómez para quedarse en el poder, el papel de los intelectuales que van al Consejo de Ministros en 1913 para abrirle el camino a la más larga y cruel de las dictaduras, los Congresos y sus camaleones, la muerte de don Juancho, la aguda interpretación del caudillismo, las idas y venidas de la oposición a Gómez, la política internacional, la neutralidad venezolana. "Si el historiador, dice, tu-

viera que hacer el análisis detallado de este proceso, su labor asumiría el aspecto de una requisitoria”.

Paralelos a la historia, Pocaterra registra las agonías y los horrores de La Rotunda. Los espectros que encuentra, como el fantasmal general Delgado Chalbaud y tantos otros caudillos, civiles, intelectuales, sacerdotes. La visión de los sacerdotes aherrojados por Gómez ilustra la inhumanidad y la violencia desatada contra los prisioneros y las circunstancias como eran maltratados. Al mismo tiempo, Pocaterra señala la indiferencia del alto clero o del propio Vaticano que cerraron los ojos ante aquellas persecuciones y ante aquel vejamen. De hecho, los Nuncios papales bendecían y condecoraban al general. ¡Gómez, Caballero de la Orden Piana y Conde romano!

Pocaterra no tuvo ni pidió piedad, menos dentro de los círculos en que se movía o debía moverse, me refiero a los intelectuales. A quienes se entregaron al general Gómez y se mantuvieron fieles a su régimen, José Gil Fortoul, César Zumeta, Manuel Díaz Rodríguez, José Ladislao Andara, Pedro Manuel Arcaya o Laureano Vallenilla Lanz, fueron acusados de traición a las letras y a la libertad. Sabía perfectamente que para él tampoco habría absolución.

Carrusel del horror y no pocas veces de la muerte, La Rotunda albergó venezolanos de todos los sectores, vejados y humillados por aquel Nereo de figura tan sórdida y cruel que nadie pudo imaginar. Hay páginas que asombran, cuando, por ejemplo, el memorialista refiere los diálogos y las discusiones intelectuales, de verdadera erudición en algunos de los prisioneros. Así sucedió en el Castillo Libertador, así en el San Carlos. El general Carlos Silverio era jefe del Castillo de Puerto Cabello; solía visitar al viejo general Amabile Solagnie, en el calabozo 7. Intercambiaban recuerdos, anécdotas, experiencias. Venía del Gran Partido Liberal Amarillo. Una tarde relató que mandaba una guerrilla por los alrededores de Caracas en el 58, cuando vio pasar al general José Tadeo Monagas en su carruaje, rumbo al mar y al destierro. Cruzó unas palabras con el caudillo. “El viejo iba *encapotado*”. Participó en todas las campañas de la Guerra larga. Según Silverio, lo había visto todo y oído todo. En Santa Inés, el fragor de la batalla, el galope y la carga de Zamora.

Conversaciones, diálogos, destellos imaginarios, querellas, episodios, miserias, les dan a las *Memorias* una categoría excepcional, testimonio del paso de un prisionero singular por los antiguos castillos coloniales y por La Rotunda, en una época de oprobio y de terror.

De este conocimiento adquirido en el trato con protagonistas y testigos, impostores y rufianes, el memorialista había logrado algo excepcional que reconoce de esta manera:

Mejor que las historias redactadas por quienes escriben sin sangre, sin fuego, sin emoción directa y vivida de la vida venezolana desde la comodidad de un bufete o pensionados en Europa, estos tipos me han enseñado a mí la historia no escrita; y por eso conozco las raíces de la Venezuela contemporánea. El documento es una cosa redactada, convencional. El hombre rústico puede mentir hablando, pero mentirá siempre menos que escribiendo.

Historia, novela, arma, autobiografía, *Memorias de un venezolano de la decadencia* puede y debe leerse desde estos diversos ángulos, pero en cuento a historia quizá sean indispensables para la comprensión de las dictaduras de Castro y Gómez, de su tiempo, y de la sociedad que los padeció, acogió, o combatió. *Memorias de un venezolano de la decadencia*, según escribió Miguel Otero Silva, es una prodigiosa crónica de las dictaduras de Castro y Gómez, vistas desde la conspiración, las cárceles y el exilio.

Un libro torrencial en cuyos raudales se mezclan diversos géneros con inagotable pasión y con infranqueable maestría. Sus páginas son canteras de agudas notas de crítica literaria, de perspicaces interpretaciones históricas, de meditaciones filosóficas, de dolorosos retazos de poemas, de apuntes de un delicioso humorismo y de una sátira inexorable, de sobrecogedoras descripciones dantescas, de patéticos clamores esquilianos, de diatribas de un furor apocalíptico, de periodismo decantado y culto, de relatos que se escapan del texto como gemas de brillo propio. Toda una inmensa malla tejida por una inteligencia vivísima, alumbrada por un interés apasionante que nos conduce a todo lo ancho del libro, sacudida por una angustia que nos exprime el ánimo como un limón.

Uno encuentra en sus páginas relámpagos de ira, horas de agobio y desesperanza, signos de persistencia y de coraje, nunca de resignación

o vencimiento, oasis de humor negro, la voluntad de acero de quien escribe con obstinación, además de las *Memorias*, una novela, *La casa de los Ávila*, y textos de tanta sutileza y encanto como “El sueño de una noche de Año Nuevo”. Momentos, asimismo, de ternura, de conmoción íntima. Uno de los “habituales” de La Rotunda, el humorista Leoncio Martínez, escribió un día de 1920 su gran poema, *Balada del preso insomne*, copiado y preservado por José Rafael Pocaterra en estas *Memorias*, y cuyos primeros versos dicen:

*Estoy pensando en exiliarme,
en marcharme lejos de aquí
a tierra extraña donde goce
las libertades de vivir...*

Después de leer el poema de Leo, “cortándose mi voz por la emoción”, Pocaterra escribió una de sus más conmovedoras páginas de desasosiego:

Escribo, escribo en el fondo de mi calabozo estas memorias que no sé si verán luz algún día cuando ya mis ojos duerman en la eterna tintiebla. Y es tan hondo mi dolor, y siento en mi alma de tal suerte la ciega brutalidad de ese ultraje a la dignidad y a la vida, que en este instante mi cólera misma se nulifica. Dios tenga piedad de nosotros, de los malos, de los buenos, ide los irresponsables! A estas horas en que agonizamos y mordemos con dientes viriles una congoja que no es llanto, en las cavernas del mal nuestros hermanos se arman contra nosotros, escriben contra nosotros, nos burlan, nos aborrecen, nos escarnecen porque a su vista somos los enemigos de su pan, de su gloria, de su tranquilidad. Ciegos en la hora del hartazgo, o peor aún, de la limosna, nos dejan perecer por cobardía o por complicidad, y acallan las voces que yo sé que hablan en el fondo de sus conciencias, forjándose una ideología cómoda que disfrazan de habilidad, de lealtad, de consecuencia, ide todos esos conceptos, de todos esos adjetivos estupefacientes con que el miedo simula razones contra la razón!



El hombre fuerte de La Rotunda

La casa de los Ábila

El 1º de marzo de 1920, Pocaterra confiesa que ya tiene dos semanas a “rancho”, vale decir, alimentándose de la más miserable comida de los presos que carecen de auxilio externo. Al principio, confiesa, levantaba en vilo, hasta el tablón, sus 75 libras de hierro. “Ahora para subirme o bajarme he de echar mano a la barra. Las piernas se me están poniendo tan magras e inútiles que parecen anquilosadas”. Escribe: “Ayer le pasé a los vecinos el último capítulo del primer tomo de *Juan de Ábila*: el incendio en la hacienda. Es uno de los que más me satisfacen. Pero me descorazona pensar cómo iré a darle forma y corrección a estas cuartillas tan borrosas, tan castigadas”.

Así, atado a la barra de hierro, a la tortura cotidiana de las 75 libras que inmovilizaban sus pies y sus piernas, y todo su cuerpo, con las manos libres apenas para maniobrar en aquella celda espectral, escribió Pocaterra sus *Memorias* y la novela *La casa de los Ábila* que entonces llamaba simplemente con el nombre del protagonista.

En febrero de 1946, Juan Liscano viajó a Montreal a conocer y a entrevistar a Pocaterra para el “Papel Literario” de *El Nacional*. En el apacible pueblo de Pointe Claire, en la Isla de Montreal, “defendido por el gran viento que sopla del Oeste, por la nieve y los yelos de aquella mañana de febrero”, encontró al escritor en su casa de madera, la chimenea de ladrillo, el fuego cálido. El primer día, según refirió Juan, le

tocó el papel de cazador cazado, pretendía entrevistar a Pocaterra, y el aluvión de palabras y de asuntos disparados por el escritor convirtió ese encuentro en un monólogo delirante que lo dejó sin palabras.

Al día siguiente, hablan de literatura. Pocaterra le confía: "Estoy empeñado en la traducción de un místico inglés del siglo XIV. Mire qué curioso ejemplar bibliográfico. La obra se titula: *La nube de lo desconocido*". Le muestra una traducción del *Rubaiyat* hecha por él del inglés, otra de *L'Aiglon* de Rostand, poemas de poetas italianos, ingleses, franceses. Finalmente sus obras inéditas: las memorias, los cuentos, un poemario, dos novelas, *Gloria al bravo pueblo*, y *La Casa de los Ábila*.

El escritor les ofrece los originales de *La Casa de los Ábila*. Liscano y su esposa comienzan a leerla esa tarde y no la pueden abandonar.

La Casa de los Ábila nos sacudió hasta las propias raíces de nuestra sensibilidad. Se trata de una obra poderosa, concebida con ese brío, esa pujanza varonil, esa súbita ternura, esa violencia lapidaria, ese sentido de la caricatura, ese aliento americano que caracterizan el estilo de Pocaterra. Escrito en La Rotunda, sobre papel de cigarrillos, con punta de lápiz, en medio de las horas muertas de aquel antro de miseria, constituye un documento extraordinario de vida venezolana.

En sus conversaciones con el novelista en las visitas posteriores, cuando ya han leído la novela y pueden dialogar sobre sus personajes, sobre sus significados, Pocaterra les dice con naturalidad:

No podría volver a escribir un libro así. Un esfuerzo tal de concentración no se puede llevar a cabo sino en aquellas circunstancias. Las frases caían al papel perfectas, ya pensadas. Lo escribí de un tirón, casi sin borrar una frase. Necesitaba olvidar lo que me rodeaba. La vida de mis personajes me abstraía de la realidad circundante.

El propio novelista lee algunos capítulos. De pronto, cuenta Liscano, se detiene y dice: "Cuando yo escribía este capítulo oía en la celda de abajo el estertor de agonía de Domínguez Acosta. Iba de mis personajes a aquel estertor". Lo cierto es que al escritor nada ni nadie lo detendría. Su férrea voluntad y su capacidad de concentración iba de la escritura a los idiomas, a las lecturas, a los escapes de la imaginación, todo menos tener la mente en blanco. Son innumerables los momen-

tos que podrían ilustrar esta afirmación, revelando al mismo tiempo otras de sus grandes corazas, el estudio y el humor.

Sorprende en Pocaterra la capacidad de abstracción, la diversidad de sus afanes, pero algo más, a mi juicio, la dualidad del escritor que paralelamente le permite describir las más tiernas escenas de la infancia de Juan de Ábila y, al mismo tiempo registrar el horror que no sólo lo rodea, sino que padece física y mentalmente.

La novela se abre con la descripción de la mansión de los Ábila, muestra el estilo de vida de las clases acomodadas de las primeras décadas del siglo XX, arquitectura churrigueresca y linajuda. La gran sala, dividida en dos por un arco de yeso, a imitación del mármol y por un biombo de laca; objetos lujosos, sillas doradas, butaquitas, "poufs" de raso estampado, un juego Chesterfield, un sofá Luis XVI tapizado de grandes rosas chocolate sobre fondo pálido. Espejos altos. Mesas de todos tamaños atestadas de "bibelots", reproducciones de la torre Eiffel, Psiquis y el Amor, "y entre esta maqueta y una Dafne defendiendo de un Apolo urgido sus duros muslos de virgen, un Napoleón Bonaparte de yeso, pensativo y tricolor".

Cuando el novelista le confía a Liscano que el capítulo que más lo satisface es el 17, el del incendio de Valle Hondo, apuntó a un momento culminante de *La casa de los Ábila*. La trama adquiere una tensión que no cesará hasta la última página. El incendio resultó ser la "prueba de fuego" (en este caso no es una metáfora) de la gran farsa que se comenzó a jugar desde la muerte del patriarca Juan Domingo Ábila. Era descendiente de una rama del gran árbol canario que desde los tiempos de la Colonia venía progresando e incrementando su patrimonio, atravesando sin mayores daños las guerras de la Independencia y los años caóticos de la Federación.

Don Juan Domingo y su mujer Clara tuvieron cinco hijos. Veamos. León y Carlos, el primero vago en Europa, en interminables estudios de perfeccionamiento, y el segundo, vago en Caracas, eterno estudiante. Y el mejor de los varones, Juan, que no estudió sino que se dedicó a trabajar junto al padre. Dos hembras, Inés y Clarita, la menor. Don Juan Domingo muere en el primer capítulo, la novela se desenvuelve alrededor del testamento que confió poderes especiales de consejero y administrador general al abogado José Oñate, esposo de Inés. Al hijo

Juan le dejó, además de su parte en el conjunto, la finca Los Terecayes, en el corazón del llano, remota y abandonada, para que trabajara como él había trabajado. Y al hermano Teodoro, o Papa-Teo para los huérfanos, el derecho de vivir en la mansión, que para él se convirtió en destierro a un desván solitario. Odiaba a doña Clara y doña Clara lo odiaba a muerte.

Juan fue encargado de Valle Hondo, bajo el control del cuñado Oñate, quien de pronto comienza a enviar a la hacienda todo tipo de maquinarias, incompletas, caóticas, sin atender las protestas de Juan de que no había lugar donde guardar tantos hierros, ni las más remotas posibilidades de utilizarlos.

En connivencia con un vicioso gerente de nombre López, que no registra los ingresos remitidos por Juan desde Valle Hondo, va echando la red para despojar a los herederos y quedarse con todo. Mientras estas maniobras avanzan, antes del aniversario de la muerte de don Juan Domingo, ya habían ofrecido uno de los más rumbosos bailes de Caracas.

Y, después del baile, el viaje de todos, menos Juan y el Papa-Teo, a Europa. Al retorno, los espera la noticia de la más completa ruina. En una reunión de aquelarre, Oñate culpa a Juan. Éste lo descubre, pero a pesar del dramatismo de su denuncia, la viuda doña Clara, Inés y Carlos confían en Oñate y cavan su tumba. Juan se va a Los Terecayes. Trabaja de sol a sol. Hace dinero, en sus tierras se descubre asfalto, es el sobreviviente de la dinastía canaria que termina rescatando a la madre y a la niña Clarita.

A partir de este capítulo 17, los trece restantes son de suma tensión. Como dijeron los Liscano, no se puede abandonar. El capítulo final transcurre en medio de la pandemia, la peste negra de 1918, las escenas más pavorosas que conoció la ciudad desde el terremoto de 1812 y desde el paso de Boves.

Paralelamente a las escenas de solidaridad más admirable, Pocaterra consignó en las *Memorias* la muerte de Alí Gómez y la fuga del dictador a sus querencias de San Juan de los Morros, sin ver al hijo predilecto, aterrado, falsamente impertérrito.

Como si fuera un capítulo extraviado del Apocalipsis, un castigo de los cielos, el novelista pinta las calamidades de la peste negra que no

dejó alcurnia ni miseria que no tocara como en un arrebató de igualitarismo:

...la ráfaga, desembarcada de algún navío procedente de puertos infectados por la podredumbre de los campamentos europeos, o sencillamente transmitida por un pasajero cualquiera, arrojó el litoral, trepó la cuesta de Guaracarumbo y antes que "los aguinaldos" al compás de furrucos en las madrugadas parroquiales despertaran el pobre júbilo entre los pobres, Camino Nuevo, Las Tinajitas, Bajo la Tierra, todo lo que el abra de Catia y el guarguero de El Polvorín se extendía ladera abajo hacia la vallada que delimitan los chaguaramos de "Santo Domingo", uno, dos, tres, diez, cien casos. Un frenético golpear de toses... En una semana, los hospitales ya no tenían camas. Cada "casa de vecindad", con patios inmundos, oía estornudos y veía morir decenas, centenares ya.

En medio de aquel caos, sin urnas, ni transportes fúnebres, ni auto-ridades, "bajo un cielo de peste, Caracas se debatía en contorsiones como una lombriz desesperada", el novelista da una mirada a Europa: "La guerra finalizaba y ante los pizarrones iluminados de los diarios, ya se oían aquellas regocijadas discusiones: -Ya llegó Gürson a París. - Se fregó er cáise".

Tiempo después, Juan Liscano escribió un extenso ensayo sobre la novela, "Tríptico de una generación a través de tres novelas", analizando *La casa de los Ábila* desde ángulos diversos, dentro del contexto histórico, como novela que retrata la sociedad venezolana que mira desde lejos la guerra europea y que viaja a Europa cada año o cuando puede y se prenda de costumbres exóticas, una sociedad irresponsable donde el dinero se convierte en *ábrete sésamo*. De ahí que el propio novelista señalara que en las *Memorias* había acusado a los hombres y en la novela exploraba las causas.

En la primera edición de *La casa de los Ábila*, (Editorial Élite, Caracas, diciembre de 1946), José Rafael Pocaterra dejó esta confesión:

Esta novela fue escrita hace veinticinco años.

Quedó en precarios borradores mucho tiempo. Manos devotas e inolvidables que consumió la muerte copiaron aquella escritura borrosa y atormentada cuyo misero papel se iba en pedazos. Ni la época ni el horror de los días que la gestaron y nutrieron han tenido el poder de reflejarse en ella: ¿llanto? ¿sangre? ¿sudor?, líquidos repulsivos e

incongruentes: además, son pegajosos. Y el lector de ahora ya tiene bastante con sus conflictos por devorar para que le ofrezcamos de pasto los de generaciones pasadas.

Reclamaban los Ábila, desde el cajón de un mueble o viajando en el fondo de una maleta por las más extrañas latitudes, su "espacio vital". Y como eran de aquí, aquí he venido a traerlos y a dejarlos para siempre. ¡Es absurdo! no hemos querido sembrar sino cosechar; apenas si enterramos a los muertos... y Juan de Ábila no es cadáver de importación. Pertenece a su patria, es de ella: fatal, inexorablemente.

La libertad como **misericordia**

La vida intelectual de Pocaterra en La Rotunda parece inverosímil. Escribe febrilmente su novela *La casa de los Ábila*, sus cuentos, lee vorazmente, pero al mismo tiempo reflexiona sobre lo que lee y registra lo que sus lecturas le suscitan. Así está escrito en sus *Memorias*. Como si fuera poco, se dedicó con disciplina al estudio de idiomas. Los estudió con tal provecho, que a lo largo de las *Memorias* es frecuente tropezarse con largas citas en italiano, inglés, francés y alemán.

Cuando el 25 de diciembre de 1921, a las 8 y 30 de la mañana, oye la voz fuerte de Macedonio Guerrero, el jefe de La Rotunda; que anuncia de orden del general Juan Vicente Gómez, que “los de arriba quedan desincomunicados y se les van a quitar los grillos a todos”, Pocaterra fue sorprendido mientras se disponía a acometer la primera tarea del día.

A las ocho y media, junto a la cortina, después de destilar mi café, comienzo la versión del día. El único método de alemán que poseemos es en francés y como una perla, de lo árido del estudio, salta esta anécdota que es al mismo tiempo un excelente ejemplo del valor del caso en la oración: Molière, al cual se le había prohibido la representación del Tartufo, vengóse al día siguiente después de la función diciendo a los espectadores: “Sie hatten heute den Tartüffe benommen sollen, aber der erste Präsident will nicht (haben), das man ihn Spielen”, lo cual en cristiano dice textualmente: “Ustedes debieron venir para ver a Tartufo, pero el señor Presidente no quiere que se le represente».

En eso estaba Pocaterra cuando resonó la voz grave de Macedonio. Un tropel de ordenanzas y de cabos vuela a las celdas con martillos para romper los remaches. Retengamos sus palabras de este momento crucial: “Son cincuenta y dos pares de grillos que desde el alto, por el bajo, hasta la reja pasan en minutos como una tempestad de hierro”.

El escritor confiesa que se lanzó escalera abajo, cayendo varias veces porque las piernas no le respondían. Va al centro del patio en medio de la barahúnda. “Permanezco luego, cara al espacio y nunca mirada de amor fue más ardiente que la nuestra al infinito, a ese cobalto abullonado de nubecillas, a ese disco que marca el cerco de la azotea y sobre el cual un eucaliptus inclina la copa con sus hojas de superficie metálica, cuya parte interior parece oxidada”. Faltan cinco días para la libertad. Vienen los barberos, hacen algún ejercicio como si estuvieran aprendiendo a caminar, van repartiendo todo lo poco que tienen a los que se quedan. Entre estos está el general Román Delgado Chabaud, el capitán Luis Rafael Pimentel, los sacerdotes Mendoza y Monteverde que morirán en prisión, y muchos, muchos más. Pero les quitarán los grillos y los atormentarán menos.

El 31 de diciembre de 1921 se abrieron las puertas de La Rotunda para José Rafael Pocaterra: “Tres años, tres crueles años sin ver ni el cielo, ni el sol, ni el árbol. Es un gozo profundo, un gozo salvaje, inesperado, insospechado que nos hace reír, gritar, hablarnos todos a un tiempo sin oírnos ni entendernos”.

El 1° de enero, el presidente provisional Victorino Márquez Bustillos presentó un mensaje a la nación, en nombre del Presidente Constitucional Electo y Comandante en Jefe del Ejército, general Juan Vicente Gómez. Acatando las indicaciones del Jefe Supremo de la Causa, dijo Márquez Bustillos, se ha dado libertad a los presos políticos. “Toca a estos no hacer negativo el espontáneo acto de clemencia, latente siempre en el pensamiento del Guerrero que supo ser generoso entre el recinto todavía humeante de Ciudad Bolívar...” La libertad de los presos fue como una acción de gracias del general Gómez por no haber muerto de su grave enfermedad: “El malhadado suceso, dijo el doctor Márquez, atrajo hacia el lecho del Ilustre doliente todas las miradas, hirió de atonía las actividades de las fuerzas vivas de la nación e hizo palpable, con una evidencia que sería insensatez ponerla en duda”,

como no hay posibilidades de dudar, añadió el personaje, “que sin la dirección del Héroe de 1908 sería imposible cumplir las cláusulas y los postulados de aquel programa”.

De modo que aquella libertad no era sino “un acto de clemencia”, y como tal podría ser revocado, si alguno lo hiciera “negativo”. La libertad no era tal. Era como un permiso para salir a tomar sol.

Ya en la calle, caminando como quien no domina enteramente sus pies, con la torpeza de quien está aprendiendo, y que trata de hacer lo menos visible. Lo primero que hace es alejarse de la ciudad, se va a Los Teques en busca de aire puro, de silencio, de recuperación del alma y del cuerpo. Lee *El parque de los bárbaros* de Emerson. Cumple, como dijo, una dieta de Oporto, huevos, amor y ejercicio.

Un mes después regresa a Caracas. El escritor se lanza a una pequeña aventura editorial, un menester que ha trajinado y conoce: funda *La Lectura Semanal*, “con poco capital y un crédito en la Imprenta Bolívar”. El proyecto tiene gran éxito. Vende de 5 a 6 mil copias (a 50 céntimos) cada semana. A sus oficinas de Altos del Teatro Capitol concurren los escritores jóvenes. La revista es como una ventana al mundo. Teresa de la Parra le entrega unos capítulos de *La señorita que escribía porque se fastidiaba*, que luego se llamará *Ifigenia*. *La Lectura Semanal* publica textos Urbaneya Achelpohl, Rómulo Gallegos, Arvelo Larriva, Miguel Rocha, Benavides Ponce, Carlos Villanueva, Job Pim, Ángel Miguel Queremel, Wilde, D’Annunzio, Conan Doyle y Queiroz.

Pocaterra edita el primer volumen de *Cuentos grotescos* y en compañía de Alfredo Arvelo Larriva expandió el proyecto editorial con una revista de cine y espectáculos, *Capitol*, la revista de un pintor español de nombre Gisbert, y una oficina de traducciones. La pequeña editorial navegaba a velas desplegadas, pero las sospechas, las envidias quizás, van alimentando el rumor de que “está recién salido”, “está mal mirado”, “huele a Rotunda”. En una palabra, José Rafael Pocaterra es un “mal hijo de la Patria”. Mirándolo mal, cambiando de acera cuando lo ven, ganan indulgencias los pobres de espíritu.

El escritor relata que en abril, Vicente Dávila, historiador, se le acerca y en tono confidencial le dice que anda por ahí el rumor de que por los Altos del Capitol desfilan muchos “rotunderos”. Pocaterra va a ver al prefecto Pedro García y le pregunta si “está vigilado”, si “hay

una denuncia contra él". El prefecto lo tranquiliza: "—Nada. Váyase tranquilo".

Entre tanto, Caracas está de fiesta. 1922, la Constitución dinástica, Juan Vicente Gómez, presidente; vicepresidentes don Juan Crisóstomo Gómez y el general José Vicente Gómez, hermano e hijo. El 24 de junio, en el Palacio Federal, son investidos por siete años. ¡Todo para los Gómez!

No obstante, la policía no da tregua. Atilano Carnevali, amigo, da el campanazo de alarma. Pone en la mesa de Pocaterra un ejemplar de *La vergüenza de América*, impreso en México. "¿De quién será esto?", pregunta Carnevali. Otro amigo llega y le dice que "a él le achacan la paternidad del folleto". Que amigos que estaban en La Rotunda sabían que lo estaba escribiendo y ahora, nadie sabía de que podía ser capaz alguno de ellos.

Pocaterra no pierde la serenidad. Sabe que le quedan apenas unos minutos, que unos minutos apenas lo separan de La Rotunda y de la muerte, o del exilio, la fuga, lejos.

Domingo, 3 de julio. El reloj de Pocaterra está a punto de estallar, y sin que le tiemble el pulso describe la operación fuga. A las once de la mañana, junto con un amigo, cuyo nombre se reservó, y una joven de la vida alegre, toman un automóvil, cruzan por la plaza Bermúdez, toman la subida de Carmelitas, y pasan inevitablemente detrás de Miraflores, hacia la carretera de La Guaira. En Catia, el primer interrogatorio. ¿Para dónde? Ida y vuelta a La Guaira, responden. Van al Casino a bailar. Les pide que escriban sus nombres. Pocaterra escribió los nombres de los tres, el suyo de modo que nadie lo entendiera, extraña caligrafía. ¡Sigan!

"Era un plenilunio; el Ávila sacudía sus guedejas de niebla sobre las estrellas", escribe. Y al dar una vuelta al cerro, la libertad, "el mar, vasto, enorme, alargado hasta un horizonte infinito, ofrecía en calma majestuosa, abiertos entre el destino y la incertidumbre, todos los caminos del mundo".

Pocaterra cuenta que la muchacha no sabía nada, pero de todos modos percibió nerviosidad, algo anormal, y le preguntó a su compañero: —¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?

Llegaron a La Guaira. Caminaron, fueron al Casino, el amigo y la joven bailaron, luego siguieron hacia Macuto. A lo largo de la alameda, llegando ya a “La Alemania”, ella insistió aún:

—¿Él... se va?

Y sus ojos, grandes y negros, brillaron sobre nuestro estupor. Entonces, resuelto, le dije:

—Sí...

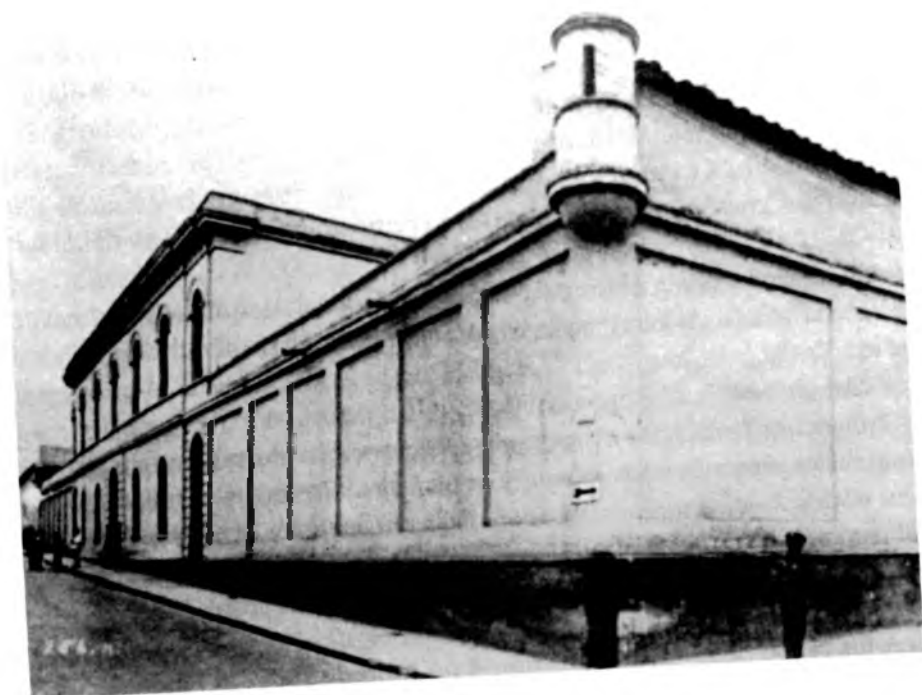
¿Qué emoción extraña sobrecogióla? ¿Qué misterio profundo, desde su tristeza moral, la elevaba hasta la absoluta comprensión de la mía? Mi amigo evadió el rostro y balbuceó al oído de ella:

—¡Dale un beso!

Pero ya su cabeza estaba en mi hombro. Radiaron sobre los míos sus grandes ojos empañados por una emoción extraña, y en sus labios mercenarios, en sus labios tibios que olían a menta y sabían a sal de lágrimas y a amargura de amor recogí el beso último que la Patria me enviaba... Llevo ese beso último de Venezuela en lo más profundo de mi alma.

A las cinco de la tarde del lunes 4 de julio de 1922, el barco se puso en franquía y José Rafael Pocaterra sintió el temblor de la libertad, que para él era también la vida. “Y con la soledad absoluta, acodado en la borda, vi cómo la cumbre del cerro fundíase entre la noche y el mar”. La noche borró su última visión de las costas venezolanas, la muerte quedaba atrás.

Hasta agosto de 1936, cuando regrese, viaje a Maracay, visite el mausoleo del dictador y escriba el epitafio de Juan Vicente Gómez, como el fin de un duelo personal.



La Rotunda

Cuentos grotescos y otros que **no lo son**

A Pocaterra se le dio fama de gran cuentista, y si duda era fama plenamente fundada, mientras a sus novelas se le hacían reparos de “excesivo realismo” o de “lenguaje impuro” por parte de críticos que confundían el ejercicio de las letras con la ornitología, o simplemente se silenciaron porque al poco tiempo de publicada la tercera en 1918, *Tierra del sol amada*, el novelista entró en La Rotunda y su nombre ingresó paralelamente al índice de los “enemigos de la Patria”. Mencionarlo habría sido sospechoso, y no era usual tomar semejantes riesgos.

Arrancado de la vida en plena creatividad, en el desarrollo de facultades que tomaban forma en novelas, artículos o cuentos, alrededor de diciembre de 1919, su primer año en La Rotunda, Pocaterra escribió que hacía del cuento

una especialidad por hallar en él un molde sincero, neto, preciso -faceta de un género tan difícil y que cuando nos aproximamos a llevarlo a término deja un placer intelectual tan completo, porque no adolece ni de la presentación siempre convencional del teatro, ni de esa morosa dosificación de valores artísticos de la novela, que es al cuento lo que el fresco mural a la “cabeza de estudio”- he aquí que empiezo a experimentar, apagando el rumor de la cólera y el quejido de la carne sufriente, una especie de florecimiento interior; y de ese vasto caos de la naturaleza increada, comienzan a asomar

rostros familiares, escenas que buscan un cuadro adecuado, ambientes que engloban una acción, un como loco agitarse de zoospermos en la leche fecunda que trasciende a fosfato y a fuerza... Hasta reía a solas, con expresiones, con respuestas a diálogos de un hilván extraordinario que restallaban en mi mente... La ternura, el egoísmo, el amor, los odios, un mundo, un universo de larvas, desentumeciéndose en las tinieblas.

El escritor confía que de un tirón, en tres días, surgió “Pascua de resurrección”. Y con recuerdos de la niñez, trazó el boceto de “Sacrilegio”, y luego “Las frutas muy altas”, “y con una remembranza lejana puse a vivir otra vez ‘La casa de la bruja’, cuadro complementario de las supersticiones populares”. Añade que los “escribía con mísero lápiz en meneguados trozos de papel, y de celda en celda iban siendo la lectura del día”.

La primera serie de *Cuentos grotescos* apareció en 1922, en el brevísimo período de libertad del escritor, desde su salida de prisión hasta su fuga al exterior pocos meses después. Cuando Pocaterra escribió el prólogo a la edición de 1955, dijo que la primera databa de más de treinta años, y en breve había quedado agotada. Desde entonces, confesó, “otros cuentos, no todos ‘grotescos’, *novelines* y si se quiere novelas, (algo de esto publicado en otros idiomas en el exterior y retraducidos a mi propia lengua), vinieron a engrosar la serie”. En los nuevos cuentos, ya no eran los paisajes del Guárico, del Occidente lacustre ni de la Caracas refistolera, eran otros climas, otras gentes, en una palabra, de las soledades guariqueñas a la multitud de Nueva York.

Pocaterra hace un retrato ridículo de la sociedad venezolana y de la Caracas del tiempo de sus primeros cuentos, de Maracaibo antes de la era del petróleo, del Oriente. Luego de pintar el país con tintes oscuros, guerras civiles, guerrillas inútiles, políticos sin política, generales ociosos, falsos intelectuales, Pocaterra expresó que en sus cuentos y novelas había querido dar la noción de la Venezuela real. La que él había visto en luengos años en el corazón de las llanuras, bajo el castigo de las plagas, de las guerrillas salteadoras que acometían, surgidas del Centro o del Oeste, las últimas reses, los últimos caballos, las últimas gallinas, en hatos, potreros y ranchos. “Esos trozos de ambiente son ‘el ambiente’ de mi literatura. Ni rectifico, ni sacrifico: narro”. Pero, más allá de los postulados de su escritura, de lo que ha visto y

cuenta, el escritor quiere ajustar cuentas con críticos literarios y una visión falsa de paisaje exóticos.

Yo he sido testigo de etapas sucesivas de este desenfreno que, a la postre, conduce al mismo sitio de donde surgió: la cacografía recurrente. Hablan de "nobleza de estilo" mulattos luangos que ni saben pronunciar su lengua, y de "técnica" novelística y cuentística quienes no logran pergeñar algo que perdure más allá del tobo de los papeles del día antes.

Retratarse en camello de alquiler contra una pirámide, trepando la gradería del Templo del Sol en sandalia de Miami, o asomado a una terraza de un café de París, o saliendo del capitolio de Washington o metiéndose en el Empire..., cuando no es la otra forma de "cultura" para la que Venecia hiede a agua posma, Roma es muy calorosa y sólo la Côte d'Azur deja su recuerdo porque vieron pasar al Rey Farouk en bi-ki-ni ¡y las ostras son divinas!

Esto no es Venezuela, alega. "Esto es el mestizaje hispanoamericano, frutas del trópico enlatadas por Campbell". Frente a la tesis del "arte propio" responde que el arte no es propiedad de ningún país. Ni porque se trabaje la plata se es un Cellini. Pocaterra ironiza a ciertos críticos, refiriéndose a grandes escritores del siglo XX. Constituye un texto que conviene transcribir *in extenso* porque esboza su teoría del cuento:

Claro está que cuando uno de los Mann —y no sé si Tomás es mejor que Enrique— o un Somerset Maugham, un Green, un Sartre o un Camus, ya tenemos el chaparrón de "nuevas sensibilidades en un delirante enanismo"... Y cada artículo crítico es un catálogo de librería y los papanatas se quedan boquiabiertos ante esas erudiciones que saltan de la interpretación de Rimbaud a los principios de la economía animal o a la palingenesis de la lírica en el Renacimiento italiano... Esto tampoco es nuevo, porque es eterno. Hojeando una vieja colección de la "Revista Ilustrada" que editaba en Nueva York entre los 90 y 95, un "crítico" de la época, contemporáneo del autor de Bel-Ami escribe ingenuamente: "En los cuentos y novelas cortas se distinguió mucho Guy de Maupassant; pero tiene competidores que lo igualan y algunos que lo sobrepasan en Francia. Le falta en estos cuentos el arte de cristalizar en una frase todo un concepto filosófico, esa perfección suprema de los cuentos de Voltaire.

Lo mismo hubiera significado dicho al revés ahora:

El cuentista, es decir, el escritor que logra encerrar en pocas páginas lo vital, lo artístico y lo que necesite dos o trescientas para comunicar al lector en dos o tres días lo que

el logre en pocos minutos, es la simiente del novelador copioso, cuyo mérito es extenderse, explicar, explicarse, y cuando lo logra es porque la simiente prendió. De lo contrario, la generalidad de "fabricante" de intriga novelesca con sus tres clásicas dimensiones y la cuarta en veremos, no pasan de ser festones más o menos vistosos de un arco de cartón que al marchitarse toman la más triste forma de la basura: la marchitez vegetal y el papel sucio.

Esos maestros como Faulkner, Steinbeck o el italiano Pirandello algo antes, o Aldous Huxley, cuyo cordón umbilical –iparece mentira!– venía desde "Un drama nuevo", de Tamayo y Baus que hace tiempo se consideró "un culebrón", no reventaron a la celebridad porque estuvieran preocupados en devolver lo que las olas sucesivas del arte –de su arte– les vino acumulando desde Belgic hasta Barbey D'Aurevilli, o desde Dickens hasta Oscar Wilde. No: como cada uno de ellos tenía su mensaje (y escribo este horror de expresión para que lo entiendan los pueherólogos de las letras) ellos escribieron así porque así lo pensaron de la imagen material a la sensible, porque algunos lo vieron o lo vieron vivir de cerca... Porque lo sufrió su hiperestesia finísima del ambiente, de la sociedad, del mundo, en fin, en que se agitaron o vivieron u observaron. Y cuando un Proust enfermizo se encerraba entre malhadados emplastos y recogía las huellas de sus "tiempos perdidos" entre los vahos de creosota, al dorso de cuanto papel le caía a la mano, ya regresaba con las gavetillas cerebrales cargadas de datos, de aspectos, de asombrosas inducciones, de deducciones calofrantes en el proceso de una vida literaria de "salonard" que no aspiró a ser un "salonard" de la vida literaria. Las divinas comedias surgen de las pequeñas tragedias: el ámbito no importa. Las luchas civiles de un poblacho florentino, las corrientes corrosivas de una sociedad "faisandée" que se podría antes del 14 para volverse "maquis" el 39... Esto no es. Lo que importa es el genio que las interpreta.

¿Escuela... estilo... tendencias? Hace ya tiempo, desde el "preciosismo" que se impuso la tarea de desprestigiar la difícil facilidad a punta de retorcimientos y palabras escogidas y de imágenes tomadas a la música, a las artes plásticas y aun a la repostería, hasta la penúltima moda sub-realista que trajo como pleamar de entusiasmo juvenil piedras, conchas y mariscos con y sin s; todo eso que en la playa vomita la inexhausta energía del mar literario con su resaca de "generación" de tal a cual año, ha venido intentando, a fuer de análisis, sacar de quicio el concepto de claridad, de simplicidad, de escueta belleza, eso que a través de los siglos fué la elegancia esbelta de proporción, de altura, de equilibrio en la arquitectura de las grecias frente a las babilonias de jardines colgantes.

Pocaterra entendía mejor que nadie lo que es un buen cuento o un gran cuento. Cuando el escritor "logra encerrar en pocas páginas lo

vital, lo artístico y lo que necesite dos o trescientas para comunicar al lector en dos o tres días lo que él logre en pocos minutos". Así están escritos los *Cuentos grotescos*. En 1922 eran 31, 44 en su edición 1955 y que, según el escritor, recogían su producción. No obstante, otros de excelente calidad no figuran en el volumen, tal vez aquellos que llamó novelines o novelas cortas, y que aparecen en *Obras Selectas*.

Veinte días antes de que el joven escritor viajara al destierro, el crítico Julio Planchart le dio a conocer en carta del 8 de junio de 1922 lo que pensaba de aquellos *Cuentos grotescos* de la primera serie. Allí le escribe: "Decirte: son muy buenos; están muy bien, como se dice ahora, no me basta. Todos no están muy bien. Para algunos es poco tal expresión". Luego don Julio le comenta la cuestión del título porque, con razón pensaba que son pocos los "grotescos". Para zanjar esta inconsistencia, le expresa que la palabra grotesco "manifiesta bien tu carácter, tu personalidad, y como un nombre no hace al hombre, tampoco el título hace al libro".

También le observa que es una tendencia de "nuestra generación" que expresa lo sencillo, lo enérgico. Al propio tiempo le dice que no le habría escrito si ese título, por el contrario, hubiera sido uno de los melifluos de Díaz Rodríguez, como *Peregrina o el pozo encantado*; o con el modoso *Bucares en flor*, de Fernández García: te hubiese quitado el saludo si lo hubieses llamado con título parecido a *Mientras el ocaso lento y dorado*, o a *Reflejos de los romanos azules*. Había identidad en Planchart y Pocaterra: hombres de otro tiempo.

Entonces el crítico formula sus alegatos sobre los cuentos que no tienen nada de "grotescos", y por el contrario, expresan ternura, sensibilidad, y así le pregunta: "¿*La I Latina*; *Panchito Mandifuá*; *El Chubasco*? Grotescos: ¿extravagantes, de mal gusto?: no".

En efecto, *La I latina* es el cuento de una maestra tan flaca que parecía una i latina, pero es un cuento de encanto y sutileza. La historia de Panchito Mandefuá, el que cenó con el Niño Jesús, lo mismo. *El Chubasco* es la exaltación de la condición humana que a veces por las furias del mar uno piensa en *El viejo y el mar*.

No mencionó Planchart los que podrían ser "grotescos" o tenerse por tales, como "El retrato". Cuelga el retrato de un héroe de la Independencia, el prócer José Bautista Pérez, que resulta ser la única he-

rencia de la nieta que la vida destinó al oficio más antiguo. “Su última protección fue misia Francisquita, la anciana que vio colear toros a Páez cuando perdió el brillante de la sortija en el coso de La Candelaria”. Cuando un cliente de elásticas y mangas de camisa se echa en el lecho le pregunta a la heredera: “Oye, chica, ¿quién es el militar patilludo ese, eh?”, ella contestaba: “¿Ese? Mi abuelo, el de la Independencia... Nosotros somos de muy buena familia ¿tú comprendes?”.

“La llave” va por ese estilo sarcástico y disolvente: la llave de la sospecha. Como “Una mujer de mucho mérito”, en tanto “Soledad” es trágico-cómico, cuando el enamorado delirante va en busca de su novia en la más espesa oscuridad, quien lo espera es la tía, y no le queda más remedio. Junto a estos, “Patria, la mestiza” es una terrible moraleja sobre aquellos jóvenes que, fascinados por los desfiles, los uniformes brillantes y los tambores de guerra, lo abandonaban todo por irse en pos de la gloria, cuento escrito en 1918, poco antes de ingresar a La Rotunda.

De los escritos en el destierro, destacan dos de modo especial. “Los pequeños monstruos”, como los llamó: “Él” y “Élla”. Él es un personaje kafkiano que se aterra porque un perro lo persigue y piensa que todos los perros que encuentra o ve desde la ventana son “el perro” que viene por él.

“Élla” es el cuento de una mujer fatal de Nueva York. Una prostituta de muy alto copete, que se movía en las más refinadas esferas, grandes bailes en Washington, entre secretarios de Estado y embajadores, pero pertenecía a una banda de asesinos de Harlem. Es el otro Pocaterra, cuentista de la gran metrópoli.

Y cual sorpresa la de ahora al leer los detalles del horrendo grupo de crímenes cometidos en el corazón de Harlem –es decir, en el cuartel más poblado de Nueva York, donde se contienen de dos a tres millones de almas–. Las víctimas eran atraídas al barrio aquél tras una cena, una audición cualquiera y la jira en el automóvil rojo a través de la ciudad...

El que relata la historia y lee los periódicos con horror, obviamente, había estado en esas cenas, corrido las farras nocturnas con la mujer de ojos grises, paseado en el automóvil rojo, Broadway abajo... “Y en

las pausas de uno a otro beso, balbuceaba la canción aprendida y cuya pronunciación española iba corrigiendo mejor cada día, hasta comenzar con una limpidez criolla y perfecta:

*...Se paseaba una mañana
por las calles de La Habana
la mulata Trinidad...*

“Gloria al bravo pueblo” merece capítulo aparte. Aparece fechado en Caracas, 1946, pero ya estaba escrito cuando Pocaterra conversó con Liscano en Montreal en marzo, y lo mencionó entre sus novelas inéditas. Es la historia trágica de los reclutamientos del siglo XIX, tiempos de Rojas Paúl y Andueza. Pasan las comisiones recogiendo jóvenes para alimentar las guerras. Destrozan los hogares, quedan las madres solitarias, arruinan las pequeñas economías familiares, y como contrapartida, la vida sórdida y miserable de los cuarteles, el hambre, el vejamen.

Un cierto general Brizuela pasó de humilde peón a terrateniente. Para despojar a Pedro Nadie de su pañuelo de tierra, propició que lo reclutaran y condujeran a la capital. Pedro, desesperado por ver a su hermano y a su novia, se juega la vida arriesgando los castigos aplicados a los desertores. Fugitivo, en el camino tropieza con una comisión que comanda el coronel que lo enroló, se refugia en una bodega, y allí lo tiene cerca, y de un corte certero consume la venganza.

En *Obras selectas* fueron recogidos otros textos de ficción, además de “Gloria al bravo pueblo”, como “Don Lope de Aizgorri, el tirano”, y “El sueño de una noche de Año Nuevo”, escrito en La Rotunda el 1º de enero de 1920. La celda del prisionero se va llenando de extraños personajes que forman un coro a su alrededor. Son los protagonistas de sus novelas y de sus cuentos que se revelan y lo increpan como seres víctimas de su imaginación viciosa. Cuando amanece, el escritor que ha pasado en vela la noche de Año Nuevo, puso el punto final a “El sueño de una noche de Año Nuevo”. La fuga más perfecta de la miseria que lo rodeaba.



El escritor en Montreal

Exilio / *Cartas hiperbóreas*

Pocaterra logró la proeza de escapar de la red gomecista que estaba en vísperas de regresarlo a La Rotunda para nunca más ver el sol. El pequeño barco que tomó en La Guaira con tanta premura y buena fortuna apenas lo conduciría a Curazao. Se quedó viendo la luna, mientras Venezuela desaparecía en la oscuridad del mar. Libre y solo, con el desasosiego de los prófugos, no logra dormir, ni vale la pena dormir porque es preciso celebrar el estar vivo.

En uno de los capítulos de más agudas reflexiones políticas de las *Memorias*, relata su arribo a la isla antillana. Es el capítulo donde aborda lo que no quiere llamar “oposición” a la dictadura. De la historia de Castro y Gómez pasa a la de sus enemigos con una visión crítica de enorme significación para comprender por qué las dictaduras se eternizan.

El 5 de julio amanece en Curazao, mira los barquichuelos de los venezolanos que vienen a vender plátanos, pescado, frutas. Encuentra a los exiliados Félix Montes, el candidato de 1913, Francisco de Paula Meaño Rojas, Ramón Ayala hijo, y otros. Pocaterra se desconcierta al oír los informes de los “oponentes” que no de la oposición. En el fondo, observa, “parecía ser más una cuestión de personalidades que una noción de conjunto”. Ante la sorpresa que le causa aquella anarquía inútil, uno le aconseja que “no lo cuente en Nueva York”. Pinta una postal de la pequeña Willemstad:

Curacao es una antilla sui géneris. Semeja a la metrópoli. Menos la bruma y más los negros, he ahí los canales de aguas dormidas; las casas, un panorama de loza o de madera barnizada. Pequeños comerciantes. El establecimiento más considerable, un banco de judíos. A no ser por la colonia de venezolanos, sentiríase en una forma categórica la hostilidad taimada, la noción de aprovechamiento y ese aire de suficiencia insular en el centro del universo que tienen todos los coloniales.

Mientras arriba el barco que lo llevará a Nueva York, los días de Willemstad son monótonos, de una tristeza sorda y de un sol que ciega. Por alguna circunstancia rechaza a sus interlocutores. No obstante, la obligada escala en la isla antillana no fue en vano, a pesar de su estado de espíritu. Encontró los papeles que le descifrarón la clave de su fuga: "Allí obtuve el ejemplar del Boletín de la Universidad de México en donde estaba reproducido el folleto que escribí en La Rotunda, y la respuesta fulminante del rector José Vasconcelos a los ataques de la prensa oficiosa de Gómez". Era otro ejemplar de *La vergüenza de América* que Atilano Carnevali le había puesto sobre su escritorio en la redacción de *La lectura semanal*.

En sus primeras horas de destierro, Pocaterra piensa que es menester un esfuerzo de cordura y circunspección para que cuando se acerque el final del déspota no se reedite un cierto "pirandelismo criollo", o sea "seis personajes en busca de un autor". "Media docena de venezolanos en busca de una revolución", El exiliado sostiene que una revolución puede y debe hacerse en Venezuela, porque Gómez no ha dejado otra alternativa, movido por su insensata codicia y ambición, y bien armado proclama: "O me tumban o me aguantan". Una revolución

entendiendo que una revolución surge de un estado de opinión dado, que aporte ideas posibles y prácticas de renovación; hombres útiles, viejos, nuevos y novísimos; y sobre todo y ante toda otra consideración sectaria, que ajuste en el nuevo molde, sin destrozar e inutilizar, cuanto de aprovechable pueda lograrse poner a salvo en un largo naufragio moral que ha arrastrado en sus torbellinos, dentro y fuera de la patria, una extensa serie de hombres y de propósitos.

En tales divagaciones andaba el desterrado cuando, al fin, puede tomar el barco que lo conducirá a Nueva York. Entre quienes toman la

nave está una mujer de cabellera negra que le cubre los hombros. Si ella tiene un aire de misterio quizás sea porque viaja sola. Extrañas vueltas del destino que da y quita. Su nombre es Mercedes Conde Flores. Dos soledades se juntan, se cuentan sus vidas, y cuando llegan a Nueva York ya no son los náufragos desamparados de la gran metrópoli, son dos amigos que se dan la mano y cruzan sus destinos.

Antes de llegar a Manhattan, el barco hizo una escala: "Puerto Rico surgió con el alba". En la isla encuentra otros exiliados que van a verlo, Francisco de Paula Reyes, Lope Bello, y el caricaturista Raf, hermano de Leoncio Martínez. A Pocaterria la isla le parece bella e imagina que allí la vida debía ser amable. Quizás no por coincidencia el taxista venezolano los pasea por Santurce. De pronto, frente a una modesta quinta, dice: "Vea... ¡allí está Cipriano Castro! Fue la silueta borrosa de un viejecito muy flaco, cetrino entre ropas muy holgadas, con la testa calva inclinada hacia unos arbustos cercanos, como si hubiese pasado todas la vida en eso".

Así vio lo que apenas era un fantasma del antiguo enemigo que lo condenó a los castillos. Ahora, de algún modo, él seguía los pasos del desterrado. El enemigo era el mismo. Regresan al barco. El ánimo de Pocaterria ha cambiado, Puerto Rico ha hecho el milagro: está enamorado y escribe el poema "Diario de abordó".

*Yo conocí una muchacha
abordo de un gran vapor,
un gran barco, todo blanco
nave de sueño y de amor.
la muchacha no quería
y se puso a suspirar.
¡Y lo que pasó aquel día
sólo lo repite el mar!
Esa noche fue de luna,
noche fue plenilunar,
la fragancia de una rosa
deshojada sin pensar...
¡Bahía de Puerto Rico,
nunca te podré olvidar!*

No es lo mismo entrar a Manhattan solitario que agarrado de la mano de una mujer. José Rafael Pocaterra y Mercedes Conde Flores se casan semanas después de llegar a la metrópoli. “Vi por primera vez a Nueva York envuelta en una bruma marina, recogiendo en manchas altas de sol el dibujo cuadrangular de sus construcciones por cuya base corre la línea ocre de los muelles, y la línea más ancha, verde, sucia, de una ría”. Después que sufrieron “la serie de humillaciones y de ultrajes reglamentarios” de la gran hermana del Norte, les permiten desembarcar. Piensa que conocer Nueva York es cuestión de semanas, pero comprenderla es cuestión de tiempo. Ver un edificio de cuarenta pisos como el de Woolworth o perderse en los laberintos del *subway*, tenía que ser una experiencia deslumbrante en los años 20 para quien iba del Guárico, Maracaibo o Caracas.

Pocaterra no puede evadir la cuestión venezolana. Glosa, crítica o condena las tesis opositoristas. Encuentra a algunos exilados. Pero va al centro neurálgico de lo venezolano en Nueva York: “Una clara mañana de agosto, mientras los torrentes de la 5ª Avenida colidían con los de la calle 42, llegaba a la puerta del despacho de Jacinto López, redactor entonces de *La Reforma Social*, cuyo director era Orestes Ferrara”.

Pocaterra y Jacinto López conversan largo. No hay temas tabú en sus diálogos. Se habían visto fugazmente en 1909 en Caracas, López regresaba de su primer exilio y Pocaterra salía de sus castillos. El memorialista explora la realidad de la oposición venezolana y sus diversas organizaciones. Su conclusión: es igual a cero. Para un análisis de la oposición a Gómez en el exterior, los puntos de vista y los datos de Pocaterra son esenciales. La breve estadía en Nueva York no pasó inadvertida. Un artículo suyo publicado en *La Reforma Social* fue de tal severidad contra Gómez que ocasionó la protesta ante el Departamento de Estado del Ministro de Venezuela en Washington.

Permanece en Nueva York de julio de 1922 a abril de 1923, escribe para los periódicos, logra, finalmente el contrato con la Compañía de Seguros a la cual se vinculará por muchos años. Ese abril, Mercedes y José Rafael ingresan a la tierra canadiense que los acogerá con amplitud.

Al cruzar la frontera en la noche de una primavera precoz, por el ventanillo del pullman, en esta estepa canadiense, aquí y allá una luz. Tarde en la mañana, la ciudad

latina del norte, Montreal West, Westmount, sus jardines abonados ya para el despunte de los primeros tulipanes... La estación de Windsor, bajo sus cristales empañados penetra el expreso lentamente... Y un caballo ¡un raro caballo normando! que pasa cerca, por el macadam de la avenida tirando un carrito de pan, marcando en la humedad del pavimento su "dos y dos" característico, me trae la visión de aquella calle empinada de Balconcito en los amaneceres caraqueños, la garúa y el olor a gas de los lampadarios viejos.

Pocaterra viajó a Montreal contratado por la Sun Life Insurance and Co., como director del departamento hispano. Desde los primeros momentos fue asegurando su estabilidad económica; su dinamismo y su persistencia en el trabajo le garantizaron el éxito. En 1923 nació su primer hijo, José Rafael, y en 1924, el segundo, Héctor. La esposa Mercedes, el amor de Puerto Rico, murió en 1925 y la madre en 1929. ¿A qué se dedica entonces Pocaterra, en su retiro de Montreal? Veamos su propia explicación:

Apartado voluntariamente hasta mediados de 1926 de toda participación directa y activa en las intenciones, proyectos o componendas que encontré y vi desarrollarse y morir desde mi llegada al destierro en 1922, separado geográficamente y políticamente de las diversas corrientes que se estancaban aquí y allá formando ciénagas impuras, pude abarcar, condensándolo luego, el material efectivo de la ajena labor sin predilecciones ni antipatías. El curso de los acontecimientos en virtud de la propia obra que llevaba a cabo me arrastró luego a tomar parte no escasa en la tarea de unificar propósitos, de borrar asperezas, cediendo a las veces más de lo razonable en gracia del objeto, para ver de sacar a flote una noción de conjunto cualquiera que permitiese la acción inmediata, sin comprometer jamás el programa ideológico. A juzgar por la ruda experiencia, esta vez sobre mí, como ayer lo había sido para otros, debería aplicar a mis compatriotas, a lo largo de treinta años de la dictadura Castro-Gómez, el conocidísimo juicio: "No han aprendido nada; no han olvidado nada."

En otras palabras, Pocaterra se entregó a la revisión y redacción final de *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Algo tan arduo y complejo que no habría podido acometer si permanece en el vértigo de Nueva York y, muchos menos, en medio de la barahúnda de conspiradores desocupados y de espías contumaces.

Entonces la felicidad del escritor con Mercedes es breve. Desde Santurce, recibió una carta de doña Zoila, viuda de Castro, le dice a Mercedes que hace tiempo no tiene sus noticias: “Hoy me enteré de que estabas enferma y deseo saber cómo te encuentras. Me dijeron que tu mamá había pasado por aquí con motivo de tu enfermedad”. (Doña Zoila era hermana natural de la madre de Pocaterra. Su marido, don Cipriano, había muerto en diciembre anterior).

Estos son paralelamente los años de las *Cartas hiperbóreas* que Pocaterra escribe para varios diarios de América Latina, pero de modo especial para *El Herald de Cuba*. Si las novelas y los cuentos de Pocaterra son particularmente relevantes en las letras venezolanas, sus *Cartas hiperbóreas* no lo son menos. Admitiendo que se trata de la “prosa de prisa” del periodismo, la maestría del lenguaje, la agudeza y la imaginación, la profunda cultura humanística y política del escritor, confieren alto valor a las *Cartas*. Frecuentemente encontramos en estas páginas verdaderos ensayos de validez perdurable.

En 1975, el Congreso de la República editó una selección de *Cartas hiperbóreas*, llevada a cabo por el historiador Manuel Caballero. Al conjunto lo precede el ensayo “Pocaterra, septentrional e iracundo”. Ahí leemos: “Cuando Pocaterra arrima su mesa a la ventana y comienza a escribir sus *Cartas...* para *El Herald de Cuba*, los Estados Unidos ingresan en la etapa de más loca confianza en toda su historia”, *the roaring twenties*. Pocaterra vuelve a ser el escritor-testigo, esta vez de la escena del mundo. Es el escritor infatigable que lee, confronta diarios europeos y norteamericanos, está atento a cuanto sucede en los grandes países y en América Latina, pero tiene siempre puestos sus ojos en Venezuela. Caballero hace un repaso y una crítica inteligente de las *Cartas*, al ubicarlas en el tiempo en que fueron escritas, cuestión indispensable para su validación. Ya hacia el final, Manuel concluye:

Algunas líneas más para explicar lo inexplicable. En alguna parte hemos escrito que toda selección es un reto y toda antología una mutilación. De más de cuatrocientos artículos de José Rafael Pocaterra, presentamos escasamente más de un centenar. No sabemos si serán los mejores: son los que sentimos más cercanos.

Pocaterra comenzó a escribir las *Cartas* en 1922, poco después de llegar a Nueva York. En diciembre de 1923, ya en Montreal, escribió sobre su quehacer de periodista:

Situado a distancia entre el cielo y el mar, como la piedra que viera un día erguida y sola ante la cólera del oleaje y la baba de la espuma, oyendo tan solo el grito de los grandes pájaros marinos que cruzan hacia alta mar, sin amor, sin temor, sin odio a nadie, he procurado llevar esta correspondencia para El Herald de Cuba mezclando en ella la menos cantidad posible de convencionalismo.

No creo que haya otra experiencia en el periodismo venezolano como la de *Cartas hiperbóreas*. Nada le es ajeno. Escribe intensamente sobre Japón y sobre China, mueren por el mismo tiempo dos personajes que lo intrigan, Vladimir Ilich Ulianof Lenin y Woodrow Wilson. Del primero dijo que moría en el instante en que comenzaba a ponerse a tono su política con el resto de un mundo a quien supo abrir los ojos, “cuando todas las furias raciales, nacionalistas o dominadoras caían en una triple lluvia de hierro y de fuego sobre la humanidad”. Encontró en Lenin y Wilson un cierto denominador común. Dijo que su apreciación no era paradójal, ni siquiera atrevida. “Los métodos, distintos; los medios diversos, antagónicos... Y sin embargo, el profesor de Princeton y el revolucionario de Moscú, por encima de la turbamulta de sus propias modalidades y cultura en pugna, se estrechan la mano en la sombra”.

Contra pocos descargó Pocaterra su “cólera erudita” como contra *il duce* Benito Mussolini y el fascismo italiano: Mussolini y sus factores o son un caso de persecución delirante o son la peor clase de miserables que el mundo haya conocido... No se detienen, dice, en los actos de bandidaje, de saqueo, de atropello... echándose el manto a la espalda van con las jeringas impregnadas de ricino a subrayar las leyes... “¡Qué idea más cómica se ha formado el mundo de estos locos de la camiseta negra”.

Como es obvio, Venezuela nunca está ausente en las *Cartas*. Al país regresa de tiempo en tiempo. Pienso que nadie hizo un perfil más devastador de Laureano Vallenilla Lanz. Habían sido amigos, se intercambiaban sus trabajos, pero –alégó Pocaterra– el director de *El nuevo Diario*

después que entró a La Rotunda le falsificó un escrito haciéndolo pasar como amigo de Gómez. Las *Cartas hiperbóreas*, son, en una palabra, un aporte fundamental en la obra de José Rafael Pocaterra, una ventana septentrional al mundo de los años 20, vísperas del gran *Crash* de 1929, fermento de los totalitarismos del siglo XX y de la guerra mundial.



El general Román Delgado Chalbaud

Aventura y tragedia del Falke

La Rotunda, febrero-mayo, 1919. “De repente atraviesa el patio un personaje extravagante, ¿es un disfraz? ¿es una visión? Lleva una bata de baño y los cabellos negros y rizados caenle hasta los riñones. Es tan enorme la barra de sus grillos que la arrastra sobre un tolete con rueditas hechas de carretes de hilo...”. Quien así describe a la figura fantasmal es José Rafael Pocater. El fantasma que atraviesa el patio con tan doliente aspecto es el otrora elegante y apuesto, todopoderoso y rico general Román Delgado Chalbaud.

Conspiró contra Juan Vicente Gómez en 1913, se contó entre los primeros que quisieron derrocarlo antes de que se afirmara como el gran dictador. Habían sido amigos y tenían negocios compartidos; invitado a desayunar en palacio, al despedirse Gómez le dijo una frase que lo inquietó: “Si el sapo brinca y se ensarta, la culpa no es de la estaca”. Lo mandó a detener camino de su casa. Ingresó a La Rotunda el 17 de mayo. Era presidente de la Compañía de Navegación Fluvial y Costanera, hombre de gran poder y, sin duda, de ambición. Con él fueron detenidos 157 ciudadanos acusados de complicidad. Delgado Chalbaud llegó a comandar la flota de guerra a los veinticinco años y fue figura relevante del castrismo; conspiró con Tello Mendoza y Torres Cárdenas para sustituir a Castro con el general Alcántara, descartando al vicepresidente Gómez, tal como lo refiere Ramón J. Velásquez. No obs-

tante, las barajas cambian de rostros y en 1908, Gómez se gana su adhesión y el 19 de diciembre de ese mismo año aparece al lado de Leopoldo Baptista y Félix Galavís en el grupo que acompaña a Gómez a tomar el poder. Es la historia que va y la historia que viene.

Cuando Pocaterra tropieza con el fantasma, lleva seis años en prisión, pero entiende que le faltan muchos más. No obstante, y como nunca se sabe, el 28 de diciembre de 1921 le dijo al escritor: “-Si salimos los dos, vamos a la guerra; si sale usted y yo me quedo, aguárde-me”. Y esperándolo estuvo Pocaterra hasta 1927, cuando liberado, Delgado Chalbaud viajó a París con una idea fija, la misma de 1913, pero ahora con mayor encono y fuegos de venganza. Para Pocaterra la libertad del antiguo prisionero significó un total cambio de vida. Si hasta 1926 se mantuvo al margen de conspiraciones, en 1927 le llegó el momento de cumplir la palabra.

Como si la estrella de Gómez se hubiera ocultado, en 1928 los sucesos estudiantiles alteran la siesta del general. Pocaterra escribe el prólogo de un breve libro escrito por dos de esos estudiantes: *En la huellas de la pezuña*, de Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva. En París avanza la conspiración de Delgado Chalbaud. En su ensayo, “Pocaterra, actor y testigo de una época”, Ramón J. Velásquez describe el gran laberinto de generales y civiles que están considerando llegada la hora final de Gómez.

Pocaterra juega un papel estelar desde sus inicios. Ese mismo año insurreccional de 1928, aparece en Francia un libro que causa espanto por lo que relata: *La Tyrannie au Vénézuéla. Gómez, la honte de l'Amérique. Fragments des Mémoires d'un Vénézuélien de la décadence*. Fue impreso en París por André Delpeuch Éditeur, y sus páginas se abren con una “Nota del Editor” donde se elogia a José Rafael Pocaterra, considerándolo “uno de los más interesantes escritores hispanoamericanos. Periodista hábil y sutil, panfletario terrible, admirable cuentista, se le reconoce como el primero entre los novelistas venezolanos”. La breve biografía del escritor se remonta a sus prisiones, desde 1907, los episodios de 1908, y al mencionarse el nombre de Gómez, se dice: “Éste era una especie de bruto que fungía de ayudante, a quien su amo había confiado antes de partir la Presidencia de la República y quien, tomando ventaja de su ausencia, le quitó el poder y lo declaró prófugo de la

ley". En la nota se afirma que el escritor "se vincula íntimamente al movimiento de oposición que en Venezuela se conoce como la Conspiración Delgado-Chalbaud".

Aunque esto último no parece haber sido cierto, la mención del general tiene un propósito, se descubre la verdad de la historia. A partir de allí desaparece Pocaterra y sólo se habla de Delgado Chalbaud. Es una larga referencia a sus hazañas y aventuras, poniendo énfasis en sus vínculos con Francia.

"Notemos al pasar que Delgado-Chalbaud lleva en sus venas sangre francesa: es nieto, por el lado materno, de bordelés, y ama y admira a Francia con el entusiasmo fogoso de un buen latino". Él proyectaba establecer en Venezuela, con capitales franceses, una banca de emisión y una banca hipotecaria agrícola, destinadas a fomentar las riquezas del país. Como si describiera la "tierra prometida" al capital francés pinta la majestuosidad del Amazonas, "vasta y fértil región de espesos bosques y amplísimas llanuras, cruzada de ríos y prodigiosamente rica en minerales y productos naturales". Otra, la más moderna red para aguas negras en la capital de la República; todo esto estuvo abierto a los inversionistas galos, pero Gómez es un germanófilo contumaz y enemigo de Francia, y lo obstaculizó.

La germanofilia de Gómez, que se manifestaba ya sin ambages hasta en la grotesca imitación que el presidente de Venezuela hacía del tragicómico Guillermo II en sus uniformes, discursos y telegramas, iba a revelarse durante la Gran Guerra y sería astuta y sistemáticamente explotada, en toda ocasión, por Von Prolius, Ministro de Alemania en Caracas, y por las principales empresas alemanas en el país, con la Casa Blohm a la cabeza. Esta germanofilia va a combinarse en la mente de Gómez, de la manera más eficaz, con los temores que le suscitasen las intrigas urdidas contra los propósitos patrióticos y civilizadores de Delgado-Chalbaud.

En este inverosímil retrato de Delgado Chalbaud se relata su enfrentamiento con Gómez en 1913, en términos verdaderamente heroicos. Una versión muy diferente a la del sapo y la estaca:

Román Delgado-Chalbaud sostuvo una entrevista privada con el Presidente, en el curso de la cual, al comentarle el estado de ansiedad y de inquietud de la mayoría de los

ciudadanos en relación a la sucesión presidencial, osó, con serena y valiente franqueza, preguntarle qué pensaba el Presidente al respecto, y expresarle su convicción de que la "continuidad" —es decir, la reelección— traería funestas consecuencias para el pueblo venezolano; y particularmente, que daría lugar a una guerra civil al hacer legítima la resistencia armada. Y ello, al tiempo que Cipriano Castro, el antiguo jefe, o más exactamente, el amo de Gómez, a quien éste había quitado el poder al momento de la traición, hacía notorios esfuerzos por recuperarlo.

Continúa así un capítulo de la historia venezolana (escrito para franceses), que no es posible glosar por su extensión. Pocaterra escribió a su turno una breve introducción a los fragmentos. En conclusión, la edición de *La Tyrannie au Vénézuéla. Gómez, la honte de l'Amérique*, cumplía dos objetivos: desprestigiar a Gómez y presentar a Delgado Chalbaud, el gran amigo de Francia, como el sucesor. Hay una afirmación cómica en extremo: el lenguaje de Gómez cuando discutía con Delgado era tan rústico que resultaba imposible traducirlo al francés!

Al despuntar 1929, la vasta red de la conspiración atraviesa el Atlántico, París escribe a Nueva York, Nueva York a las Antillas, a México, a Costa Rica; Montreal a Santo Domingo, a Cuba, a Colombia. Parten hombres de prisa, de incógnito, enviados por la Junta Suprema de la Liberación de Venezuela, parten desde París hacia Venezuela, el Caribe, Estados Unidos.

El testimonio de quien estuvo presente en la ceremonia de suscripción del Pacto de París, puede ser invaluable, pero mucho más, si se trata de Rufino Blanco Fombona. 5 de julio, Día Nacional de Venezuela. La Asamblea general de la revolución se celebra en una casa de la rue Miromesnil. Han llegado venezolanos de todas partes. El registro de don Rufino en su *Diario* es de un patetismo que raya en la crueldad del tiempo, no de quien escribe:

He vuelto a ver caras de hace veinte y tantos años. Son las mismas y, sin embargo, son... otras. Son como las caricaturas de personas a quienes dejé de ver hace un cuarto de siglo. He oído resucitar en mis oídos voces muertas para ellos. Ciertas voces me han hecho más impresión que ciertas caras. Y caras y voces me han retrotraído a épocas mejores para nosotros y para nuestra patria. He visto a Baptista, los cabellos blancos; a Alcántara, sordo. Alcántara ha perdido, además del oído, la voz; apenas puede hablar. A

Jugo Delgado, a quien dejé de cabellos rubios, lo encuentro ahora un anciano de ojos tristes y pelo nevado. A Carnevali Monreal, muerto en las mazmorras de Gómez, lo creo reconocer en su hijo Atilano. La Asamblea ha elegido una Junta Suprema de la Revolución que será, al pisar tierra de Venezuela, el primer gobierno revolucionario. Este gobierno convocará el país a elecciones. Se compone de diez miembros, de los cuales yo soy uno. Lo preside el Dr. José Santos Dominici, ex ministro de Venezuela en Washington, ex rector de la Universidad, médico que ejerce en París. Sirve de vicepresidente el ingeniero Alberto Smith, ex profesor de matemáticas, ex rector de la Universidad, ex ministro de Obras Públicas, persona de mucha figuración en la vida social de Venezuela. El Tesorero es Jugo Delgado, médico como Dominici, que ejerce en Nueva York. Secretario fui electo yo que ejerzo la mía en Madrid. Se ha querido nombrar un primer gobierno absolutamente civil y civilizado en contraposición al de la barbarie militarista de Juan Bisonte.

El 28 de junio, Pocatererra toma en Montreal el vapor Ausonia, desembarca en el Havre el 6 de julio y el 7 amanece en París. Poco después se entrevista con el general Román Delgado Chalbaud, quien lo nombra Secretario General de la Jefatura Suprema del Ejército y lo informa del plan de la invasión. Rufino Blanco Fombona y Pocatererra se conocen entonces en París. El primero lo retrata así: moreno, mate, como de cuarenta años, lampiño, de regular estatura, ancho de hombros, ancho de cara, ancho de frente, tiene Pocatererra la boca grande, poco graciosa, los ojos negros pequeños, el pelo también negro, liso, peinado hacia atrás, y habla con cierta abundancia elocuente... El 9 de julio almuerzan juntos, en la plaza Panteón, frente al Luxemburgo. Después van al museo del Louvre, y a las 5 de la tarde a un lugar discreto donde debe esperarlos el general Delgado Chalbaud.

Bastaba pronunciar una frase breve, anota Pocatererra, para tranquilizar todas las conciencias: "Delgado tiene todo". Sobre el general ha caído el peso financiero y se ha endeudado porque nadie más ha estado en capacidad o deseado contribuir. Delgado lo da todo, se escribe en las Memorias, porque don Antonio Aranguren no da casi nada. "Un plutócrata-castrista a quien Delgado va a pedirle una limosna, responde: "—Cuando la vanguardia de ustedes esté entrando a Miraflores y la retaguardia vaya por Antímano...". O sea, cuando nada se necesite. Éste era el mapa de la realidad que pocos quisieron leer.

Comprometiendo sus bienes en hipotecas, Delgado Chalbaud adquirió un parque de 2.000 mausers, 25 carabinas, 25 pistolas Parabellum, 25 sables, 1.000 cartucheras, 20.000 cápsulas para pistolas, y 2.000.000 de cartuchos de mausser en peines de cinco tiros. Y, desde luego, el barco de 1.200 toneladas que ya los esperaba en un puerto polaco. Los expedicionarios viajaron por distintas vías a fin de no ser reconocidos. El 15, el general y Pocaterra tomaron el expreso París-Berlín. El 16 están en Danzig, y allí permanecerán hasta el 18, cuando el Falke leva anclas. Los expedicionarios venezolanos eran 19, más el jefe. Francisco Linares Alcántara, Doroteo Flores, Guillermo Egea Mier, Luis Rafael Pimentel, Francisco Angarita Arvelo, Raúl Castro, Carlos Mendoza, Luis López Méndez, Edmundo Urdaneta Auvert, Carlos Julio Rojas, Juan Colmenaes Pacheco, Rafael Vegas, Armando Zuloaga Blanco, Carlos Delgado Chalbaud, A. Morales Carabaño, Juan Ramón Frontado, Julio McGill Sarría, José Rafael Pocaterra y Julián Grafftieaux.

Delgado los recibe abordo con una arenga. El Báltico, el mar del Norte, el Canal de la Mancha, el viejo continente queda atrás; el Atlántico, el Caribe. Según el plan de Delgado Chalbaud, Gómez sería atacado por varios frentes de manera simultánea. Los generales Régulo Olivares y Juan Pablo Peñalosa por la frontera occidental; desde Santo Domingo, el coronel Simón Betancourt enviaría alrededor de 100 hombres a la isla La Blanquilla para abordar el Falke; desde tierra, y a la hora del desembarque, Pedro Elías Aristeguieta atacaría Cumaná por tierra. Para el general Juan Vicente Gómez la invasión no era un secreto: sus espías seguían cada paso, cada palabra de Delgado Chalbaud. Lo esperaba de un momento a otro. Pocaterra registró la penúltima visión que tuvo del general:

La una y cuarenticinco minutos de la noche del once de agosto de mil novecientos veintinueve. La hélice gira a quince nudos. Vibra el parapeto de hierro.

Casi todos duermen. Pocos velamos.

Contra la barandilla del puente de mando, solo un hombre. Clava los ojos en el cielo oscuro, nubarrroso, de su última día sobre la tierra. Y tiene las manos fuertemente enlazadas hacia la proa como quien formula un voto solemne.

Del gran designio sólo se cumplió el desembarque, con las consecuencias calamitosas que eran de preverse, pero que nadie se atrevió a cuestionar. Era el amanecer del domingo 11 de agosto. Con arrojo suicida, el jefe de la invasión se lanzó a tierra. El capitán Carlos Mendoza refirió el episodio en el cual participó, fue uno de los pocos que logró regresar a la nave. Al avanzar en la calle real, cerca del puente sobre el río Manzanares, abrió fuego el enemigo con tan nutridas descargas que "la mayor parte de nuestros hombres, poseídos de espanto, se escondieron como mejor pudieron, no había forma de hacerlos avanzar, ni siquiera disparaban esos pobres infelices...". Estos infelices habían abordado el Falke en Piedras Negras y nunca habían visto un fusil. Mendoza describe al general Delgado, que le arrebató el estandarte al abanderado.

Volvióse Delgado al medio de la calle y desplegada la bandera recibió el primer balazo que lo hizo caer sentado sobre el estandarte. Así permaneció... me acerqué a él, le levanté la pierna derecha, vi un pozo de sangre sobre la bandera, y le dije: "Está mal herido, mi General". El me respondió: "Carlos, di a mi hijo Carlos que si muero de esta herida o me matan, muero con gusto porque es por la Patria". Continuó la refriega, hasta que el capitán Mendoza anota: en ese momento, recibió el General Delgado un tiro en el pecho. Dijo: "Qué vaina, carajo", y cayó muerto sobre la bandera.

Fue un verdadero desastre. No llegaron los hombres de Santo Domingo, no invadieron por Occidente, no llegaron los pescadores del general Aristeguieta. El ataque a las fuerzas de Gómez estuvo a cargo de los 20 que venían desde Europa, más los improvisados 75 guaiqueríes que se embarcaron en Piedras Negras. No hay manera de entender cómo el general Delgado Chalbaud supuso que bastaba su arrojo personal.

La refriega fue violenta; en otro lugar resultó muerto el presidente del estado Sucre, general Emilio Fernández. Dos de los atacantes, Mendoza y Raúl Castro, lograron regresar al barco, con el alemán Zukal, que manejaba las ametralladoras y quien trae un tiro en el pecho. Otros murieron, Armando Zuloaga Blanco, Julio McGill Sarría. Otros huyeron por los montes: Linares Alcántara, Rafael Vegas, Colmenares Pacheco, Urdaneta Auvert, Doroteo Flores. Los hombres del general Pedro Elías llegaron tarde a Cumana, combatieron, hasta que las fuerzas del gobierno terminaron prevaleciendo, a costa de muchas vidas.

Dejado Pocaterra abordo como encargado del Falke por instrucciones del general, y al cuidado del joven Carlos, asumió responsabilidades que no pudo evadir, y se convirtieron para el escritor en la peor de sus pesadillas. Ahora se convertía en el heredero del desastre. Como responsable político del Falke, enfrentó a los capitanes, a los marineros y a los fogoneros que amenazaron con la rebelión. No quedaba carbón sino para aproximarse a la isla de Granada. En el barco permanecía cierta cantidad de fusiles, destinados a los que no llegaron.

Si se aproximan a un puerto con tal cargamento, denunciado como barco pirata, equivalía a perder el barco y arrostrar el enjuiciamiento de los venezolanos que quedaban en él. El barco había sido alquilado a los armadores Félix Prenzlau & Cia. Conjuntamente con el capitán Zipplitt y los otros alemanes, Pocaterra tomó la única decisión posible, la de lanzar las armas al mar, en aguas de Grenada. Esto se convirtió en la más agresiva de las reconvenções contra Pocaterra, no indicando sus feroces fiscales alternativas diferentes para un barco sin carbón, tripulado por alemanes desesperados por salir de aquel laberinto, condenado a tocar en el puerto más cercano, y probablemente entregado a Gómez con armas y personas.

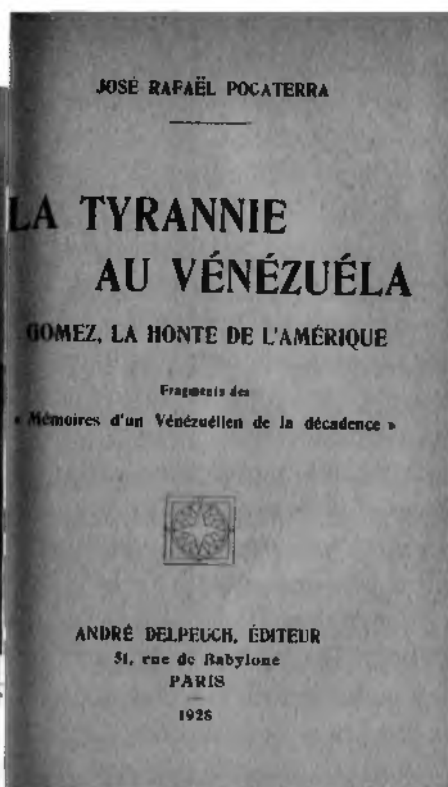
El escritor se esmeró en armar el rompecabezas de aquella operación y su desenlace. Raúl Leoni fue el encargado de explicarle a Pocaterra (porque Rómulo Betancourt y el coronel Betancourt estaban en Trinidad), en una extensa nota lo sucedido con el envío de 100 hombres desde Santo Domingo. Buscar una embarcación fue arduo, finalmente encuentran la goleta "La Gisela", en tan mal estado que ya en alta mar (con cuarenta expedicionarios entre venezolanos y dominicanos, entre los venezolanos se contaban el coronel Betancourt, Rómulo Betancourt, Atilano Carnevali, Carlos Julio Ponte, Pedro Rodríguez Berroeta y el propio Leoni), que comenzó a hacer agua y tuvieron que regresar a tierra. Leoni escribió: "El elemento bélico se reducía a dos o tres revólveres y nada más". Dios grande y misericordioso protegió a los expedicionarios, al permitir que las aguas le entraran a "La Gisela".

Desde Bermuda, el 24 de agosto, Pocaterra envió un extenso informe a los directivos de la Junta Suprema de Liberación de Venezuela, Santos Dominici, Alberto Smith, Pedro José Jugo Delgado, Rufino Blanco Fombona, y los vocales Néstor Luis Pérez y Manuel Flores Cabrera, ana-

lizando cada episodio y explicando las razones del fracaso. Al hombre que escribió las *Memorias* y sus horrores, le temblaba la mano por primera vez. No llegó a cuestionar la obsesión y la premura casi desesperada del general, el enajenamiento que se apoderó de todo el mundo, de quienes concurren a la cita o de quienes no lo hicieron, con el desenlace trágico del 11 de agosto y sus implicaciones. ¿Cómo explicarlo? La desesperación, tal vez, que se apodera de los desterrados, manejados por las fuerzas ocultas que los apremian a volver a su tierra aunque sea a morir.

A Pocaterra lo culparon también de haberse precipitado al ordenar que el barco soltara amarras. Pocaterra no era el comandante del Falke, lo era el capitán Ernesto Zipplitt, atrapado a su vez por los asedios de la tripulación, ingenieros, marineros, fogoneros, todos alemanes, comprometidos en episodios que no entendían. “Rostros de mercenarios en pánico dispuestos a entregar el barco”. No era tan simple. Esto dio pie a una compleja y agria polémica. Centenares de cartas fueron y vinieron. Una de Francisco de Paula Aristeguieta para Manuel Flores Cabrera (Barranquilla, enero 1930) abrió los fuegos contra Pocaterra. Las versiones de Doroteo Flores, Linares Alcántara, Régulo Olivares, fueron más equilibradas. Las más lúcidas, bien pensadas y brutales (por su frialdad), se debieron a Carlos Delgado Chalbaud que no parecen escritas por un joven de apenas veinte años, dirigidas a Pocaterra. Refiriéndose a su padre, dijo: “Qué amarga ha debido ser su agonía cuando se dio cuenta que sus oficiales le hablaban de lejos, que nadie intentaba arrastrarle del lugar adonde lo había tumbado la primera bala”. Dejó luego esta reflexión de serenidad y comprensión:

Seamos estrictamente severos con nosotros mismos y justos con los demás y hagamos un análisis de los hechos primero y de nuestras conciencias después. Los que tomaron parte activa tienen en buena lógica derecho a la crítica; que la multitud de jueces a mansalva hable y grite después, es lógico también, pero ellos tienen menos derechos que nosotros. En síntesis, de todos los que tomaron parte en esta contienda armada raros son los que no buscan el modo de tirarle la piedra al compañero; sería pueril extrañarse de una cosa tan corriente en cualquiera clase de fracaso.



Una foto del joven escritor en la edición francesa de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*

El retorno y el ocaso

El 12, el Falke atracó en el puerto de Saint George, Grenada. Pocater, acompañado del capitán Zipplitt, fue a la Agencia Geo. F. Higgins Co., hizo los arreglos para que proveyeran de carbón y provisiones a los alemanes, y como si con estas gestiones quedaba entendido que el barco debía ser retornado a Félix Prenzlau & Co., en Hamburgo, le dijo adiós a la nave y a sus tripulantes, y para no verlos más se fue a Grandville en el interior de la isla, con el joven Delgado, Mendoza y Castro, por dos días. El 16, los cuatro tomaron el barco canadiense Lady Hawkins que los dejaría en St. Lucy para pasar a Martinica y de allí a Francia, mientras que Pocater continuaría a St. John, New Brunswick y tomaría después el tren para llegar a Montreal. Regresaba del vértigo, regresaba a poner sus pensamientos en orden, y a buscar la paz del espíritu.

Busca la paz sin piedad consigo mismo. Escribe la historia del Falke, aquel capítulo cruel que termina con esta interrogante: "¿Es que la buena estrella del bárbaro que a esta hora seeste en su hamaca de Las Delicias va a ser siempre superior a nuestra voluntad?"

La siesta del paquidermo se prolonga otros cinco años.

En agosto de 1936 Pocater regresa a Venezuela. No pisaba su tierra desde 1922. Va a Maracay, visita la tumba de Juan Vicente Gómez. Escribe y delira, delira y escribe:

Lo veo erguirse sobre sus botas, bajo el panamá de la etapa pastoril o tocado con la gorra de la era militar; es el mismo, cuadrangular, estabilizado, fijo como la piedra que lo arroja o lo defiende de la impiedad vil del enemigo de última hora o de la cuchufleta cobarde de quienes hasta ayer, o le huyeron pávidos o vinieron sumisos, a la genuflexión de sus antesalas. Sí, es él...

La magia de las tormentas desaparece para quien supo cabalgarlas. En una pequeñísima casa que algún amigo le cedió para que viviera en las vecindades del Country Club, Pocaterra solía desvelarse con la idea de una gran novela que desafiaba su imaginación, la novela de las dos Venezuelas que desfilaban por su ventana: la de quienes trajeados de etiqueta bebían, comían y bailaban, y la otra, la de los que a las 5 de la mañana venían a recoger las sobras y a limpiar los salones todavía iluminados.

Escéptico o vencido, la democracia lo envolvió en su normalidad. Lástima, ¡Gómez no ha debido morir! A la pluma solitaria le sucede lo mismo que a las espadas. Montreal, Caracas, Montreal, iba y venía. En 1939 fue elegido senador por el estado Carabobo, presidió el Congreso por un mes. Luego, en 1941, con Medina Angarita, fue ministro del Trabajo y como presidente del estado natal, se sentó en la silla del doctor Samuel Niño, el personaje de *El Doctor Bebé*.

En 1943 fue designado embajador en Gran Bretaña, y embajador concurrente en Checoslovaquia, Países Bajos, Noruega. Tiempos de guerra. Las fuerzas de Hitler bombardean Londres y destruyen la embajada de Venezuela. En Gran Bretaña le presentó credenciales al rey Jorge VI, en la Corte de San Jaime el 19 de marzo de 1944, en Checoslovaquia al presidente Eduard Benes, acompañado del canciller Jan Masaryk, en Holanda a la reina Juliana, y en Noruega al rey Haakon VI.

En la capital inglesa, *The Times* solía publicar los partes de la Corte (Court Circular Buckingham Palace). Allí se registran los días en que el embajador Pocaterra visitó el Palacio y las audiencias con el monarca. El 1º de marzo de 1944, la reina Elizabeth recibió al embajador, y en nota al ministro de Relaciones Exteriores, Caracciolo Parra Pérez, le informa que la reina "tuvo gentiles palabras de solidaridad" por los sucesos ocurridos en la sede de la misión venezolana. Esos sucesos no eran otros que los bombardeos de Hitler que la habían destruido, y

que Su Majestad había visitado poco antes, según le confió a Pocatererra. Ese mismo día, la reina dio una pequeña recepción para los embajadores y, según el informe al canciller, estaba acompañada de las princesas Elizabeth y Margaret Rose.

Por estas razones, porque la embajada había sido destruida, y la vida en Londres se tornó difícil, el embajador se vio obligado a regresar a Montreal. Él lo dijo de esta manera:

Tomé a mi viejo refugio a media hora de Montreal, en vacaciones, al terminar el conflicto. Y todavía humeantes los escombros de Berlín, volví a Inglaterra a entregar la embajada a mi sucesor y a seguir a Moscú para instalar la primera misión diplomática que acreditaba Venezuela ante la Unión Soviética.

En este breve intervalo londinense, Pocatererra recibió un breve cablegrama del Presidente de la República pidiéndole que, como senador por Carabobo, viniera a votar por el doctor Ángel Biaggini, a lo cual accedió cortésmente, pero antes viajó a Moscú como embajador ante el Kremlin y, sobre todo, ante uno de los tres grandes de la época, el zar rojo José Stalin. Humeaban todavía ciertamente los escombros, y más en la Unión Soviética. Misión fugaz. Presentó credenciales el 10 de octubre y el 18 de ese mismo mes vino el golpe de Estado en Venezuela. Retengamos el apunte autobiográfico:

Tumbaron al Presidente en octubre de 1945, y vuelta a mi casa del Canadá. Pasaron dos años. Se me incorporó a la delegación venezolana a la Novena Conferencia Inter-Americana, en Bogotá. Había estado allí tres años antes, en rápida misión para fundar un esporádico nexo colombo-venezolano, y Bogotá me fue grata entonces. Pero la antedicha Novena a duras penas terminó sus sesiones, porque el asesinato del líder Jorge Eliécer Gaitán -9 de abril de 1948-, desencadenó una revolución y entre papeleo de actas, discusiones largas y copiosas, algunas fastidiosísimas, se lograron unas cosas buenas, otras pésimas, y se extrajeron las tres iniciales O. E. A., que ahora funcionan en Washington con el optimista rótulo de "Organización de Estados Americanos"... A raíz del "bogotazo" me hicieron Embajador en el Brasil. Informé en Caracas sobre la Novena. Salí para Río, donde pasé algunos meses.

En efecto, Pocatererra fue miembro muy destacado de la delegación venezolana a la IX Conferencia de Bogotá presidida por Rómulo Be-

tancourt, quien acababa de entregar la presidencia de la Junta Revolucionaria de Gobierno. Betancourt, que tantas cartas cruzó con el autor de las *Memorias* durante los años de exilio, que contó con un prólogo para su libro escrito con Otero Silva, y que se quedó en el camino del mar porque la goleta La Gisela se dañó en alta mar y no pudo encontrarse con Pocaterra en La Blanquilla, viajó a Bogotá por tierra, e invitó a Pocaterra a acompañarlo desde Cúcuta hasta Santa Fe. No hay que hacer grandes esfuerzos para imaginar aquella conversación entre los dos viajeros con tanta historia recorrida y con tanto que contarse.

Al regreso a Caracas, Pocaterra fue enviado por el presidente Rómulo Gallegos como embajador a Brasil. Allí estaba representándolo, cuando fue derrocado el 24 de noviembre por los militares. Su amigo Carlos Delgado Chalbaud apareció como Presidente de la Junta Militar de Gobierno, y le pide a Pocaterra que viaje a Washington a gestionar el reconocimiento del régimen militar y a sustituir a Gonzalo Carnevali, otro gran amigo suyo del exilio, como embajador de los militares en Estados Unidos. Se estrellan los amigos. Carnevali escribe un severo memorándum al Secretario de Estado contra el reconocimiento, Pocaterra, como se cuenta en *Auge y caída de Rómulo Gallegos*, les dice a los norteamericanos que no esperen que la Unión Soviética reconozca primero a la Junta de los coroneles.

Time Magazine registró aquella misión en su edición del lunes 14 de febrero de 1949, que tituló "Brief moment". Momento breve o fugaz que es preciso conocer en su texto:

La fría actitud de Estados Unidos hacia la Junta Militar que ahora gobierna a Venezuela fue simplemente resaltada la semana pasada cuando el regordete, cuello de toro, José Rafael Pocaterra, enviado especial de la Junta en Estados Unidos, entregó sus credenciales al Secretario de Estado Dean Acheson. Por su rapidez, las cortesías diplomáticas establecieron un récord: dos minutos. Tal como Pocaterra lo recuerda, la correcta pero fría entrevista ocurrió así:

Pocaterra (dando la mano): Tengo el honor, señor Secretario, de presentarle mis credenciales como embajador de Venezuela en misión especial. (Entrega el documento).

Acheson: Muchas gracias.

Pocaterra: Señor Secretario, es verdaderamente grato tener un día tan soleado después de la tormenta de nieve y barro de ayer, ¿no es así?

Acheson: Sí, así es.

Pocaterra (parándose): Bien, señor Secretario, no quiero tomar más de su tiempo. Es un gran placer encontrarlo.

Acheson: Estoy muy complacido de conocerlo, señor embajador. Goodbye.

Conviene registrar el episodio con las palabras del propio Pocaterra:

Tumbaron otro Presidente a fines del mismo 48. La Junta Militar que asumió el poder me encargó inmediatamente de gestionar en los Estados Unidos la reanudación de las interrumpidas relaciones. (De la bendita Novena, entre otras cosas buenas, quedó esta: nada tiene que hacer nadie en la casa del vecino cuando éste haga en ella lo que le parezca, sin perjuicio de tercero). Y aunque me faltaron disertaciones y se publicaron algunos disparates, hubo que rezar la Novena. Dos años residí en Washington como Embajador ante la Casa Blanca. Mataron al Presidente de la Junta en noviembre de 1950 y envié mi renuncia a la nueva Junta de Gobierno. Volví a mi vieja casita de Montreal. Allí he puesto en orden mis Cuentos grotescos, ya que el anterior no estaría bien –supongo– que lo considere perteneciente a la serie.

En efecto, no habían matado a un presidente cualquiera, sino a su amigo de toda la vida, Carlos Delgado Chalbaud, quien le había pedido que gestionara el reconocimiento y representara a Venezuela en Estados Unidos. Muerto el teniente coronel a manos de sus propios compañeros, Pocaterra ya carecía de vínculos con los miliares, y entonces, en 1950, regresa, ahora para quedarse, a su refugio de Montreal, en medio de la nieve y del silencio.

A comienzos de 1955, el escritor vino a Venezuela por última vez. Ya venía herido de muerte, roído por el cáncer que lo derrumbaba. Fue a Valencia el 25 de marzo de 1955 a pronunciar el discurso de orden, invitado por el Cabildo con motivo de los 400 años de la ciudad. El discurso fue un largo poema de once partes, “Imprecación de ayer”, “La crónica”, “La tradición”, “La anécdota”, “La historia de un crimen”, “El inmortal pecado”, “Contemporánea”, “Admonición”, “La de los tristes destinos”, “Vindicación” y “Consumatum est”. Aquel discurso en verso fue asombro y deleite de quienes lo admiraban por encima de sus contradicciones, un discurso que recorría la historia de Venezuela, le cantaba a la ciudad natal, a la historia de la ciudad de donde en

1907 la policía de Cipriano Castro, su tío político, lo había arrancado para siempre.

No todos se encantaron con aquella proeza, según relató Pedro Francisco Lizardo. El dictador de entonces, Marcos Pérez Jiménez, se movía nervioso en su butaca como si quisiera ocultarse, esperando el lanzamiento del poeta que hablaba de conquistadores, capitanes generales, encomenderos, generales federales, dictadores y ladrones, y retrataba en su recuento los desmanes de la fuerza. El general imaginaba que al mirarlo, Pocaterra lo increpaba sobre la muerte de su amigo, el teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud.

El escritor le cantó a Venezuela, a la ciudad, tierra de pintores y poetas, y se cantó a sí mismo, en vísperas de morir, veintitrés días después, el 18 de abril en Montreal:

*Ya nevadas mis sienes
no estoy buscando gloria:
Si alguna tengo tú la tienes,
gloria que ultrajaría mi conciencia.
He buscado en la historia
y he encontrado a Valencia.
Solamente he querido,
y te lo pido arrodillado,
anciano, preterido,
que me des el puñado
de esta tierra natal para mi olvido.*

- **Pocaterra, José Rafael.** *Memorias de un venezolano de la decadencia.* Prólogo de Jesús Sanoja Hernández. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1990.
- _____. *Archivo de José Rafael Pocaterra. La Oposición a Gómez.* Prólogo de Ramón J. Velásquez. 2 tomos. Banco Industrial de Venezuela. Caracas, 1973.
- _____. *Política feminista o el Doctor Bebé.* Editorial Bolívar. Caracas, 1938.
- _____. *El Doctor Bebé.* Editorial-América. Madrid, 1917.
- _____. *Vidas oscuras.* Editorial-América. Madrid, s/f.
- _____. *La casa de los Ávila.* Editorial Élite. Caracas, 1946.
- _____. *Obras Selectas.* Prólogo de Miguel Otero Silva. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1956.
- _____. *Cuentos grotescos.* Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1955.
- _____. *Integración venezolana.* Editorial Élite. Caracas, 1939.
- _____. *Después de mí (Poesía).* Prólogo de Beatriz Mendoza Sagarzazu. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1965.
- _____. *La Tyrannie au Vénézuéla.* Gómez, la honte de l'Amérique. Fragments des Mémoires d'un Vénézuélien de la décadence. André Delpeuch, Éditeur, Paris, 1928.
- _____. *Cartas hiperbóreas.* Selección y prólogo de Manuel Caballero. Ediciones del Congreso de la República. Caracas, 1975.
- **Varios.** *Cartas a José Rafael Pocaterra.* Prólogos de Atilano Carnevali y Pedro Berroeta. Banco Industrial de Venezuela. Caracas, 1972.
- **Tejera, María Josefina.** *José Rafael Pocaterra / Ficción y denuncia.* Monte Ávila Editores. Caracas, 1991.
- **Liscano, Juan.** "Una visita a José Rafael Pocaterra". *El Nacional*, 17 de marzo de 1946.
- _____. *Pensar a Venezuela.* Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1995.
- **Blanco Fombona, Rufino.** *Diarios de mi vida.* Monte Ávila Editores. Caracas, 1975.
- **Angulo Arvelo, L. A.** *El fauno cautivo / Biografía de Alfredo Arvelo Larriva.* Monte Ávila Editores. Caracas, 1985.
- **Pimentel, Cecilia.** *Bajo la tiranía / 1919-1935.* Edición privada. Caracas, 1970.
- **Ratcliff, Dillwyn F.** *La prosa de ficción en Venezuela.* Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1966.

- **Bermúdez, N. y Romero, M.** *Historia de un diario zuliano decimonónico: El Fonógrafo Sus aportes.* ÁGORA N° 18 / Julio-Diciembre. Trujillo, 2006. (Internet).
- **García, Magda.** "El Diario El Fonógrafo en la historia regional del Zulia / 1879-1917". Facultad Experimental de Ciencias, Universidad del Zulia. Maracaibo, 1990. (Internet).
- **Picón Salas, Mariano.** *Formación y proceso de la Literatura venezolana.* Monte Ávila Editores. Caracas, 1984.
- **Lizardo, Pedro Francisco.** *Explicación y elogio de la ciudad creadora.* Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1984.
- **Botello, Oldman.** *El tuerto Vargas / Doctor y General.* Fondo Editorial Ipasme. Caracas, 1990.
- **Uslar Pietri, Arturo.** *Obras Selectas.* Edime. Madrid-Caracas, 1956.

¿Con quién vamos?	11
El niño y la guerra	15
“Caín, Caín, ¿qué hiciste de tu hermano?”	19
“Aspirad el aire abominable de una prisión y sabréis a qué huele la desesperación”	25
Cuando se tienen veinte años, 1909	39
Tiempos ordinarios	45
<i>El Fonógrafo</i>	57
<i>El Doctor Bebé</i>	63
<i>Vidas oscuras</i>	69
<i>Tierra del sol amada</i>	75
Otra vez “el aire abominable”, La Rotunda	83
<i>Memorias de un venezolano de la decadencia</i>	89
<i>La casa de los Ábila</i>	101
La libertad como misericordia	107
<i>Cuentos grotescos y otros que no lo son</i>	113
Exilio <i>Cartas hiperbóreas</i>	121
Aventura y tragedia del Falke	129
El retorno y el ocaso	139
Bibliografía	145



Calabozos de la cárcel de La Rotunda

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorrry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isaac J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Francisco Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. Rafael María Baralt / Lucía Raynero
64. Manuel R. Egaña / Luis Xavier Grisanti
65. Antonio Lauro / Ivo Hernández
66. Juan Antonio Pérez Bonalde / Antonio Padrón Toro
67. Manuel Antonio Matos / Catalina Banko
68. Gumersindo Torres / Eduardo Mayobre
69. José Antonio Páez / Ramón Hernandez
70. Feliciano Montenegro Colón / Napoleón Franceschi G.
71. Vicente Salias / Juan Carlos Reyes
72. Ezequiel Zamora / Manuel Donís Ríos
73. Francisco Linares Alcántara / David Ruiz Chataing
74. Juan Liscano / Rafael Arráiz Lucca
75. Martín Tovar y Tovar / Francisco Javier Duplá

Cuarta etapa / 2008-2009

76. Julio César Salas / Francisco Javier Pérez
77. Juan Germán Roscio / Carlos Pernalet
78. Armando Zuloaga Blanco / Ignacia Fombona de Certad
79. Jovito Villalba / Omar Pérez
80. Miyó Vestriini / Mariela Díaz
81. Francisco González Guinán / Luis Zuccato
82. Emilio Boggio / Beatriz Sogbe
83. Jesús Muñoz Tébar / José Alberto Olivar
84. Fermín Toro / Rafael Fernández Heres
85. Antonio Arráiz / Alexis Márquez Rodríguez
86. Manuel Felipe de Tovar / Miguel Hurtado Leña
87. Wolfgang Larrazábal / Omar Pérez
88. Mariano Picón Salas / Gregory Zambrano
89. Victorino Márquez Bustillos / Antonio García Ponce

90. Miguel Acosta Saignes / Rafael Strauss K.
91. Juan Crisóstomo Falcón / Tomás Straka
92. Caracciolo Parra Pérez / Edmundo González Urrutia
93. Cristóbal Rojas / Francisco Javier Duplá
94. Alberto Adriani / Luis Xavier Grisanti
95. Tulio Chiossone / Juvenal Salcedo Cárdenas
96. Luisa "la Nena" Palacios / Diego Arroyo Gil
97. Juana Sujo / Miriam Dembo
98. Jeannette Abouhamad / Elsa Cardozo
99. José Rafael Pocaterra / Simón Alberto Consalvi

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de marzo de 2009, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

José Rafael Pocaterra

**Biblioteca
Biográfica
Venezolana**

Simón Alberto Consalvi

Una llamarada de fuego que se arrebató, rabiosa, y levanta un puño de candela como increpando al cielo su indiferencia ante el paso de una ventisca. Así fue la vida y así es la obra de José Rafael Pocaterra, que acaso merezca nuestros mayores respetos como hombre de lucha contra la tiranía, lo mismo que como insomne memorialista de sus efectos sobre el alma. Vivió los años difíciles que mediaron entre dos siglos, el XIX y el XX, vigilado por dos de sus mandones, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. De ambos fue combatiente. Ambos se lo cobraron. Simón Alberto Consalvi ha escrito una biografía que rescata a quien se mantuvo firme ante los compadres hasta sucederlos en la historia.

Pocaterra nació en Valencia en 1889 y muy temprano conoció los hierros de la prisión, tras una incursión valiente en el periodismo al mando del periódico *Caín*, que era un látigo contra el régimen de Castro. Luego vino Gómez y peor fue el remedio que la enfermedad.

Después de un período de gracia que le permitió escribir sus tres primeras novelas, cayó preso en La Rotunda, la del nuevo dictador, donde pasó tres años terribles que están narrados con crudeza y maestría en su obra cumbre, que es una advertencia contra el olvido: *Memorias de un venezolano de la decadencia*.

A este libro, y a todos los demás del valenciano, Consalvi se acerca con respeto y nobleza, a veces como historiador, otras como lector reverente. Narra también con asombro la trágica aventura del Falke, así como el período de Pocaterra como diplomático antes de su muerte tranquila en Montreal en 1955.

Esta biografía es un aporte de muchísimo valor para el estudio de la historia y la literatura de nuestro país. Parafraseo una metáfora de Consalvi para terminar de convencer: el fuego de Pocaterra –que es “amor y cólera”, como escribiera el colombiano Eduardo Santos– sigue batiéndose contra el cielo vivo.

Diego Arroyo Gil



EL NACIONAL

J-00012242-3

**Fundación
BANCARIBE**

J - 29439649 - 6